

DANIEL CARMONA ZUBIRI

FUENTES ORALES Y HÁBITAT RUPESTRE EN EL VALLE DE HELLÍN-TOBARRA

EL EJEMPLO DEL TOLMO DE MINATEDA



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

DANIEL CARMONA ZUBIRI

FUENTES ORALES Y HÁBITAT RUPESTRE EN EL VALLE DE HELLÍN-TOBARRA

EL EJEMPLO DEL TOLMO DE MINATEDA



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

Serie I - Estudios - Núm. 138
Albacete 2002

Cubierta: Casa-cueva del Tolmo de Minateda.

CARMONA ZUBIRI, Daniel

Fuentes orales y hábitat rupestre en el valle de Hellín – Tobarra: el ejemplo del Tolmo de Minateda / Daniel Carmona Zubiri .--
Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel” ,
2002

187 p.:il ; 24 cm. -- (Serie I-Estudios; 138)

Anexos documentales

ISBN 84-95394-37-5

1. Cuevas-Tolmo de Minateda (Albacete). I. Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”. II. Título. III. Serie.

728.6:551.442 (460.288) Tolmo de Minateda

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES “DON JUAN MANUEL”
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE,
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores.

I.S.B.N. 84-95394-37-5

D.L. AB-566/2002

Maquetación y Fotomecánica:
Tipo y Trama, S. L.
Camino de la Virgen, 16 - bajo
Telf. y Fax 967 550 019
E-mail: tipoytrama@ono.com
02005 Albacete

Impreso en Gráficas Campollano
Pol. Ind. Campollano • Avda. III - N.º 17 - Nave 8
Telf. 967 600 015
02007 Albacete

*Este trabajo ha recibido una ayuda a la investigación del
Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”.*

A una de las personas que siempre creyó en mí.

In Memoriam Gloria Zubiri

AGRADECIMIENTOS

Vayan las primeras palabras de reconocimiento por su colaboración a Dña. Manuela Ruiz Romero la "Tomatera", D. Miguel Cañete, D. José Martínez el "Bomba", D. Rafael el "Macho", D. Juan Moreno Lorenzo, hijo de María y Crisanto, y a todos los que como ellos vivieron en las cuevas.

De igual modo agradezco su inestimable ayuda a D. Javier López Precioso, director del museo de Hellín, Dña. Rubí Sanz Gamo, directora del museo de Albacete, D. J. Fco. Jordán Montés, y especialmente, a todos mis amigos quienes con su incondicional ayuda han intervenido en la elaboración del presente trabajo: Antonio, Alberto, Alejandro, Romualdo y Octavio.

Mención destacada, por la ayuda otorgada al presente trabajo, merece el Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel" de la Excm. Diputación Provincial.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
INTRODUCCIÓN	13
I. METODOLOGÍA	21
II. EL MARCO GEOGRÁFICO	27
III. EL YACIMIENTO DEL TOLMO	31
IV. EL CONJUNTO RUPESTRE	37
IV.1. LA ARQUITECTURA DE LAS CASAS-CUEVA ...	42
IV.1.1. Los materiales y su origen	42
IV.1.2. Elementos de sustentación	45
IV.1.3. El sistema de vanos	49
IV.1.4. Los recubrimientos murarios	49
IV.1.5. El sistema de cubrición	51
IV.2. EL ESPACIO INTERNO. DISTRIBUCIÓN Y FUNCIONALIDADES DE LOS AMBIENTES	54
IV.2.1. Esquemas distributivos de las viviendas	54
IV.2.2. El ambiente principal	58
IV.2.3. Los ambientes secundarios	63
IV.2.4. Corrales y graneros	64
IV.2.5. Los hornos	67
IV.3. LA DECORACIÓN DE LAS CASAS-CUEVA	68
IV.3.1. Los elementos ornamentales y decorativos	68
IV.3.2. Las técnicas de los elementos ornamentales y decorativos.	69

IV.4. PROCESOS DEPOSICIONALES Y POSTDEPOSICIONALES	75
IV.4.1. El sistema de erosión del yacimiento	75
IV.4.2. Los procesos deposicionales: la dinámica de destrucción del asentamiento	77
IV.4.3. Los grafitos	79
V. UN EJEMPLO DE APLICACIÓN DEL MÉTODO ESTRATIGRÁFICO: LA CASA A	83
V.1. EL SISTEMA DE REFERENCIA.	85
V.2. EL REGISTRO POR MUESTREO. EL ANÁLISIS DE LAS RELACIONES FÍSICAS DE LAS UNIDADES ESTRATIGRÁFICAS.	86
V.3. INTERPRETACIÓN	86
V.3.1. Cuerpo de Fábrica A I	86
V.3.2. Cuerpos de Fábrica A II y A III	88
V.4. LA DATACIÓN DEL COMPLEJO ARQUITECTÓNICO	91
VI. CONCLUSIONES	95
APÉNDICE I - CATALOGACIÓN ETNO-ARQUEOLÓGICA	109
BIBLIOGRAFÍA	149
ANEXO GRÁFICO	159

INTRODUCCIÓN

“Al morir una casa el amo, muerta la casa”

Manuela Ruiz “La Tomatera”

La primera vez que pude ver una casa-cueva tuve la impresión de contemplar los restos de una civilización antigua, ya perdida, pero extrañamente familiar. De pronto, parecía materializarse un poblado de la Edad del Bronce o de la cultura ibérica, de los que uno tantas veces ha reconstruido mentalmente en visitas y excavaciones. La ocasión fue aprovechada por los doctores Abad Casal y Gutiérrez Lloret, para sugerirme que abordara este tema desde una perspectiva arqueológica. Aquella propuesta suponía tomar la iniciativa en el debate en defensa de la extensión de la Arqueología a períodos históricos recientes¹.

Realmente la cuestión ofrecía un potencial enorme: disponibilidad de la cultura material junto a una notoria carencia de registros escritos (con estas características bien podríamos estar refiriéndonos a grupos humanos de épocas más remotas). La novedad consistía en hacer una historia de corte antropológico y no Etnografía, reivindicando la memoria de quienes fueron relegados al olvido tras militar en el anonimato o la marginalidad.

Los cambios que han transformado nuestra sociedad, especialmente desde mediados de la década de los cincuenta, resultaron de una trascendencia determinante para el medio rural. En realidad, más que de cambio podemos hablar de una ruptura traumática cuyos efectos secundarios han sido el confinamiento histórico de ciertos episodios del pasado más

¹ Ambos llevaban tiempo defendiendo la necesidad de superar el tradicional corsé cronológico de la Arqueología hacia la Edad Moderna y Contemporánea (Abad, 1993; Gutiérrez Lloret, 1994).

cercano. Como pone de manifiesto con su sentencia Manuela Ruiz, ex-inquilina superviviente, el progresivo abandono o la desaparición de los habitantes de las viviendas rupestres, supone el principio del fin de una forma de vida hondamente asentada, la cual por sus características peculiares sólo nos ha dejado mudos vestigios materiales y, en contadas ocasiones, los preciosos testimonios de sus protagonistas. Por tanto, su inestimable valor no viene dado únicamente por pertenecer a nuestro legado patrimonial más próximo, sino por conformar las últimas muestras de una tradición enraizada en lo más íntimo de la cultura popular.

Tal vez la adopción de la industrialización, de su acervo cultural y de la fenomenología que trae consigo (la vertiginosa espiral de consumo, evolución tecnológica, las comunicaciones, etc.), impliquen el dar la espalda al ayer. O quizás, preferimos soslayar ciertas áreas de nuestro pasado como un lastre innecesario en nuestra veloz carrera en pos del progreso científico-técnico, rumbo a la futura tierra prometida del bienestar material. Lo que es innegable es que la conservación y estudio de este patrimonio pasan por la sensibilización y difusión, primero entre especialistas y posteriormente entre el público en general. Inevitablemente esto nos aboca a la cuestión clave de todo este asunto: la polémica situación competencial y motivacional que dichas áreas del patrimonio y de la historia reciente generan en el ámbito científico. En él se encuentran involucrados un surtido ramillete de científicos sociales: arqueólogos, etnógrafos, antropólogos e historiadores. Así pues, parece haber llegado el momento de terciar en el debate tras poner sucintamente en antecedentes al lector.

La controversia suscitada acerca de las competencias de ciertas disciplinas como la Arqueología, se remonta a la primigenia falta de delimitación entre la Prehistoria, Historia de la Antigüedad, la Epigrafía y la Numismática, sin trayectorias claras en la investigación y sobretodo en el método (Martín-Bueno, 1993: 345). A esta situación contribuía sobremedida la tradicional concepción de la Arqueología como simple método o técnica, proveniente con seguridad de su origen "anticuarista". Sin embargo, a través de una intensa evolución "la Arqueología ha pasado del intento de descubrir y describir los restos materiales antiguos, a estudiar con pretensiones de científicidad las sociedades que los produjeron y/o utilizaron" (Llull, 1993: 341). A pesar de todo, apoyando sus argumentaciones en la supuesta auxiliaridad de la Arqueología respecto de la Historia construida con fuentes escritas, ciertos sectores de la investigación le han seguido negando sistemáticamente su validez como fuente histórica. Como muy bien explica el autor catalán, el mantenimiento de estas concepciones se basa en un prejuicio profusamente extendido:

“...la disponibilidad de fuentes escritas, no necesariamente contemporáneas del período estudiado, parece transformar completamente la percepción, clasificación y valoración de las manifestaciones analizadas. Subyacen en esta relación dos motivaciones, identificables con las dos caras de la misma moneda. Por un lado, la consideración del registro arqueológico como incompleto e insuficiente para dar cuenta de la vida “real” y por otro, la certidumbre de que únicamente los datos escritos proporcionan una reconstrucción propiamente histórica; es decir, las ideas, las motivaciones y los proyectos expresados por sus protagonistas o por testigos de los actos que acucieron como consecuencia de la acción de los primeros” Llul (1993: 340).

Siguiendo las ideas expresadas por este autor, se puede afirmar que la Arqueología es una ciencia histórica y social² de carácter general, en cuyo seno se pueden realizar distinciones cronológicas con el objeto de dar cuenta del comportamiento humano a través de sus restos materiales (Llul, 1993). La Arqueología y su método actúan como vehículo para entender los hechos materiales pues: “tanto se ha hablado en abstracto de las relaciones sociales que se ha olvidado que el poder se ejerce a través de las cosas y los espacios” (Carandini, 1984: 27). Conforman un punto de vista propio, no necesariamente separado de la Antropología, la Sociología o la Historia. En este sentido “la Arqueología es Historia o no es nada” (Torró, 1994: 58). Debe constituir una alternativa racional, desde la evidencia de los hechos materiales, frente a la pujanza de modelos idealistas o demasiado “optimistas” de entender la realidad histórica y social (Barceló, 1988).

El campo de actuación de la Arqueología quedaba así delimitado sobre la premisa de centrarse en las realidades materiales creadas por la acción física del hombre; realidades que quedan inscritas en el seno de las relaciones sociales y con el medio natural que el hombre intenta controlar.

El terreno parecía propicio para soltar amarras y surcar nuevos océanos. El resultado fue la conquista de una parcela histórica en la que se la consideraba innecesaria: la Edad Media. Al mismo tiempo, se reclamaba la atención desde el ámbito anglosajón sobre los restos de la primera revolución industrial³. Sorprendentemente esta situación produjo un doble agravio. Por un lado, “abría un lapso temporal para el que nadie deman-

² Recordar que las ciencias sociales “constituyen instrumentos que hemos generado para entender el devenir de los seres humanos y para entendernos nosotros mismos en cuanto a tales. A ese propio devenir lo hemos interiorizado como historia.” (Llul, 1993: 342).

³ Les guiaban afanes de conservación del patrimonio, pero sin preocupaciones por documentar el registro material y traducirlo en términos históricos (Berrocal, 1994: 29).

daba el valor del registro material como otra fuente con la que construir la historia de la Edad Moderna” (Gutiérrez Lloret, 1995: 238); y por otro, un total desinterés por los restos de época contemporánea que no fuesen instalaciones industriales. Esta carencia de motivación por un determinado período cronológico, evidencia que todavía subyace la idea en algunos arqueólogos de que la Arqueología no resultaría “productiva” en épocas modernas y contemporáneas, o de que en realidad, extenderla a estos períodos sería “convertirla” en Etnografía o Antropología (Llul, 1993). Esta paradoja no deja de ser una falta de perspectiva importante, que deriva en un menosprecio preocupante por los restos de fecha reciente y en el consecuente panorama carente de proyectos sobre este patrimonio, a pesar de las denuncias de algunos autores (Gutiérrez Lloret, 1995).

En cuanto a la terminología la cuestión es igual de confusa. Andrea Carandini habla de “*Archeologia Industriale*” (Carandini, 1979), a la que había adjudicado un ámbito que abarcará “*todas las producciones ciudadanas y rurales, todos los sistemas de trabajo residuales y subalternos que también pueden ser útiles para la reproducción de las industrias y de sus capitales*” (Carandini, 1975: 248). Posteriormente otros autores se adherían a esta concepción terminológica de Arqueología Industrial: “*En efecto, definimos la AI (Arqueología Industrial) como la aplicación de la metodología y las técnicas de la arqueología a los vestigios materiales de las sociedades industriales*” (Torró 1994: 48). Sin embargo, por mi parte pienso que lo más apropiado sería un término que se ajustara a la realidad de su campo competencial, sin connotaciones que produjeran ambigüedades. Las expresiones recientemente propuestas de “Arqueología de las Sociedades Industriales” y de las “Sociedades Capitalistas o Industriales” (Forner y Santacreu, 1991: 124) me parecen más adecuadas.

Afrontar el trabajo que nos ocupa requería de un gran esfuerzo organizativo y de grandes dosis de realismo. Primeramente se debía delimitar el marco geográfico de referencia: el valle de Hellín-Tobarra. Su idoneidad venía dada por la presencia en su seno de ejemplos significativos de este hábitat, entre los que destacaba especialmente el conjunto del Tolmo de Minateda, genuina muestra de la tradición troglodítica del mundo rural⁴. Sin embargo, no tardó en evidenciarse que un marco de tal amplitud desbordaba los límites del propio proyecto, bastante complejo de

⁴ Aunque aún se prosigue con la labor prospectiva y el descubrimiento de nuevos ejemplos, gracias a la labor y la cooperación de J. F. Jordán Montés y F. J. López Precioso podemos citar el conjunto de “Las Minas”, ligado a la actividad extractiva del azufre, el “Tolmico”, los “Yeseros” del arroyo de Tobarra, etc.

por sí, al constituir una vía novedosa que planteaba cuestiones de índole muy diversa. Ante la imposición de un mayor grado de concreción, la elección no podía ser otra que el Tolmo de Minateda. Excepcionalmente preservado por la condición de Bien de Interés Cultural que le distingue, ofrecía la posibilidad de contar con el testimonio de algunos de sus antiguos habitantes. A todo esto había que añadir el aliciente de completar el estudio de un lugar cuya secuencia de ocupación se remonta a la Edad del Bronce y finaliza en el siglo XX⁵.

A partir de aquí, se podía establecer la estructura del trabajo que se articularía entorno a un análisis de conjunto basado en fuentes etnoarqueológicas (la catalogación etno-arqueológica del Apéndice I) y orales (las entrevistas realizadas a antiguos habitantes de las casas-cueva). El estudio de conjunto queda complementado mediante la aplicación a una muestra del conjunto del método estratigráfico de alzados.

⁵ Esta decisión vino marcada por los trabajos arqueológicos que se llevaban a cabo en el Tolmo bajo la dirección de los doctores Abad Casal, Gutiérrez Lloret y la Directora del Museo de Albacete Rubí Sanz Gamó.

I. METODOLOGÍA

Desde el inicio la pretensión fue elaborar una metodología rigurosa e integradora, que permitiese la complementariedad de diversas líneas investigadoras, prioritariamente arqueológicas y antropológicas. Esta vocación interdisciplinar e integradora pretende animar a otros investigadores a emprender estudios sobre la cultura material mueble u otras posibles fuentes.

Arqueológicamente “la premisa reside en la consideración de la estratigrafía como principio general del método arqueológico” (Torró, 1994: 56). Nos referimos al correcto registro y lectura estratigráfica de los vestigios, expresado por un autor ya clásico como es E. C. Harris, en sus *Principios de estratigrafía arqueológica* (1989).

Se debe aclarar que toda realidad física creada de forma directa o indirecta por el hombre, está sujeta a una serie de transformaciones, humanas o naturales, que hacen a los espacios que las albergan depositarios de la Historia. De esta manera nos encontramos que:

“Hay dos formas de unidades de estratificación (es decir, de hechos físicos realizados por el hombre), los depósitos y las interfaces. La estratificación arqueológica en sí misma representa el ciclo del tiempo, porque está formada por los mismos procesos repetitivos, es decir deposición o degradación” (Harris, 1991: 68).

Se pueden distinguir diferentes tipos de depósitos o estratos y de interfaces, divididas éstas últimas a su vez en interfaces de estrato y elementos interfaciales o superficies formadas a causa de la destrucción de una estratigrafía preexistente (Harris, 1989). Todo ello se rige por una serie de principios (Harris, 1989), cuya adaptación a los restos emergentes en superficie permite su análisis estratigráfico, ya que se trata de estratos verticales a los que se asocian interfaces y elementos interfaciales de diversa índole. Es el denominado análisis estratigráfico de alzados.

La estratigrafía de alzados surge en Europa en el ámbito de la Arqueología medieval con el fin de documentar arqueológicamente inmuebles urbanos a transformar (Brogiolo, 1988: 335). Siguiendo esta línea se han acuñado nuevos términos, como Unidad Estratigráfica Muraria (Francovich y Parenti, Brogiolo 1988), e impulsado la aparición de recientes publicaciones como *Archeologia dell'Architettura* (Florencia) o *Informes de la Construcción* (CSIC, Madrid). Esta es la técnica de documentación arqueológica que utilizaremos para las casas⁶.

El primer paso a dar para abordar esta tarea fue la prospección. Se trata de la técnica usual en la localización de yacimientos. Además de la localización y toma de contacto, permitió delimitar las áreas ocupadas por las casas- cueva y efectuar una valoración acerca de las funcionalidades de los espacios.

Posteriormente se procede al registro gráfico y documental de todas las casas del conjunto. Para ello se utilizaron unas fichas de catalogación que junto a las distintas variables, incluían los croquis de las plantas, fotografías a nivel de sus alzados y registro gráfico de los detalles más relevantes. En el diseño de las fichas nos inspiramos en las empleadas por Berrocal, Algarra y Barranco (1944: 33-34), modificándolas en función de los requerimientos de la *praxis* propia y creando así el modelo que adjuntamos (Apéndice I).

La catalogación constituye una referencia contextual indispensable. Sobre esta base se escogió una muestra a la que aplicar el análisis estratigráfico de elementos arquitectónicos: la casa A⁷. Tras la preceptiva "lectura" de la estructuras y sus relaciones sobre el terreno (Parenti, 1988), procedimos a su documentación, mediante la elaboración de un soporte gráfico que evidenciara las características geométricas de las unidades estratigráficas y de un registro escrito, que recogiera las diferentes características técnicas y las relaciones estratigráficas entre las unidades estratigráficas⁸ (Parenti, 1988).

La parte gráfica la constituyen una planimetría de la planta y el alzado de la vivienda a escala 1:40 cm, así como un catálogo de fotografías niveladas de cada una de las unidades estratigráficas. Para identificar

⁶ Sin implicar a los restos enterrados para los que nos sería imprescindible emprender una excavación, a la que por otra parte no renunciamos.

⁷ La causa que motivó la elección de esta casa se relaciona con los trabajos de limpieza superficial de que fue objeto la misma, hecho que sin duda facilitaba los trabajos de documentación.

⁸ En adelante U.E.

a las U.E. se procedió a numerarlas y ordenarlas, aplicando el sistema de referencias de Brogiolo (1988: 336-338) sobre el soporte planimétrico.

Paralelamente se procedía al registro escrito de las relaciones estratigráficas mantenidas entre las diferentes unidades mediante una ficha abreviada. La ficha es una versión adaptada de la ofrecida por Parenti (1988: 253). Con el fin de sintetizar y seleccionar el contenido de las mismas se elaboró un lista detallada de las relaciones físicas de las unidades estratigráficas.

Este registro nos ha permitido extraer una serie de “muestras” consistentes en soportes gráficos en perspectiva (Brogiolo, 1988; Parenti, 1988), dónde se evidencian las unidades estratigráficas dentro de su propia situación referencial⁹ y la construcción de un diagrama conocido como Matrix Harris, que “expone las relaciones estratigráficas de un yacimiento” (Harris, 1991: 58). Este diagrama no supone un fin en sí mismo, sino que es un instrumento de trabajo que sirve para mostrar lo que se conoce como secuencia estratigráfica, definida como: “orden de la deposición de los estratos y la creación de elementos interfaciales a través del paso del tiempo” (Harris, 1991: 58).

Tras el proceso de documentación llega la interpretación de la evidencia constructiva, reconstruyendo las sucesivas etapas que la llevaron al momento actual. Podemos reconstruir un hecho material concreto: una “*narrazione microstorica*”, en palabras de Carandini (1981), ampliamente ilustrada y susceptible de complementarse con otros registros.

En cuanto a la metodología empleada con las fuentes orales se debe comenzar con una advertencia. Aunque lo más adecuado hubiera sido que alguien con formación antropológica se hubiera hecho cargo de semejante tarea, se hacía imprescindible aprovechar la irrepetible oportunidad que brindaban las fuentes orales y evidenciar lo fructífero que resulta la interacción entre una historia de corte antropológico, la Arqueología y la Etnografía para períodos históricos recientes.

Según Robert Perks “la Historia Oral es la historia hablada: el registro de unos recuerdos irrepetibles y las historias de vida de la gente” (Perks, 1994: 17). De acuerdo con este mismo autor, bien utilizada, proporciona información nueva, rescatando lo individual de la masa e incluyendo en la historia a grupos marginales de la sociedad.

⁹ Señalar que en este caso se ha prescindido del parámetro relativo a la escala incluido en la tabla de gradualidad del muestreo propuesta por Brogiolo (1988: 339-340), seguramente muy útil en otros contextos, en aras de un mayor coeficiente de claridad-precisión.

Se trata de una disciplina joven que comienza a cuajar con los métodos de trabajo de campo de la ciencias sociales, especialmente con la aparición de los magnetófonos. No obstante, se acepta de forma general que fue el estadounidense Allan Nevins quien acuñó la definición de Historia Oral. Los estudios y proyectos comenzarían a producirse, sobre todo en el ámbito anglosajón, hacia el fin de la posguerra y culminarían de alguna forma con el establecimiento de *La National Life Story Collection* en el *National Sound Archive* de la Biblioteca Británica (Perks, 1994).

El método de documentación fundamental es la entrevista, antes de la cual se debe realizar una preparación previa que seleccione de alguna forma a quién se va a entrevistar, qué se va a preguntar y qué fuentes disponemos para el conocimiento del tema a abordar. En todo momento hay que ser consciente de la carga de subjetividad y las posibles distorsiones de la memoria con las que se va a tener que contar a la hora de valorar el testimonio oral (Perks, 1994; Barandiarán, 1982).

De igual manera, se requiere de unas capacidades mínimas en cuanto al equipo técnico, de las que en este caso, desafortunadamente, no se ha disfrutado a causa de problemas presupuestarios. Esta circunstancia obligó a utilizar un aparato con micrófono incorporado, poco aconsejable para garantizar la calidad de este tipo de tareas.

Durante la entrevista lo más importante es tener en cuenta la posible desconfianza que pudiera albergar el entrevistado, de forma que hay que procurar mostrarse serio y transmitir confianza. De igual importancia resulta (sobretudo para el entrevistado) el lugar donde se efectuará la entrevista y asegurarse de que las condiciones para grabarla son las idóneas. La consigna que se debe tener presente es la de indagar con la mayor profundidad posible, pero siempre ateniéndose a un comportamiento totalmente respetuoso con el entrevistado.

Una vez finalizada, la entrevista se puede transcribir y archivar con arreglo a unas normas (Perks, 1994).

A pesar de la ingente tarea de localización desplegada, tan sólo se ha podido contar con un reducido número de testigos directos de la vida en las cuevas del Tolmo, actualmente domiciliados en la vecina aldea de Minateda. El resto había fallecido o había emigrado hacia otras regiones de España y no regresó. Consecuentemente los testimonios recogidos, aunque exiguos, adquieren un mayor valor¹⁰, constituyendo sin lugar a dudas la parte más vívida de este trabajo.

¹⁰ No obstante la tarea de localizar nuevos testimonios ha proseguido gracias a las sugerencias de Antonio Selva.

II. EL MARCO GEOGRÁFICO

El valle de Hellín-Tobarra o comarca de Hellín, constituye una zona de gran homogeneidad que se extiende desde el límite meridional de La Mancha al inicio septentrional de las cadenas montañosas subbéticas; se caracteriza por la alternancia de amplias llanuras (cañadas u hoyas) con pequeñas elevaciones serranas: “cuchillos” (sierras delgadas), picachos (agudas y aisladas) y “morrones” o “cabezas” (de cimas redondeadas o aplanadas) (Sánchez Sánchez, 1982: 31).

Abarca los municipios de Hellín (sin duda el de mayor entidad), Tobarra, Ontur y Albatana, aunque a su órbita se ven atraídos núcleos como Liétor y Fuente Álamo. Su papel de zona de transición entre territorios de acusada personalidad como la Alta Andalucía (Sierra del Segura), La Mancha y Sierra de Albacete (Chinchilla), Murcia (Cieza y Calasparra), y Alicante (Corredor de Almansa, Altiplano de Jumilla-Yecla), le confiere una especial importancia en las comunicaciones del Sureste peninsular. Al mismo tiempo le convierte en receptor de influencias diversas asimiladas sobre un sustrato cultural históricamente ligado a Murcia (a pesar de estar incluida en la reciente Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha).

Guiándonos por los límites propuestos por Jordán Montés (1992: 183-184) la comarca quedaría enmarcada:

– Al Norte, por un conjunto de sierras abiertas hacia la llanura de La Mancha. De Oeste a Este: las sierras de Judarra, de los Búhos, de los Pachecos, de los Navajuelos, Abenuj y de Apedreado, así como los macizos del Madroño y la Sierra Parda.

– Al Este, por el arroyo de Mielgas-Manga (Ontur y Albatana) hasta su confluencia con el arroyo de Tobarra, que junto a las sierras que lo ceban (Peñas Cortadas, de Enmedio, del Candil, de Pedro Pastor, de Zama, de Cabras) y la aldea de Cancarix marcan el borde oriental.

– Al Sur, el río Segura y su confluencia con el río Mundo y todo su sistema de serranía.

– Al Oeste. las cumbres del Cangilón, de la Umbría del rincón y de Peña Losa. El valle del río Mundo, la sierra de Peña Lavada y los eslabones de la sierra del Baladre hasta el Cenajo.

El río Segura conforma el límite entre el término municipal de Hellín y la comunidad autónoma de Murcia. Pero el río Mundo es el verdaderamente hellinero, dando lugar a sus vegas y uniéndose al Segura en el embalse de Camarillas.

La comarca es todo un conglomerado geológico¹¹, con materiales jurásicos al Oeste y cretácicos al Este, fuertemente plegados sobre un piso plástico del Trías sobre el que se deslizan carniolas y dolomías. Los materiales terciarios predominantes son los del Mioceno (sierras de calizas, margas arenosas y areniscas), que han producido formaciones de abrigos eólicos como el Tolmo y cabeza Llana (Minateda). Abundan también los materiales neógenos y pliocuaternarios en las cuencas de Hellín - Tobarra y Cancarix - Minateda, donde alternan episodios marinos con lagunares en capas delgadas de margas endurecidas, arenas, arcillas y azufre (Las Minas de Hellín). El Mioceno superior se encuentra recubierto en amplias extensiones por sedimentos pliocenos y materiales cuaternarios heterogéneos.

¹¹ Basado totalmente en Sánchez Sánchez (1982: 31-32).

III. EL YACIMIENTO DEL TOLMO

En cuanto al Tolmo, como dije anteriormente, constituye en sí mismo el espacio más representativo del devenir histórico en la comarca de Hellín-Tobarra.

Se trata de un cerro amesetado de unas 10 Ha de extensión que alberga importantes restos arqueológicos, declarado Bien de Interés Cultural (BIC) por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Su importancia viene dada tanto por dominar una encrucijada de caminos como por la enorme cantidad de vestigios que se pueden encontrar en su superficie. Tradicionalmente se le había incluido entre los yacimientos rupestres clásicos como Meca o Termancia, por poseer estructuras excavadas en la roca.

El conocimiento oficial del Tolmo como yacimiento arqueológico parece que no se remonta demasiado en el tiempo, pues la primera referencia la podemos encontrar en el diccionario de Miñano de 1826-29. Los primeros trabajos arqueológicos deberían esperar a los inicios del siglo XX, de la mano del abad Breuil, con ocasión del estudio de las pinturas rupestres de Minateda. El resultado fue la publicación de un plano y la descripción de estructuras visibles en el Archivo de Prehistoria Levantina del año 1945 (Breuil y Lantier, 1945). En dicha publicación se concluía que se trataba de una ciudad ibérica. Mientras tanto se habían producido de forma casual hallazgos como el del busto que se conserva en el museo de Albacete, y la excavación de un lugar llamado “Estanco Viejo” por un colaborador de Breuil, Federico de Motos.

Hacia el 1942 los arqueólogos Blas Taracena Aguirre (Director del Museo Arqueológico Nacional), Antonio García y Bellido (catedrático de Arqueología de la Universidad de Madrid) y Joaquín Sánchez Jiménez (1947), realizaron una corta campaña de excavación en una de las necrópolis (en la zona del Reguerón) y en la meseta superior, que al parecer no produjo los resultados esperados.

Con posterioridad se realizaron algunos trabajos de prospección y recopilación (Jordán Montés *et alii*, 1984; Jordán Montés, 1987; López Precioso y Noval Clemente 1991), que dieron como resultado el hallazgo de materiales que van desde la Edad del Bronce a época tardorromana. Pero no sería hasta 1988, a causa de unas fuertes lluvias, cuando se descubrieron varios sillares con inscripciones. Hallazgo casual que supuso el inicio de los trabajos conjuntos entre la Universidad de Alicante y el Museo de Albacete en el yacimiento, que todavía continúan.

En resumen, las excavaciones que se vienen efectuando desde el año 1988 han documentado la presencia humana desde la Edad del Bronce hasta el siglo X d. C., constatando la importancia del Tolmo en algunos momentos de su poblamiento.

Aunque ignoramos la fecha exacta de la primera ocupación del Tolmo, el nivel de hábitat más antiguo documentado corresponde a la Edad del Bronce, atestiguado por numerosos restos de superficie como dientes de hoz de sílex y materiales reutilizados en otras estructuras. Pero sobretodo por enterramientos en fosa y otras estructuras de habitación que han aparecido bajo las murallas defensivas del Reguerón.

El siguiente horizonte de ocupación es de época ibérica tardía y a él corresponden los restos de una necrópolis, donde se reaprovechan materiales antiguos, y una poderosa estructura defensiva ataludada compuesta de varias fases de construcción, situada en la vaguada del Regerón controlando el acceso a la parte superior.

A la fase ibérica le sucede la romana caracterizada por una muralla de sillares almohadillados de época de Augusto; esta obra se relaciona con la concesión del estatuto de municipio al asentamiento ibérico, condición atestiguada por una inscripción referente a los duoviros (Abad, 1989). Aún a la fase romana corresponde una necrópolis datada entre los siglos II y III d. C., cuyas inscripciones funerarias se emplean en una muralla tardía. El final de esta fase viene marcado por la decadencia y posterior recuperación con los conflictos visigodo-bizantinos del siglo VI. Con él podemos relacionar el baluarte macizo que flanquea el camino de acceso a la vaguada, las casas visigodas y la mayor parte de la trama urbana de la superficie del cerro.

Se debe hacer un inciso en este punto para señalar que es difícil entender la verdadera importancia del Tolmo si no tenemos en cuenta las vías de comunicación que controla y que lo ponen en estrecha relación con el debate originado entorno a su identificación. Las citadas vías son:

– La que va desde *Carthago Noua* (Cartagena) al interior de la Meseta, bien a *Complutum* (Alcalá de Henares), o más tarde a *Toletum*

(Toledo), vía documentada por miliarios de época romana y por la descripción de Al-Udri (Al-Ahwani, 1965); al que menciona Al-Idrisi (Dozy y De Goeje, 1866)¹².

– Vías secundarias, pero no menos importantes, como la denominada “Camino de Aníbal” (Sillières, 1977; Blánquez Pérez, 1990: 38) y la que ponía en relación Cástulo y Cartago Nova (Baquero et alii, 1983: 63; Jordán y Selva, 1988; Blánquez Pérez, 1990: 50).

Al-Udri menciona también una Madīnat Iyi (h) así mismo en el Pacto de Teodomiro, identificada con la ciudad de Hellín (Huici Miranda, 1969-70, I, 87; Molina, 1971: 76; Vallvé, 1972: 147). Sin embargo esto resultó erróneo al conocerse por el pergamino bilingüe de Alcaraz que el nombre islámico de Hellín era Falyân. Posteriormente quedó claro que el topónimo Madinat Iyi (h) se relacionaba con Madina Tea, actual aldea de la que toma su nombre el yacimiento (Sillières, 1982; Carmona, 1989b: 157).

No obstante esto no zanja el debate, que toma nuevos derroteros al ser mencionada Iyih en relación a la fundación de Murcia por al-Udri, Ibn Idâri y al-Himyarî (Pocklington, 1989; Carmona, 1989). A estas referencias le podemos añadir la identificación que algunos autores hacen de la sede episcopal de Elo con Iyi (h) (Llobregat, 1983: 23).

Retomando la cuestión de los conflictos visigodo-bizantinos, parece evidente que el Tolmo juega un papel clave en las diferentes fluctuaciones del *limes* entre ambos. La evidencia arqueológica nos muestra una clara transformación del conjunto del baluarte, terraza superior y camino, que continúan usándose, prueba de lo que cual son los vertederos extramuros. Los materiales de los niveles de abandono proporcionan materiales del siglo VII.

En cuanto a las viviendas de la terraza superior decir que se terraplanan. Sobre la nueva superficie nivelada aparece un parapeto o barricada perpendicular a la vaguada. Parece ser que se trata de un *agger*, similar a las motas altomedievales europeas. De esta forma la puerta se retranquea nuevamente hacia el ángulo interior de la torre. Esta nueva modificación en la fortificación podría ponerse en relación con un momento de inestabilidad del siglo VIII. Sin embargo, el yacimiento continúa habitándose como atestigua la construcción de viviendas cuadrangulares y hogares de arcilla, cuando la superficie del *agger* ha sido objeto de un proceso de col-

¹² Que sitúa Madīnat Iyi (h) entre Sisáya y Tubarra , en concreto a 30 millas de la primera y a 10 de la segunda.

matación. A esta fase pertenece unas estancias que aprovechan el abrigo rocoso para configurar un hábitat rupestre.

Las últimas evidencias son una serie de manchas cenicientas y de hogares a las que se relacionan materiales cerámicos del siglo IX y un enterramiento islámico aislado. Las excavaciones de un barrio en la meseta superior confirman el abandono definitivo del asentamiento urbano en torno a mediados del siglo IX. Con posterioridad a esa fecha la ciudad de Iyih desaparece como tal o sólo pervive como un lugar de parada en la vía. Más tarde, en torno al siglo XII, la nueva ciudad de Hellín sustituye a la abandonada Iyih.

De las sucesivas fases de habitación que se constatan en el Tolmo, la última es la que nos interesa. Lo conforman un conjunto de diez casas-cueva que se diseminan por sus laderas. De éstas, nueve se ubican en las vertientes Este y Sur. La restante quedaba en el Reguerón, una vaguada natural que permite el acceso más cómodo a la parte superior del Tolmo; sin embargo, ésta última fue objeto de reconstrucción para servir a las necesidades del proceso de excavación¹³.

¹³ Dicha reconstrucción se concibió como ejercicio de experimentación, ya que sus artífices fueron gentes de la zona, herederos de la sabiduría constructiva popular. En sus proximidades parece ser que se encontraba otra casa más, ya perdida.

IV. EL CONJUNTO RUPESTRE

Ante todo cabe llamar la atención sobre la observancia de dos principios generales que le otorgan al conjunto un cierto tono de uniformidad. El primero es el empleo de la roca del Tolmo como elemento constructivo, conformando con ella un todo sin el cual no se entenderían las viviendas. El segundo principio es el de adaptación a la topografía, ya sea la de la pared rocosa o la del terreno de las laderas del Tolmo.

Sin embargo, en cuanto se comienzan a examinar esquemas distributivos y técnicas constructivas con cierto detenimiento, esa aparente uniformidad se desvanece enseguida para alumbrar la existencia de dos tipos de viviendas correspondientes a dos conceptos muy distintos: las semi-rupestres (grupo 1) y las rupestres (grupo 2). A continuación exponaremos de forma comparativa sus características particulares:

– Aunque ambos grupos emplean la roca del Tolmo como elemento constructivo, lo hacen en muy diferente grado, ya que mientras en el grupo 1 sólo es empleada como uno de los muros y parte del techado, en el 2 la vivienda está integrada en la roca totalmente, a parte, claro está, de las construcciones anexas que se le puedan añadir posteriormente¹⁴.

– Las casas se distribuyen por la ladera del Tolmo, pero se aprecia en las del grupo 1 una preferencia por ubicarse más cerca de la cima. Las plataformas artificiales¹⁵ en las que se ubican quedan circunscritas a espacios más reducidos e irregulares que las plataformas de las del grupo 2, más cercanas al llano y al amparo de bloques rocosos de grandes dimensiones anclados en la ladera tras desprenderse del mismo Tolmo¹⁶.

¹⁴ En el grupo 1 incluimos a las casas A, B, C, D, F. En el grupo 2 quedarían E, G, H e I.

¹⁵ Recordemos que son muy similares a los abancalamientos para cultivos que se realizan en la zona y que reciben el nombre de “rastrillos”.

¹⁶ Su presencia se relaciona con el terremoto acaecido en el 1755, conocido como el terremoto de Lisboa, el cual provocó su desprendimiento del espelón rocoso situado en el Sur del propio Tolmo (Rodríguez de la Torre, 1991).



Foto 1. Casa A, del grupo 1 o semi-rupestre.



Foto 2. Casa E, grupo 2 o rupestre.

– Rupestres y semi-rupestres buscan la protección rocosa para cubrirse; pero mientras las del grupo 1 prefieren los abrigos naturales del Tolmo, complementados con tejados a un agua, las del grupo 2 lo hacen íntegramente bajo bloques rocosos. De hecho, la ubicación de las viviendas del grupo 1 en las cotas más elevadas del Tolmo podría explicarse muy bien por la búsqueda de estos abrigos, que a causa de su naturaleza eólica se encuentran precisamente allí.

– En las del grupo 1 el verdadero eje constructivo que crea el espacio de la vivienda es el muro maestro. Se dispone en paralelo a la pared rocosa para que sobre él descansa el techado y se apoyen los tabiques medianeros del interior; obviamente su grosor es mayor que el de los demás. Suele ir acompañado de dos muros perpendiculares a él (portantes), que cierran el espacio hacia la roca (Ver III.1.2.2).

En las del grupo 2 no existen ni muro maestro ni portantes. Lo que sí encontramos es una estructura con una disposición similar que delimita el interior y exterior de la cueva, erigiendo una fachada de ingreso a la misma. Carece de atribuciones sustentatorias y realmente no crea espacio habitable, sino que lo demarca.

– En el grupo 1 se observa una mayor regularidad en el reparto del espacio residencial, basada en la disposición de los tabiques medianeros, que parten del muro principal en perpendicular hacia la roca, dibujando ambientes de tendencia cuadrangular. Esta regularidad queda plasmada en las plantas, que repiten un esquema distributivo longitudinal tripartito del espacio residencial, perfectamente aclimatado a la superficie que ofrece la plataforma artificial sobre la que se asientan. La parte más irregular es la dedicada al corral, ya que la exigencia de yuxtaponerla a la vivienda la fuerza a ocupar espacios inverosímiles¹⁷, evidenciando el principio de adaptación que enunciábamos anteriormente. Por tanto, en el caso del grupo 1, puede hablarse de un modelo distributivo prefijado con muy escasas variantes.

Por contra el grupo 2 escapa a cualquier calificación de regularidad que se le quiera aplicar. Aunque en ellas se aprecia cierta tendencia a la división tripartita del espacio, éste queda siempre circunscrito por la concavidad entre el bloque rocoso y el nivel del suelo, y por lo tanto, su esquema distributivo debe acomodarse a lo aprovechable, manteniendo difícilmente la longitudinalidad.

¹⁷ La casa D sería la excepción en este sentido ya que su corral se sitúa en una cota superior a la del espacio dedicado a residencia; más concretamente, la base del corral se encuentra al nivel del tejado de la vivienda.

– Los dos grupos exhiben ejemplos de ampliación del espacio habitable. Quizá por su mayor disponibilidad de base, el grupo 2 es más propenso a acrecentar el espacio residencial mediante la adición de construcciones exteriores, que desgraciadamente no se han mantenido en pie, o la excavación de nuevos ambientes u hornacinas (Fig. 7). Las construcciones anexas del grupo 2 suelen dedicarse a corrales, pero también a residencia, como se puede ver en los croquis de las plantas de la casa E o G.

En definitiva, se puede concluir que las plantas del grupo 1 (semi-rupestre) muestran una clara tendencia longitudinal al amparo de los abrigos de la parte alta del Tolmo, mientras que las del grupo 2 (rupestre) se integran totalmente en los cobijos rocosos más espaciosos y profundos. El grupo 1 se muestra como el más homogéneo y es además el más nutrido.

IV.1. La arquitectura de las casas-cueva

Comenzaremos este análisis por los aspectos arquitectónicos de las casas, fundamentándonos en la información recopilada para la catalogación sobre el terreno.

IV.1.1. Los materiales y su origen

En la construcción y en los restos de las casas podemos encontrar una serie de materiales que pasaremos a comentar:

– La piedra caliza. Es el material constructivo más abundante, pues está presente en la práctica totalidad de los muros y tabiques existentes en forma de mampuesto ordinario¹⁸.

– El propio Tolmo de Minateda, no se limita a ofrecer numerosos abrigos en los que se cobijan las casas debido a la erosión del viento. Compuesto por roca arenisca del tipo biocalcarenita, fácil de trabajar, es utilizado como material y elemento constructivo. Interviene como cimientito y cubierta de las casas; sobre ella se tallan alacenas, pequeños tabiques y bancos (como ocurre en la casa D, por ejemplo).

– La madera acredita su uso de dos formas: viguetas de sección circular para la estructura del techado (Ver “El sistema de cubrición”, en

¹⁸ Este tipo de mampuesto consiste en bloques angulosos, de diferentes tamaños, que necesitan de calzos o ripios para que traben.

III.1.5) y adintelamiento de los vanos mediante su inserción dentro del mampuesto murario; marcos y hojas de puertas y ventanas. Los ejemplos ilustrativos en este último caso no abundan, debido con toda probabilidad a la tradición de reaprovechamiento de materiales. A pesar de ello, en la casa G se puede ver una puerta con su correspondiente marco aún en su sitio.

– El cañizo. Es decir la caña unida con cuerdas, se puede encontrar formando parte de la cubierta (fig. 3) y también en obras menores (en la casa A para construir la alacena). En la casa B sirvió de alma para un tabique levantado con yeso armado.

– El esparto. Muy abundante en la zona, es empleado junto a la madera y el cañizo como elemento constructivo. Con él se trenzaban las cuerdas con las que se ataba el cañizo o las viguetas de madera. Con ello se intentaba evitar que los cambios de la temperatura y la humedad de la madera produjesen una serie de dilataciones y contracciones, que llevarían a su descohesión del mortero. Enrollando las viguetas con una cuerda de esparto se favorecía la adherencia.

– La cerámica se muestra en modalidades y lugares diversos. La primera es el ladrillo. Aparece de forma muy puntual en la solera del horno de la casa A. Se uso en un horno se justifica por tratarse de un tipo de ladrillo especialmente resistente al fuego (ladrillo refractario). También como ripios, pequeños fragmentos de cerámica procedentes de la superficie del yacimiento, utilizados como relleno en los huecos del mampuesto. Pero sin duda, la principal aplicación constructiva de la cerámica es la teja. En su totalidad se corresponde a un sólo tipo, de forma troncocónica, con lomo pronunciado y conocida popularmente como teja árabe o curva¹⁹. Según García Sáez:

“La teja árabe es otro mecanismo de adaptación a la climatología, ya que, por su forma y modo de colocación, condiciona la inclinación de la cubierta, siendo la apropiada para soportar lluvias torrenciales no necesitando impulsar el desalojo del agua por medios auxiliares, ya que con su propia inercia y esta inclinación se desalojan solas” (1988: 15).

– El cemento aparece también dentro del conjunto, aunque limitándose a ciertos puntos de la casa A y la casa G: recubriendo el interior del aljibe, en uno de sus canales, en la mesa que apoya en A II y en la base de cantareras del corral. En la casa G, recubriendo la campana del hogarchimenea de G X.

¹⁹ Este tipo de teja es la más empleada hasta la aparición de la teja alicantina, de forma plana moldeada y provista de juntas para encajar entre sí.

La presencia de cemento supone contar con un valioso indicador cronológico. Aunque su descubrimiento se remonta al siglo XVIII, no es hasta el XIX cuando comienza a hacerse frecuente en ciertas zonas de países industrializados, sin que se generalice su uso hasta el siglo XX (Bas et alii, 1990: 208). El cemento empleado aquí es de un color gris similar al denominado “cemento de albañilería”, una variedad del cemento Portland, de menor calidad y de tonos menos verdosos.

– El yeso (sulfato cálcico) es incorporado como revoco y cohesionante de obras menores: alacenas, anaqueles, bancos y cantareras. Sin embargo, su empleo más significativo es el decorativo, centrado en las molduras de yeso con que se dota a los hogares-chimeneas.

– El barro, a juzgar por los restos conservados, juega un papel muy concreto en las cubiertas, sirviendo para adherir y asentar las tejas sobre el cañizo o sellar las juntas²⁰.

– La cal (óxido de calcio). Imprescindible para elaborar el cohesionante (la argamasa) y muy diluida en agua sirve para enjalbregar los muros y tabiques. Se obtiene quemando la piedra caliza a altas temperaturas en hornos preparados a tal efecto.

Casi todos los materiales enumerados son asequibles para cualquiera que habite en el entorno cercano del Tolmo. Fácilmente se pueden encontrar diseminados en la superficie del mismo. Es lógico pensar que sean materiales recogidos y empleados *in situ*. Este hecho demuestra una tradición de reaprovechamiento del material (y probablemente del suelo), activa en el momento de construcción de las casas y característica del mundo rural.

En el caso de los cohesionantes el preceptivo proceso previo de elaboración no permite suponerles tan cercana disponibilidad, pero sí una accesibilidad a su adquisición (tanto de la cal como del yeso) dentro del entorno geográfico regional de Hellín. Según nos indica uno de los antiguos habitantes, había un horno para la fabricación de yeso cerca del Tolmo, al lado del molino del arroyo de Tobarra; e incluso habla de la obtención de cal por medio de hoyos en el suelo, que servían de rudimentarios hornos en los que quemar la piedra caliza.

Podemos afirmar que estamos ante una serie de materiales integrados en un mundo constructivo de carácter rural muy amplio y compartido por las regiones limítrofes de la comarca.

²⁰ Ver III.1.5. Se comenta la utilización del barro, no sólo para asentar las tejas, sino como eficaz sellante de juntas.

IV.1.2. Elementos de sustentación

Posiblemente algún lector se pregunte, con todo derecho, por el método de análisis utilizado para este apartado. Ciertamente la rigurosa documentación de algunos de estos elementos habría requerido del empleo de técnicas excavatorias. Pero el respeto al patrimonio y las propias limitaciones de esta obra han impedido la aplicación de ninguna de estas técnicas. De todas formas, la erosión y el desmantelamiento de alguna de las casas-cueva, nos han ofrecido su única cara positiva, dándonos la ocasión de someter a examen algunos de ellos. Aclaradas estas circunstancias, pasaremos a la descripción distinguiendo entre elementos de sustentación horizontales y verticales.

IV.1.2.1. Verticales

– Los muros. En el alzado de los muros predomina una técnica de aparejo: la mampostería del tipo denominado ordinario. Consiste en el empleo de un mampuesto, generalmente de roca caliza, apenas trabajado por su cara anterior; la apariencia de las piezas es más agresiva al no rebajarse sus angulosidades. Así mismo, tampoco existe una selección rigurosa de tamaños y por tanto, la desproporción entre las distintas piezas queda manifiesta en unas hiladas de tendencia irregular. Este aparejo necesita de ripios o calzos que calcen los mampuestos.

Esta técnica no tiene por que llevar aparejado un recubrimiento. De hecho, según sea el muro del corral o de la zona de residencia, se le revoca o no, se le pinta o no se le pinta. Esto le confiere una cierta importancia estética al revoco (que veremos después), pues su presencia proporciona un realce especial a las estructuras murarias, distinguiendo la zona dedicada a albergar la residencia humana de aquellas que cobijaban a los animales.

Siguiendo un criterio funcional, los muros del conjunto se pueden clasificar en muros maestros, de delimitación, portantes y tabiques. En las casas del grupo 1 (A, B, C, D, F, y H) se documenta la presencia de muros en la zona de residencia cuyo grosor medio oscila entre los 40-50 cm, los 3 m de altura y una longitud variable, que va de los 4 a los 11 m. Su trazado es paralelo a la roca. Se trata de muros maestros, en los que apoyan tanto la techumbre como los tabiques interiores.

En las casas del grupo 2 (E, G, H, I), aunque pueden hallarse muros maestros en alguna de las dos partes constructivas de las que constan²¹, lo



Foto 3. *Muro maestro de una casa semi-rupestre (casa F).*

normal es encontrar otros de características modulares similares, pero que se limitan a cerrar la boca de la cueva para conformar una entrada o fachada sin soportar cargas. Son los muros de delimitación, dentro de los cuales encuadramos a los muros principales de corral. En las partes dedicadas a corral se generaliza el empleo de tapias y muretes sin recubrimientos, cuyas tarea se reduce a cercar el espacio del corral o a compartimentarlo. Suelen rebasar la plataforma de base (“rastrillo”) e invaden zonas más abruptas de la ladera, buscando abrigos naturales para resguardar a los animales. En algunos de ellos podemos ver una voluntad clara de construir un corral con una estructura de apariencia similar a la de una casa, como en el caso del corral de la casa D²².

Los muros portantes son laterales, perpendiculares a los maestros y a la pared rocosa; ayudan a la sustentación del techado y a la delimita-

²¹ Nos referimos a que se estructuran en una parte rupestre y otra adosada a la entrada de la cueva, al modo semi-rupestre, salvo para el caso de H que no posee parte semi-rupestre.

²² A pesar de esto no se varían substancialmente los parámetros ya referidos en la definición de muro principal del corral.

ción de los espacios interiores. Constituyen un rasgo arquitectónico diferencial que posee el grupo semi-rupestre frente a las casas rupestres.

Los tabiques se ubican siempre en el interior. Su grosor es menor y más variable que el de los muros (unos 20 cm de media), así como su longitud, aunque su altura es similar, ya que deben adaptarse a las dimensiones del interior de la vivienda. Por norma general, el aparejo que se emplea en los tabiques es el mismo que el de los muros, aunque se puede constatar una variante original, consistente en el empleo del cañizo que revocado con yeso cubre el zócalo de un tabique de mampuesto en la casa B (yeso armado).

– Los elementos de refuerzo de muros o tabiques. Auxilian a los elementos de sostenimiento verticales. Constatamos un contrafuerte en la casa B (en uno de los muros portantes), un pilar en la casa A y dos en la casa G: el de sección piramidal de G I (marcado con el 3 en el croquis) y un pilar en G X al lado del hogar-chimenea. Soportaban los empujes transversales de muros, procedentes de la techumbre en el caso de A y de G X, o de la altura que alcanzaban los propios muros en el caso de B y G I.

Aunque no se han conservado más, seguramente su número debió ser mayor, pues en las zonas de contacto de los muros maestros con los tabiques interiores y la pared rocosa es donde se producen las principales líneas de fisura, responsables a su vez de los posteriores deterioros murarios.

– Hay que mencionar la roca del Tolmo como un elemento de sustentación fundamental para los dos grupos. Su importancia radica en ser el apoyo de muros maestros, portantes laterales, tabiques, cubierta y vivienda. La superficie rocosa que queda englobada en el interior es rebajada con la finalidad de acondicionarla para el máximo aprovechamiento del espacio. La faceta de elemento integrante de la vivienda se evidencia aún más cuando se la transforma para ser utilizada como hornacina, anaquel, banco o cantarera.

IV.1.2.2. Horizontales

– El “rastrillo”. Es la denominación local de la plataforma artificial sobre la que se asientan las casas en las laderas (fig. 2). Es un punto en común de los dos grupos, tanto del rupestre como del semi-rupestre. Se construye sobre la misma pendiente, creando un escalón llano de tierra y piedras que es sujetado por medio de un muro (margen), hecho de piedras

de gran tamaño mediante la técnica de mampostería en seco²³. A él se asocian los conceptos “calle” y “senda”²⁴.

– Los cimientos. La dificultad de acceso para su estudio es bastante obvia. No obstante, es de suponer que unos muros tan gruesos y que realizan tareas de sustentación deben de necesitar algo que los apoye en su base. Efectivamente, en una de las viviendas, la casa D, se aprecia una hilera de piedras sin tallar y de sillares que siguen la línea del muro maestro principal. Aunque con menor nitidez se observan similares alineaciones en la casa B y la casa F. Esto significa que estamos ante zapatas de cimentación que calzan los muros y cortan al rastrillo.

Desde luego, a tenor del lugar en que nos encontramos, lo más probable es que estas zapatas se compongan de vestigios constructivos arqueológicos, e incluso no sería extravagante considerar la posibilidad de fueran en realidad restos de estructuras mucho más antiguas reaprovechadas. Pero hacer extensible este modelo de cimentación al resto de casas, aunque tentador, es bastante arriesgado, pues no hay que olvidar que los dos grupos existentes y la imposibilidad de documentar restos del subsuelo obligan a guardar cierta reserva.

– Los terraplenes o rellenos de tierra. Se emplean para apuntalar los grandes bloques rocosos que albergan a algunas de las viviendas rupes- tres (E, G , I) en la ladera del Tolmo. Estos bloques quedaron anclados en la vertiente Sur tras desprenderse del propio Tolmo a causa de un terremoto.

– Los pisos. No son estrictamente elementos de sostenimiento, pero van ligados a esta función en cierta forma. En su mayoría se hallan cubiertos de sedimentos procedentes de la roca y del desmantelamiento de las estructuras edilicias. La mejor muestra está en la casa G, donde se ha conservado intacto en las escaleras que comunican las dos plantas de la vivienda. Se reviste de una capa de enlucido que les proporciona un aspecto uniforme²⁵. Por el contrario, parece ser que en los corrales la roca era el único piso.

En el exterior de las viviendas se pueden constatar pavimentos como el empedrado ubicado en la entrada de la casa A, realizado a base de lajas incrustadas en la tierra. Se puede adivinar la existencia de un piso

²³ Técnica de trabar el mampuesto sin argamasa.

²⁴ La calle es el espacio que queda en el rastrillo tras construir la casa. La senda son los caminos que ponen en comunicación las diferentes casas por la ladera.

²⁵ En el momento de publicación de esta obra ha sido recuperado el piso de la casa A, gracias a las tareas de restauración llevadas a término por el equipo investigador del Tolmo de Minateda.

similar en la entrada del corral de la misma casa, pero en un estado de conservación mucho peor. Estos dos son los ejemplos de pavimentación más evidentes de todo el conjunto y nos muestran una preocupación estética por la residencia, dentro de una tradición constructiva popular y rural.

IV.1.3. El sistema de vanos

Puertas y ventanas son los elementos que conforman del sistema de vanos. Son indispensables para facilitar el tránsito, la ventilación e iluminación de la vivienda.

En general para su realización técnica en los muros de mampuesto se emplea el adintelamiento. Esto exige la inserción de una vigueta o un listón de madera, que constituya el dintel del vano, simultáneamente a la erección de la estructura. Concluida esta operación y tras la finalización de la obra, se procedería a colocar los correspondientes marcos de madera²⁶. Esto no era necesario en los tabiques interiores, cuyo menor grosor hacía posible la colocación del marco de madera de la puerta o ventana tras picar directamente la correspondiente abertura sobre el mismo.

Como es sabido, el mayor inconveniente técnico al que se enfrentan los vanos de muros muy gruesos son los empujes sobre el dintel. Para mitigarlos el recurso más frecuente era el abocinamiento, aunque en su aplicación no se demuestra el grado de maestría suficiente para evitar que el ancho de los muros maestros imponga en gran medida los tamaños y el número de huecos. Habitualmente suele haber tan sólo una puerta y una ventana por habitación, con lo que la iluminación y ventilación del interior debía resultar deficiente.

Casi de modo testimonial podemos mencionar que en el grupo rupestre (casa I) hay un ejemplo de vano ejecutado mediante un arco muy irregular tallado en la arenisca, al que se podrían añadir las hornacinas de la casa E.

IV.1.4. Los recubrimientos murarios

A este apartado concierne todo elemento con el que se cubrieron muros, tabiques, o roca, con el fin de protegerlos de los agentes meteoro-

²⁶ En los muros maestros la caída de los revocos y del mampuesto en ciertas zonas nos permite ver una vigueta de madera atada con esparto o un simple listón del mismo material.

lógicos y darles mayor consistencia, independientemente de que tuvieran una finalidad estética añadida que trataremos más adelante.

Aquí quedan comprendidos enfoscados, enlucidos y enjalbegados. Aclaremos los términos de cara a una mejor comprensión:

– El enfoscado. Es una capa de mortero (en este caso casi siempre de cal) de un grosor de entre 1 a 2 cm. aplicado directamente sobre la fábrica de mampuesto, bien sea para guarnecer y aislar, o como base de un posterior revoco.

– El enlucido. Es el revestimiento final de un guarnecido. Consiste en una fina capa de mortero que se extiende con una llana sobre el enfoscado. Tanto éste como el enfoscado son revocos.

– El enjalbegado o blanqueado. Lechada de cal o yeso que se extiende sobre una superficie determinada. Tiene una vertiente estética muy importante (añadiendo un pigmento azul, ocre, o negro), pero sobre todo utilidad higiénica.

Tanto el enfoscado como el enlucido pueden ser argamasa compuesta de cal y de arena o yeso. Cubren los paramentos murarios, tanto por su cara interior como por la exterior y sufren los ataques erosivos a distinta intensidad dependiendo de su mayor o menor grado de exposición a los mismos. En algunas de las casas esta acción erosiva se hace tan patente que no queda más que una pequeña muestra de los mismos, como en el exterior de la casa B. En otros muros los revocos ni siquiera debieron de existir porque no quedan restos de los mismos ni en la superficie mural ni en el suelo; es el caso de las tapias y muretes de los corrales de la mayoría de las casas, en los que no se debió considerar necesario el revoque. Para toda regla existe una excepción; en este caso la podemos encontrar en un enlucido de yeso muy tosco existente en el corral de la casa A.

En el interior la función estética de los revocos se evidencia al cuidarse más la factura de los mismos, apreciable todavía en la actualidad a pesar de la acción de la humedad que se ha encargado de ir descomponiendo las distintas capas de revocos y enjalbegados.

En cuanto a los enjalbegados hay que reseñar que suelen ser las últimas capas de recubrimiento de los muros²⁷, presentes tan sólo cuando previamente se ha revocado la superficie muraria. No se ha constatado en ningún caso la presencia de enjalbegados aplicados directamente sobre los muros, bien fuera porque no existieron o porque se deterioraron con gran rapidez.

²⁷ Es por tanto un revestimiento.

La utilidad de los enjalbegados traspasa lo meramente estético, ya que protegía los revocos sobre los que era aplicada además de constituir una medida higiénica esencial como desinfectante.

Nos referimos a los enjalbegados en plural ya que siempre encontramos más de una capa de los mismos de forma superpuesta, mostrándonos la periodicidad de sus renovaciones. Como confirma una de las habitantes de la casa cueva, lo usual era añadir colorante azul al preparado de cal y de agua con el fin de pintar de azul las casas, aunque a su entender desconozca las causas que motivaran esta costumbre.

En el exterior de las casas el único color que nos ha quedado ha sido el azul, pero en los interiores, podemos observar la presencia de otros colores. La mayor gama de capas de colores se distingue en la casa A, en este orden, de capa inferior a superior: blanco, negro, ocre y azul. La sucesión de colores en un secuencia ordenada nos muestra un paralelismo indudable entre las casas B, C, D, H, e I, y la propia casa A, (a excepción del negro). Como muy significativo hay que remarcar el hecho de que esta sucesión de colores los encontramos en un ambiente determinado de la casa, observándose en los demás una monocromía monopolizada por el azul.

Por último cabe citar la presencia de motivos de clara intención ornamental sobre capas de enjalbegados de los interiores, en concreto en el ambiente principal de las casas A, B, C, D, G, H e I, que se trataran en el capítulo dedicado a los motivos decorativos (Ver III. 3).

IV.1.5. El sistema de cubrición

El sistema de cubrición define como pocos elementos la realidad de los dos grupos del Tolmo. Para hacernos una idea debemos considerar la diversidad de componentes que lo integran: la visera rocosa bajo la que se albergan las viviendas semi-rupestres complementadas con cubiertas a un agua que se le adosan, los bloques que cobijan a las del grupo rupestre, y en el caso de las ampliaciones totalmente exentas de las viviendas rupestres, debieron recurrir a cubriciones a dos aguas, desafortunadamente desaparecidas (p.e. G I, G X, E IV). Este hecho suele ser habitual, pues la cubierta, como elemento pasivo que es, se desploma enseguida hacia el interior de la casa, quedando de esta forma tan sólo sus huellas en el suelo y en la pared rocosa.

Nuevamente con ayuda de la fortuna se ha podido reconstruir el tipo de techado que se empleaba, gracias a que contamos excepcional-

mente con la conservación del parte del tejado de la casa B del grupo 1. Los restos de la cubrición se apoyan en un entramado de viguetas de madera de sección circular, sin tallar, que van desde lo alto del muro principal a los encastes de la roca, formando un ángulo de 65° . Sobre el entramado de viguetas se colocaba cañizo atado con cuerdas de esparto que a la postre, constituía la base sobre la que se asentaban las tejas (fig. 3 y foto 4). La sujeción de éstas se efectuaría con argamasa o barro.

El tipo de teja empleado, a juzgar por los restos encontrados, es la del tipo árabe o lomuda (fig. 3), posiblemente la más adecuada a una pluviosidad de carácter torrencial como la que sufre este dominio climático. Los vestigios restantes no permiten, empero, la constatación de la técnica de colocación de las tejas. Por tanto, debemos recurrir a un ejemplo cercano como Almansa y suponerla similar a lo descrito allí (García Sánchez, 1988); es decir, montando extremo con extremo de manera que alternan una boca arriba y otra boca abajo (fig. 3). Este tipo de colocación se denomina imbricación.

La inclinación del tejado debe guardar un equilibrio que permita el desalojo de cantidades pluviométricas elevadas y evitar la caída inercial de las propias tejas. El ángulo del 65° , que supone una inclinación del 70% aproximadamente (documentado en la casa B) podría resultar incluso



Foto 4. Cubrición a un agua de una casa semi-rupestre (casa B).

excesivo para impedir la caída de las tejas, pero debemos tener en cuenta que las cubiertas tienen una longitud muy escasa, pues buena parte de la vivienda se sitúa al amparo de un abrigo natural. Al apoyar la cubierta en ésta, la visera rocosa hace las veces de cumbrera para la vertiente construida por el hombre (fig. 3). Este ángulo, sin embargo, no es extensible a las demás viviendas, pues las distancias entre los diferentes muros maestros y la visera rocosa son muy variables, determinando así diferentes inclinaciones.

La cumbrera, o sea la zona de contacto entre la roca y la vertiente del tejado, es sellada mediante argamasa e incluso cemento como podemos apreciar en la (lám. n.º 88), con el fin de evitar cualquier tipo de filtraciones por las juntas.

En una de las viviendas (casa A), han quedado restos de lo que debió ser un cielorraso (fig. 3). Consistía en un nuevo entramado, esta vez de listones de sección rectangular, que se colocaban entre el muro maestro y la roca. Los diferentes listones quedaban asegurados por rebabas de mampuesto, configurando así el sostén para un manto de cañizo que, una vez enlucido con yeso y enjalbegado, aislaría los espacios de habitación del tejado.

El principal problema al que debían hacer frente las cubiertas es una posible pluviosidad torrencial en un momento dado, propia del dominio climático de la zona. Ya hemos detallado uno de los mecanismos de prevención de este problema: el de las tejas. Pero además se pueden constatar la presencia de otros dos mecanismos de evacuación del agua en caso de torrencialidad:

- Los canalones. Se trata de canales realizados mediante tejas árabes, colocadas consecutivamente y con el lomo hacia abajo, es decir, de forma cóncava. Se ubican longitudinalmente sobre los muros maestros y se las enlucen por los lados para asegurarlas y disimularlas.

Cabe pensar que en el caso de las viviendas de carácter plenamente rupestre no era necesario dotarlas de este mecanismo, y sin embargo lo podemos documentar en la casa G, sobre la misma entrada rocosa de G I. El motivo de su presencia es obvio si pensamos que, de no colocarse el canalón ahí, la propia roca vehicularía las aguas de escorrentía hacia el interior de la vivienda.

- Los canales excavados en la roca. La misma colocación descrita para el canalón de la casa G parece tenerla el canal de la casa E. Sin embargo, lo que no está tan claro, es que este canal sirva para conducir la escorrentía fuera de la entrada de la casa. Más bien parece estar hecho para recogerlas. De hecho, en la casa A existe un sistema de recogida de aguas

consistente en un aljibe y una pequeña red de canales (fig. 15). También en la citada casa G podemos encontrar unos canales en el bloque rocoso anexo al principal asociadas a una cazoleta excavada en la piedra. Pero el ejemplo más curioso nos lo ofrece la casa D, que posee dos canales en el suelo rocoso, de lo que era la cornisa rocosa que amparaba la vivienda. Curiosamente estos canales iban a verter dentro de la casa o al tejado directamente, sin que haya una razón lógica aparente.

Jordán Montés (1987: 34) menciona estas canalizaciones de pasada, al hablar de la insculturas prehistóricas del Tolmo de Minateda. Según este autor, dichas canalizaciones debieron de servir para recoger el agua procedente de la lluvia o del rocío, obligados por las características climáticas del entorno. Así pues, constituye un mecanismo de adaptación.

Al abordar el análisis del sistema de cubrición llama la atención la ausencia de tejas, tanto en el suelo como el tejado de la casa B (única muestra conservada en pie). Esto no puede ser debido más que a un expolio sistemático que sirve a unos pocos para lucrarse. Es algo más que el simple reaprovechamiento de materiales; unido al proceso natural de degradación lo acelera, contribuyendo a la desaparición del patrimonio cultural²⁸.

IV.2. El espacio interno. Distribución y funcionalidades de los ambientes

IV.2.1. Esquemas distributivos de las viviendas

Mediante el análisis de las plantas de las casas-cueva podemos acceder al conocimiento de la concepción distributiva de los ambientes y por lo tanto, del espacio, que poseían los constructores de las mismas.

Teniendo presente la existencia de dos grupos, el 1 y el 2, no resultarán extrañas las diferencias distributivas y de tamaño, aunque no es menos cierto que también se comparten dos criterios elementales a la hora de repartir los espacios en todo el conjunto. El primero se refiere a la delimitación entre la zona dedicada a la residencia humana y la consagrada al resguardo de animales domésticos. Aunque generalmente no hay solución de continuidad entre ambas áreas²⁹, el tránsito entre ellas se efectúa siem-

²⁸ En relación con este hecho citar la existencia de un mercado de teja vieja, procedente del expolio, del que nos han llegado referencias indirectas.

²⁹ Lo usual es que compartan muros o simplemente que estén muy cerca unas áreas de otras, aun situadas a diferente cota de la ladera, como en la casa D (Fot. n.º 2).

pre por el exterior, nunca por medio de un acceso interior directo, creando así una barrera que refuerza la separación de lo humano respecto de lo irracional. El segundo criterio es la ley del mínimo esfuerzo en la consecución y optimización del espacio habitable.

En lo tocante a las dimensiones sin duda son las del grupo 2 las que ocupan una mayor cantidad de superficie habitable, destacando entre ellas y entre todo el conjunto a la casa G³⁰. Ejemplo de adaptación a la pared rocosa y de su utilización por parte del hombre, excepcional dentro del grupo 2 y en todo el conjunto, alberga dos plantas comunicadas por una escalera bajo un enorme bloque, a las que se añaden una serie de ambientes anexos, haciendo de ella un exponente magnífico de adaptación e imbricación rupestre.

Centrándonos ya plenamente en la distribución, comenzaremos por las casas del grupo 1. Éstas presentan como constante una división tripartita³¹ y una disposición longitudinal de los ambientes, lograda gracias a los tabiques medianeros que parten de forma perpendicular desde un muro maestro paralelo a la roca, compartimentando el espacio en ambientes de tendencia cuadrangular. La intercomunicación se establece por medio de un eje de tránsito paralelo al muro maestro. Excepcionalmente esta distribución cuenta con la variante en la casa A, donde se agregó un tabique medianero paralelo a la roca y al muro maestro. Este inmueble cuenta además con un edificio (A I) separado unos 6 m de lo que sería la residencia principal (A II).

Esta reiteración del modelo del grupo 1 induce a pensar en la aplicación de un esquema prefijado, que se repite de forma casi invariable por su sencillez y pragmatismo, en cumplimiento de la ley del mínimo esfuerzo y máximo rendimiento.

En el diseño distributivo del grupo 2 debemos tener en cuenta su condición rupestre y su capacidad de ampliación, lo cual dificulta la plasmación y percepción efectiva de divisiones tan netas. Así, nos encontramos con una gama que va desde las dos plantas de la casa G a los tres niveles de la casa I, pasando por otro más pequeño como es el de la casa E. Sin embargo, bajo esta aparente diversidad se observa el empleo en origen de la división tripartita y cierta tendencia a la disposición longitudinal, tal y como aprecia al revisar la casa H.

³⁰ Consideramos como superficie habitable toda la superficie construida, se dedicara o no residencia.

³¹ En este sentido, como excepcional podemos contar a la casa F, con tan sólo dos ambientes (ver planta casa F).



Foto 5. Esquema de distribución tripartito aplicado a una vivienda rupestre. Casa H.

El caso de esta vivienda, la casa H, es muy significativo. Por sus características arquitectónicas es una casa del grupo 2 sin mayores objeciones, pero en lo que incumbe al reparto de espacio interno, exhibe una perfecta división tripartita y disposición longitudinal igual a la del grupo 1. Curiosamente no se han encontrado restos de dependencias dedicadas a corral o almacenaje agrícola asociados a esta vivienda. Estas circunstancias apuntan a una estrecha relación con alguna de las casas cercanas, la I o la G, de las que supondría una segregación residencial, como en el caso de A³². En consonancia con esta conjetura, si la casa H proviene de una segregación, lógicamente es construida después que su “casa madre”, ateniéndose a un criterio funcional utilitarista compartido por los dos grupos³³, ya que la concavidad rupestre de la que dispone se lo permite.

³² Se puede considerar el que no tuviera nada que ver con ninguna otra vivienda y además careciese de corral. Pero nos parece poco probable; en cambio, contemplarlo como si fuera una ampliación nos resulta menos extraño y no dejaría de ser asimilable a otras estructuras similares constatadas en el grupo 2 sobretodo, pero también en el 1, como ocurre con A I.

La ubicación de las puertas tiene especial importancia en la concepción de la vivienda, al marcar los puntos de paso con el exterior y en el interior. Como pauta global podemos indicar que se procura siempre crear un eje direccional que comunique el ambiente más interno con el exterior. Este acceso se realiza en el grupo 1 por medio de una puerta abierta en el muro maestro que va a desembocar en el ambiente que posee el hogar-chimenea. También en esto constituye una excepción la casa A, pues la apertura de la entrada se encuentra en un muro portante y no en el maestro. En el grupo 2, ante la inutilidad de un muro maestro, se levanta una fachada anexa a la boca de la cueva con el fin de acoger el ingreso al ambiente principal, punto desde el cual se accedía a los demás ambientes.

Sin embargo, salvo en las casas G (G I y G III) e I (escaleras y rampa), no existen los espacios dedicados a un uso exclusivo de tránsito. Este hecho es un indicador de arcaísmo en la tipología de hábitats pues los espacios dedicados exclusivamente al tránsito pertenecen a modelos de vivienda más recientes, enmarcables en el siglo XIX y XX (Sánchez Soria, 1997: 301).



Foto 6. *Ejemplo de espacio de tránsito. Escalera interior de la casa I.*

³³ Aunque constructivamente sean distintas, en el fondo las necesidades a las que responden son las mismas, caracterizadas por su adaptación y compenetración con el medio, así como por su economía.

En relación con este arcaísmo, cabe advertir que el grupo semi-ruprestre (1) recuerda especialmente la morfología de un modelo de vivienda del que se conservan ejemplos en la zona, documentable ya la Edad del Bronce, y con una continuidad y extensión manifiesta en épocas posteriores. Si además consideramos el alto grado de preservación de las tradiciones en el ámbito rural hasta el impacto industrializador, sería factible hipotetizar sobre la pervivencia de una tradición de hábitat entroncable con un sustrato prehistórico.

A continuación se analizarán los diferentes ambientes resultantes de esta distribución espacial y se describirán sus funciones.

IV.2.2. El ambiente principal

En todas las casas destaca uno de los ambientes por estar dotado de una serie de elementos de los que carecen los restantes. Entre éstos destaca uno de especial relevancia: el hogar-chimenea. Era el aglutinante de la vida común de la familia y su principal exponente. Calentaba el ambiente y en él se cocinaban los guisos que compartían los moradores de la casa. No obstante no es el único componente de este lugar: alacenas, bancos, anaqueles y hornacinas excavadas en la roca acompañan al hogar-chimenea y esporádicamente se incorporan a algún otro ambiente (anaquel en la casa A en IV).

En el grupo 1 se advierte una mayor regularidad en cuanto a la distribución espacial interna y a la caracterización del ambiente principal como tal. Pero en el grupo 2 este ambiente, eje sobre el que gira la vida familiar, se ve involucrado en un notable fenómeno consistente en la creación de una nueva vivienda adherida a la anterior. Como si del núcleo de una célula se tratara, se duplicaba el ambiente principal original, generando uno nuevo entorno al cual se agregan los ambientes restantes incluido el correspondiente corral.

Las casas E y G son los ejemplos que ilustran estas ampliaciones, posibilitadas por la extensión de la superficie habitable que ofrecía la ubicación a pie de ladera. Ambas poseen una parte de la vivienda bajo un bloque rocoso y la otra parte se desarrolla en el exterior del mismo, pero sin separarse de él.

En E tenemos pues un ambiente principal bajo la roca, E III, y otro en el exterior, E IV, cada uno con su hogar-chimenea (señaladas con el 4 y el 6 en la planta). Ambos están claramente delimitados y separados por un muro que no permitía el acceso directo entre ambos.

En la casa G el esquema general de la duplicación se torna complejo y requiere de ciertas explicaciones. Para empezar en vez de dos ambientes principales hay tres. Sin embargo uno de ellos (G IV) tiene tapiados su hogar-chimenea y la puerta que permitía el acceso entre este ambiente y G V (señalada como 7 en la planta). En relación con esto estaría un murete (6) en yeso y cañizo, de factura rudimentaria y de una altura irregular (entre 40 y 59 cm), en nada relacionado con los ambientes principales³⁴. Todo ello prueba que el uso como ambiente principal de G IV estaba amortizado, o lo que es lo mismo, había cambiado.

Los restantes ambientes principales, G V y G X, sí evidencian señales claras de utilización, cuando menos hasta el abandono de la vivienda. Ambos conservan sus hogares-chimena, aunque G X sólo parcialmente. Como notas destacadas decir que G V es recorrido por un banco (el 8 del croquis) y G X incorpora una alacena (marcada con el 5 en la planta).

La remodelación de la que es protagonista G IV, afecta a G V y G VI. Especulando con la posibilidad de que estos tres ambientes hubieran surgido de un espacio primigenio único, éste quedó posteriormente dividido en dos: G IV y G V-VI. En este momento ambos pertenecerían a una misma residencia. La puerta que facilitaba (7) la circulación interior así lo acredita.

En la fase siguiente tanto la puerta (7) como el hogar de G IV son tapiados, aislándose de esta forma de G V-VI que se convertía en una vivienda nueva. Esto trajo aparejado la división de G V-VI en dos por medio de un tabique medianero y la instalación del hogar-chimenea en G V.

G IV pasaría de ser ambiente principal a granero o almacén agrícola³⁵, cambio directamente ligado a la aparición del ambiente principal anexo a la roca (G X) hacia el cual está abierto por las escaleras y una puerta entre G I y G X, con las cuales conformaría una segunda vivienda.

En resumen, la duplicación de la casa G se inicia por una división del primer ambiente principal, al que despoja de su función inicial para proporcionarle otra diferente, al tiempo que se levantan otros ambientes anexos a la boca de la cueva³⁶ a las dos viviendas resultantes.

³⁴ La presencia del murete de yeso en el medio del ambiente, y estos materiales, nos recuerda a los "trojes" descritos para Almansa por García Sáez (1988: 118).

³⁵ Hipótesis avalada por los restos de cestería de grandes recipientes y de esparto seco que contiene.

³⁶ G X, G II y G X II, por un lado y G VII, G VIII, G IX, por otro.



Foto 7. Ambiente principal anexo a una vivienda rupestre (casa G).

La casa I muestra como principal peculiaridad una distribución a tres niveles del espacio habitable. El nivel más bajo es completamente rupestre y comprende una superficie mayor. A pesar de ello, no está dotada de los elementos que caracterizan al principal. Nos referimos a I II. El siguiente nivel, al que se accede por la escalera I III, es el verdadero ambiente principal³⁷. Al tercer nivel, el corral, se accede por medio de una rampa que partía desde la entrada al ambiente principal.

Por otro lado no han quedado muestras de que hubiese ningún tipo de construcción adherida a la entrada de la cueva, ni signos de duplicación como en otros casos. Esto sugiere una posible relación con la casa H, que no va más allá del terreno de las suposiciones a falta de evidencias que permitan demostrarlo.

³⁷ Con la salvedad de que en vez de un hogar-chimenea tiene un horno.

IV.2.2.1. El hogar-chimenea

Es el elemento más característico y definitorio de lo que sería el ambiente principal. Todas las casas están dotadas con uno de ellos, salvo la casa I que tiene un horno. Sus misión es la de servir de calefactor y de cocina. Este extremo se ve confirmado por una de las antiguas ocupantes de las casas-cueva³⁸.

IV.2.2.2. Las alacenas

La alacena es otro elemento prácticamente constante en cada ambiente principal. Se trata de un “hueco hecho en la pared para servir de armario y por extensión armario” (Fatás y Borrás, 1980: 16). Igual de persistente se muestra a la hora de su ubicación, pues siempre lo hace apoyándose en la pared rocosa del ambiente, aprovechando una concavidad de la roca, un ángulo con un tabique o ambas cosas (fig. 6 y 7).

Suele haber una sola alacena por ambiente principal. En planta es cuadrangular, unas veces con más tendencia al cuadrado y otras, al rectángulo. La alacena de la casa H se reduce a una abertura similar a una ventana en un tabique que tapa una concavidad de la roca.

En la casa E no se constatan alacenas parecidas a las restantes; tan sólo un par de grandes hornacinas excavadas en la roca (fig. 7), que bien pudieran haber servido como tales.

La mayoría de las alacenas van dotadas de una serie de anaqueles, realizados con cañizo recubierto de yeso, con mampuesto y argamasa, o inclusive tallando directamente la pared rocosa. La técnica más común debió basarse en una tabla de madera apoyada sobre una rebaba de la pared (fig. 7). Otras alacenas se permiten incorporar un tabique divisor, que las compartimenta de forma vertical (fig. 6).

En cuanto a la funcionalidad de la alacena hay que relacionarla con el almacenaje y la exposición. Me refiero a que en ella se guardaran enseres domésticos del ajuar, los cuales quedarían a la vista seguramente, al menos en alacenas como la de la casa D o la casa F³⁹.

³⁸ En cuanto a la morfología, estructura y materiales empleados en los hogares-chimenea será objeto de un tratamiento más amplio en el punto III.3.2.3., ya que además de sus funcionalidad son tratadas como elemento decorativo de primer orden en el ambiente que nos ocupa (fig. 5).

En conexión con su papel de expositores del ajuar, alguien podría aducir una dimensión decorativa en las alacenas sin que sonara demasiado descabellado. Pero realmente, fuera de su dimensión práctica, no hay pruebas que induzcan a considerar a las alacenas en sí mismas como objeto de una atención estética.

IV.2.2.3. Los bancos

El banco es uno de los componentes más antiguos de la vivienda del hombre, registrándose algunos de ellos ya en la Edad del Bronce.

Con cierta asiduidad se incorpora al ambiente principal un banco. Usualmente mediante la técnica de la talla. Se aprovecha un saliente rocoso, al que se talla convenientemente formando bancos (fig. 6) y cantareras (fig. 8). Esta técnica se complementa con la argamasa, a la que se modela con la forma deseada, como ocurre en la casa C (señalado con el 7 en la planta), o en la casa I (fig. 6).

Tampoco son extraños los bancos en mampuesto adosados a la pared, como en los casos de A y de G. Entre ambos bancos se aprecian varias diferencias: mientras el de la casa A es una estructura de base cuadrada de 80 x 80, el de la casa G es un banco estrecho, pero de una altura que ronda los 110 cm y que recorre el muro rocoso, como si pretendiera marcar el zócalo. Desafortunadamente del de la casa A, completamente destrozado, sólo contamos con sus huellas.

En cuanto a la funcionalidad de los bancos, indicar que son esencialmente apoyos bien de personas, bien de objetos. Este último cometido se manifiesta claramente en el banco de la casa I, ubicado junto al horno y sobre el que se observan unas baldosas hidráulicas, colocadas para higienizar y preservar su superficie³⁹.

Un tipo especial de bancos son las cantareras o bancos vasares. Se trata de apoyos para recipientes tales como cántaros o tinajas, a los que se colocaría de pie (fig. 8). Este peculiar tipo de banco lo podemos constatar en las casas C, D y H. En dichos recipientes se almacenaría agua, cereal, aceite o vino para uso doméstico⁴¹.

³⁹ Manuela Ruiz hace referencia a "donde se guardaban las sartenes". Explica también como forraba con papel de periódico los anaqueles de madera de la alacena con fines de aislamiento.

⁴⁰ Se trata de cinco baldosas, lisas, de color granate oscuro. No se pudo identificar sus posibles motivos, o marca de procedencia, por estar trabadas al banco.

IV.2.2.4. Los anaqueles

En primer lugar señalar que los anaqueles no son exclusivos del ambiente principal aunque es aquí donde aparecen preferentemente. Seguidamente debo matizar que los anaqueles a los que vamos a hacer referencia no son los de las alacenas, sino los de entidad propia.

La técnica constructiva empleada para ellos es cañizo recubierto de yeso o argamasa cubriendo una estructura a base de listones de madera (fig. 8).

Los anaqueles se suelen colocar siempre a cierta altura, por lo que deducimos que se trata de lugares donde dejar vajilla, ropa o comida.

Son formas de planta rectangular, alargadas y estrechas, tendentes a recorrer su soporte murario en toda su longitud. También nos podemos encontrar anaqueles muy pequeños, las rinconeras, ubicadas en las esquinas entre tabiques y muros (fig. 8).

IV.2.3. Los ambientes secundarios

Aunque en algunos casos las diferencias de tamaño no sean las fundamentales (por ejemplo: la casa I), la concentración de elementos como los ya vistos nos permite establecer una jerarquización y denominar como “ambientes secundarios” al resto de los que se encuentran en la zona residencial de la vivienda.

El número de los mismos suele variar de uno (casa F) a tres (casa G) en todo el conjunto, pero lo usual es que sea de dos, tanto para el grupo I como para el 2.

Se suelen disponer en función del ambiente principal que actúa como eje distribuidor, evitando el acceso directo a los ambientes secundarios desde el exterior. Esto se interpreta como una concesión de intimidad a estos ambientes, en contraposición al principal, destinado a la vida en común y pública, auténtico vertebrador de la circulación.

Aparte del acceso indirecto, lo que define a los ambientes secundarios es el hecho de encontrarse enjalbegados y contar con anaqueles, alacenas o bancos. Por ejemplo en C I hay un banco y en A II un anaquel.

⁴¹ El cereal o harina, se relaciona con la existencia de un molino a las orillas del arroyo de Tobarra, frente a la ladera norte del Tolmo, hoy en ruinas. Con este molino se comprendería la necesidad de los dos hornos.



Foto 8. *Ambiente secundario rupestre de grandes dimensiones (casa I).*

Ciertamente son ambientes bastante austeros. Semejante desnudez apunta a que su funcionalidad principal fuera la de alcoba, en la que cabrían elementos mobiliarios como una cama o un arcón; resulta tentador relacionar esto y el número de ambientes secundarios (que suele ser de dos), con un posible reparto en el que uno de los ambientes correspondería a los padres y el otro al resto de la familia.

De esta manera finalizamos con la parte de la vivienda dedicada exclusivamente a residencia y comenzaremos a examinar la parte dedicada a otros menesteres, que como ya dijimos, se encuentra claramente diferenciada de la residencial pero estrechamente unida a ella.

IV.2.4. Corrales y graneros

Un intento de agrupación a nivel morfológico en lo referente a corrales resulta infructuoso del todo, debido a que son estructuras mucho más anárquicas en su composición y distribución interior; a pesar de ello se puede observar un factor común a todos ellos: su adaptación a la topografía del terreno (por ejemplo la casa F). Esta aparente heterogeneidad

compositiva, se trunca en homogeneidad al observar los materiales y la técnica constructiva que podemos resumir en los siguientes puntos:

- Ausencia de elementos artificiales de cubrición. A cambio se busca el abrigo rocoso más cercano a la zona de residencia. La única excepción a la regla nos llega de la casa D, dónde podemos constatar la presencia de restos de un techado sobre una de las partes del corral.

- Falta de enlucidos en los muros y por supuesto de enjalbegados, descuidando la estética y también la protección de los mismos.

- Los muros de los corrales no suelen llevar cimentación, apoyando directamente sobre la roca o el suelo como queda atestiguado en A o en la casa D.

- Manifiesta falta de fenestración muraria (con la excepción significativa en D). Por otro lado, tampoco se puede afirmar que exista una necesidad al respecto, pues al no haber techado los muros quedan reducidos a acotar el espacio, para lo que sólo necesitan ser elevados hasta cierta altura.

Es evidente que la calidad constructiva es inferior a la de las viviendas y están menos protegidas frente a la erosión. Por consiguiente su grado de deterioro es también mayor.

Como dependencias de la vivienda estaban destinadas a una finalidad determinada, que implicaba una serie de integrantes específicos tales como pesebres, conejeras, clavos con argollas, propios de un corral y de la posesión de animales.

Más difícil resulta encontrar o delimitar espacios dedicados al almacenaje de algún tipo de producto agrícola. Tan sólo tenemos tres ejemplos en este sentido: G IV, D V e I V.

Para el de G IV nos remitimos a los visto anteriormente. En cuanto al existente en D VI, decir que queda integrado dentro del corral y no de la residencia. Contiene restos abundantes de cañizo.

El de I V resulta inconfundible. Se sitúa sobre una enorme roca englobada en el ambiente. Por medio de un murete cercaba este pequeño espacio a modo de altillo. Fuera lo que fuese lo que se guardaba allí, quedaba a salvo de la intemperie y la humedad pero no del fuego: su contenido se quemó y ha quedado *in situ* una muestra consistente en unos restos vegetales calcinados⁴².

⁴² En cuanto a la naturaleza de lo almacenado podemos apuntar hacia varias posibilidades: plantas forrajeras, que sirviesen de alimento a los animales del corral, o el esparto, pues muchos de los antiguos habitantes de la zona trabajaban en esta importante industria artesanal (Sánchez Sanchez, 1982).

El tema del almacenamiento es la clave del potencial productivo agrícola de los habitantes del Tolmo. Se debe tener en cuenta que almacenar parte de la producción implica el disfrute de un excedente lo suficientemente importante, ya sea destinado a la comercialización o al autoconsumo, que genere la necesidad de un espacio específico que lo albergue. Como se ha visto, la superficie dedicada a almacenamiento es muy pequeña en los casos citados y sólo tiene alguna entidad en el caso de la casa G; ahí se le concede tal prioridad que se la ubica dentro de la cueva en lo que había sido el ambiente más importante y grande de la residencia.

Capítulo aparte merecen los hornos, que vienen a colación con motivo de la localización de uno de ellos en un corral (en concreto el de la casa A). Empero merecen un tratamiento especial y quedan para más tarde. Ahora vamos a concentrarnos en los elementos particulares del corral.

IV.2.4.1. Los pesebres

Son construcciones en forma de cajón destinadas a alimentar a los animales (fig. 9). Resalta el hecho peculiar enfoscado que reciben las paredes que los conforman, con evidente intención de consolidar y proteger la estructura.

Por la altura que tienen (unos 40 cm de media), se trataba de animales de cierta envergadura (cerdos, acémilas, corderos, cabras, etc...). Si nos atenemos a su capacidad y cantidad (no más de tres o cuatro por corral), se deduce que estaban concebidos para una cabaña reducida de tipo familiar, suficiente para el autoabastecimiento.

IV.2.4.2. Los gallineros y conejeras

Aluden a espacios acotados dentro del mismo corral por pequeños tabiques de mampuesto, en los cuales se pudieran cobijar animales domésticos de pequeño tamaño, que no pueden ser atados y necesitan de cierto espacio (conejos y gallinas sobretodo). En su interior es fácil topar con madrigueras obradas por la mano del hombre, mediante lajas de piedra trabadas a la pared rocosa con argamasa. Estas madrigueras sirven particularmente a los conejos en período de cría, ya que la camada necesita protección y estar separada del resto de animales. Los ejemplos mejor conservados son los de la casa A (fig. 9).

IV.2.4.3. Las argollas y los clavos de sujeción

Igual argollas que clavos se distribuyen con profusión por los corrales. En realidad la diferencia entre ellos radica en su cabeza, en que lleve argolla o no. Ambos se clavan a la pared rocosa o a un muro.

En cuanto a la finalidad, la argolla fija un pivote para la sujeción de animales de gran tamaño, mientras el clavo sería utilizado como colgadero (fig. 9).

IV.2.5. Los hornos

En todo el conjunto de casas-cueva se contabilizan dos hornos. El primero de ellos en el corral de la casa A y el segundo en el ambiente principal de la casa I. El diccionario Ceac de la Construcción definía horno en 1984 como “construcciones abovedadas, dotadas de una boca por la que se introducen las piezas que van a ser sometidas a cocción”.

En un examen comparativo de la morfología y los aspectos constructivos de ambos, se percibe rápidamente que son dos construcciones muy diferentes (fig. 10).

En planta radica una de las principales diferencias. El de A es tendente a la cuadrangularidad y se adosaba a la roca por uno de los lados. El de I, en realidad se aprovecha de una hoquedad rocosa, cerrándola por medio de un murete (lám. n.º 146). Es un auténtico horno rupestre.

A partir de aquí difieren en casi todo. La bóveda de A es la típica de horno, o sea, la de cuarto de esfera, mientras la de I es una falsa cúpula hecha por aproximación de hiladas, de unos 50 cm de altura (lám. n.º 137). Las dimensiones de sus diámetros son de 1,60 m. (A) y de 1,20 m. (I).

En el de la casa A se constata la presencia de tiro, lo cual por el momento no ha sido posible en el de la casa I, a causa de un derrumbe que cubre parte de la bóveda.

El material empleado en ambos es el mampuesto de aparejo ordinario trabado con argamasa. En su respectivas bóvedas, esta argamasa posee una coloración ocre⁴³.

En el interior de A se pueden encontrar ladrillos refractarios formando su solera y cúpula unidos mediante argamasa compactada con trozos de cerámica en el intradós de su bóveda. La solera de I es la propia

⁴³ Que incluye seguramente un componente refractario, probablemente arcilla.

roca y en lugar de ladrillo para el intradós de la bóveda se recurrió al mampuesto⁴⁴.

La forma de cocción en este tipo de hornos es la tradicional de los hornos de pan. Primeramente se introducía la leña por la boca del mismo; una vez prendida se esperaba a que se trasformara en brasas, momento en el cual se apartaba hacia los laterales y se introducía el producto a cocer. La temperatura estaba en relación directa con la cantidad de leña que se empleara.

Es imprescindible subrayar la excepcionalidad de estos dos hornos en el conjunto. A pesar de ser frecuentes en el ámbito rural, en el Tolmo no se han prodigado en exceso. En estas circunstancias no sería descartable que hubieran actuado como hornos comunitarios mediante el usual pago en especie.

IV.3. La decoración de las casas-cueva

IV.3.1. Los elementos ornamentales y decorativos

Ha llegado el momento de centrarse en los elementos de las viviendas que posean una dimensión estética, bien sea ésta una dimensión única, bien compartida con alguna otra funcionalidad. De ahí el título del epígrafe que distingue entre elementos ornamentales (aquellos que no cumplan ninguna otra misión aparte de la exclusivamente ornamental), y elementos decorativos (aquellos que añadan a su funcionalidad una dimensión estética). Consecuentemente este criterio forma dos grupos:

– Elementos decorativos. Enjalbegados, enlucidos y cielorrasos tienen una dimensión estética dentro de la casa e incluso fuera de la misma, a parte de que aíslen, protejan o higienicen. En la misma situación podríamos incluir las jambas de las ventanas del corral de la casa D, o el piso a la entrada de la casa A.

– Elementos ornamentales. Aquí podemos incluir a motivos plasmados por medio de cualquier técnica artística, sin otra función que la decorativa, como las molduras de las embocaduras de algunas chimeneas, los motivos geométricos o vegetales pintados o unas piedras salientes del muro en el corral de la casa D.

⁴⁴ Aunque no se distingue su color debido a su ennegrecimiento, debe tratarse de argamasa ocre con un alto componente refractario (arcilla).

El tratamiento diferencial de elementos ornamentales y decorativos persigue aislar los únicos hechos ornamentales del conjunto de viviendas que nos ocupa, de forma y modo que evidencie claramente la mera preocupación estética por el lugar donde se reside, por muy humilde, rupestre, semi-rupestre y popular que fuera. Preocupación que, por otro lado, es profundamente humana, cualquiera que sea la circunstancia.

IV.3.2. Las técnicas de los elementos ornamentales y decorativos

Aunque la variedad de técnicas ni es amplia ni obviamente espectacular, resulta en ocasiones sorprendente. Se caracteriza por su asequibilidad y sencillez. Utiliza la pintura, la piedra y la moldura de yeso (hogares-chimenea).

IV.3.2.1. La pintura

En realidad se trata de enjalbegados o encalados consistentes en una mezcla de cal y de agua a la que se añadía un colorante (ocre, negro o azul). Su mantenimiento requería de renovaciones periódicas. Las capas de enjalbegado cubrieron toda superficie vertical del exterior e interior de las moradas, y precisamente ahí, en los interiores, se han preservado las mejores muestras.

Al tratar de los recubrimientos murarios ya hicimos alusión al enjalbegado como tal, pero no se citaron más que de pasada la existencia de elementos pintados que tenían una función decorativa. Para la ejecución de estos motivos se empleó la misma mezcla a base de cal, agua y colorante, aplicada directamente sobre un muro enjalbegado ya seco. Es muy similar al fresco, aunque en esta técnica el muro está con el revoque de cal húmedo todavía y es necesario aplicar frecuentes capas incluso con otro tipo de pinturas, pues la intensidad disminuye rápidamente conforme se absorbe la cal.

En principio podemos encontrar dos tipos de motivos pintados: los motivos geométricos y los motivos figurativos. A su vez, dentro del tipo geométrico figuran dos motivos básicos:

– La “línea de zócalo”. La mayor parte de las casas son poseedoras de una línea de color añil que marca en el interior de la vivienda, el zócalo, a una altura media del suelo de 70 cm. En algunas marca también un cambio de coloración del muro del azul al ocre, pero se encuentra aso-

ciada siempre a una de la estancias de la casa: la dedicada a la vida en común. Esta línea, a juzgar por su trazado, se plasmó con un pincel o brocha a mano alzada en unos casos o apoyándose en algún tipo de regla en otros, con el fin de ofrecer un aspecto más rectilíneo.

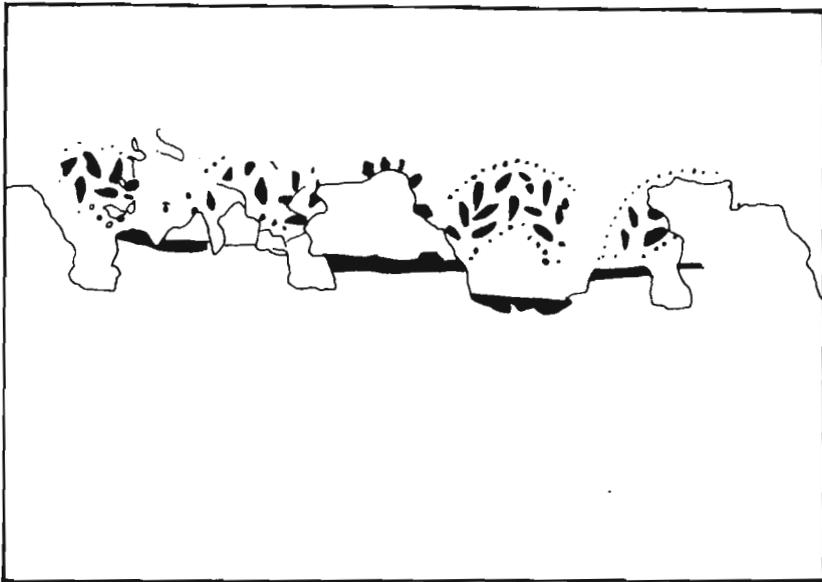
– Segmentos y semicírculos. Asociados siempre a la línea de zócalo tenemos otros dos motivos geométricos (Fig. 4). En la casa D, bajo la usual línea azul se aprecia otra línea de zócalo de color ocre en cuya parte superior apoyan unos semicírculos del mismo pigmento. Ésta línea ocre marca un cambio de tonalidad que va desde el ocre más claro del zócalo al azul claro de la parte superior que contiene los semicírculos. Por encima de todo esto, se extendió una capa de enjalbegado azul en la que se trazó una línea en zigzag superpuesta a la línea de zócalo ocre. En la casa H, unos segmentos añiles de aproximadamente dos centímetros de longitud, parten de una línea de zócalo azul que marca, como en el caso anterior, una división cromática.

Aunque a mano alzada, su trazado mantiene el paralelismo mediante una equidistancia de unos 2 cm.

Los motivos figurativos (fig. 4) suelen ir invariablemente asociados a la línea de zócalo. En realidad admitirían en su definición el calificativo



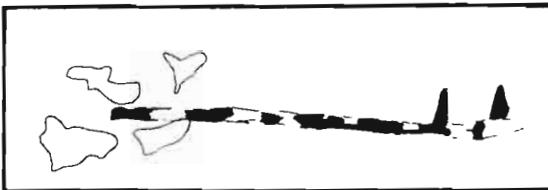
Foto 9. *Decoración pictórica casa D.*



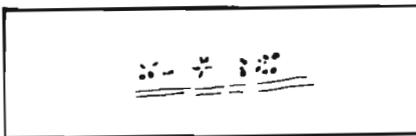
casa A



casa B



casa H



casa C

Fig. 4: MOTIVOS DECORATIVOS.

“florales”. El primer ejemplo se documenta en la casa A. Se trata de una serie de figuras muy similares (se conservan 5 en un muro y un resto muy pequeño en otro), consistentes en dos semicírculos concéntricos de puntos por encima de una línea de zócalo azul, entre los cuales se han pintados unas hojas de forma parecida a la del laurel, pero de menor tamaño. El color empleado es el añil sobre un fondo ocre de tono rosado (quizá debido a la intrusión del azul que se le superpone).

A pesar del deterioro de estos motivos, cubiertos con una o varias capas de enjalbegado, es interesante documentar ciertas diferencias entre las figuras, que matizan su aparente igualdad (fig. 4). Para empezar, se aprecia gran similitud entre la primera y cuarta figura, tanto en la posición de las hojas como en el trazado que siguen los puntos de los semicírculos. Esta similitud es más difícil de constatar en el caso de la segunda y quinta figuras, debido a su estado de conservación. Al fijarnos en la tercera figura la cosa cambia, aun y siendo imposible apreciarla entera, ya que no hay semicírculos de puntos y no se repite la disposición de las hojas. Es decir, que sobre la línea de zócalo, como si de un friso corrido se tratara, se irían sucediendo las figuras descritas, alternando (posiblemente cada dos) con una diferente sin semicírculos de puntos y con una disposición de las hojas también distinta. De hecho, la sexta figura, de la que sólo quedan tres hojas, podría ser del mismo tipo que esta tercera.

No obstante estos pequeños cambios, nos inclinamos a creer en el empleo de un molde para la plasmación de este tipo de figuras. Dicho molde pudo ser de dos tipos: de estampita o de plantilla.

La estampita consiste en un relieve, que permite la plasmación de la figura mediante impresión directa sobre el muro.

La plantilla es un negativo, o sea, una hoja de papel, un cartón, o una plancha metálica con el dibujo de las figuras vaciado; la plasmación de las figuras se consigue apoyando la plantilla sobre la capa de enjalbegado y a continuación se pinta. Terminada esta operación, se retira la plantilla con el fin de poder contemplar el resultado y repetir el proceso cuantas veces se desee.

La segunda muestra de motivos figurativos pertenece a la casa C (fig. 4). Por encima de la línea de zócalo ocre que divide dos partes cromáticas distintas (superior de color azul, inferior de color ocre), se dibuja una flor en añil con sus pétalos alrededor de un punto central. A su izquierda, se distingue a penas otra flor de pétalos alargados y finos entorno a un punto central más pequeño que el de la anterior.

Lamentablemente el estado de conservación es peor que en el caso anterior y han desaparecido la mayoría de los motivos. Aun con todo, se

puede observar un dibujo más pequeño, de trazo menos firme, a lo que se añade que el añil parece más diluido⁴⁵. Esto nos conduce a pensar en una aplicación directa con pincel a mano alzada sobre el enjalbegado del muro.

En resumen, podemos concluir que los motivos pintados, bien geométricos, bien figurativos, se caracterizan por su esquematismo y simplicidad. No reflejan una especial habilidad estética, ni son fruto de un espontáneo impulso artístico: ni siquiera parecen mostrar preocupaciones de signo más trascendente. Responden a un mundo estético donde la decoración de la vivienda privada se concentra indefectiblemente en el ambiente principal, dedicado a la vida pública y en común, con un auténtico *leitmotiv* ornamental (la línea del zócalo), referente ineludible sobre el que se sitúan los demás motivos documentados.

Por otro lado, este reducido repertorio estético recuerda sospechosamente a los azulejos que ornaban los altos zócalos típicos de las casas valencianas, cuya emulación en el ámbito rural de Almansa ha quedado feicientemente demostrada (García Sáez, 1988: 101). De ser éste el caso, la imitación de estas decoraciones de zócalos de azulejos reflejaría la asimilación y la adaptación (dentro de las limitaciones que les imponían sus medios), de una de las influencias regionales citadas al inicio de esta obra.

IV.3.2.2. Elementos decorativos en piedra

Aunque escasos, podemos constatar la existencia de algunos ejemplos, que nos aguardan en la casa A⁴⁶ (plano casa A). El mejor conservado se sitúa a la misma entrada de una de las partes residenciales de la vivienda (A 2). Se trata de un piso de lajas de piedra con perímetro de tendencia rectangular. Su obra se llevó a cabo mediante la incrustación de las lajas en el suelo. Da la impresión de ser un elemento de bienvenida a la casa, aunque no debió ser el único, pues en la entrada del corral podemos contemplar los restos de un piso muy similar, e incluso se atisban restos de lo que pudo ser un tercer piso a la entrada de A 1.

⁴⁵ Lo que podría ser indicativo de una falta de retoques o de una pintura menos saturada de colorante azul.

⁴⁶ Nos decidimos a considerarlo como elemento decorativo, porque su presencia no respondía aparentemente a ninguna necesidad.

IV.3.2.3. Las molduras

La última técnica que se ha podido constatar, el moldurado de yeso, pone de relieve el valor decorativo de un elemento como es el hogar-chimenea⁴⁷, perteneciente al ambiente principal. Sin embargo, la realidad derivada del deterioro patrimonial nos impone nuevamente ciertas limitaciones. Aunque todas las casas contaban con hogares-chimenea, algunas de ellas se encuentran en un estado de conservación lamentable, que no permite ni tan siquiera su descripción, y en otras simplemente han desaparecido. Esta restricción abrevia el recorrido por el conjunto, al que no obstante no renunciamos.

En la casa A tenemos dos magníficos ejemplos en un estado de conservación excelente, la primera de las cuales se encuentra en A I y la otra en A II (Ver plano casa A). El hogar de A I se puede describir como un cuerpo cuadrangular, rematado por una cornisa moldurada a cuarto de bocel, ligeramente afilada en el borde superior. Su embocadura dibuja un arco de tipo deprimido rectilíneo actualmente roto. Fue realizado en argamasa, mampuesto muy pequeño. Posteriormente es enjalbegada de los mismos colores que el resto del ambiente. La chimenea y cámara de humos aprovechan el hueco de la esquina del ambiente, aun a costa de perder espacio.

El hogar-chimenea de A II es de sección cuadrangular, con una embocadura de arco de carpanel y rematado por una cornisa con dos molduras de yeso en bocel coronadas por un cimacio. El yeso se empleó también en el revoco del hogar, ya que permite un acabado más uniforme y duradero. Posteriormente se enjalbegó al igual que el resto del ambiente. La chimenea y la cámara de humos van por dentro del muro maestro.

La de la casa B marca una diferencia sustancial en cuanto a su concepción con las dos que acabamos de ver, al no situarse en una esquina del ambiente ni horadar el muro para colocar ahí la chimenea y la campana de humos. La solución adoptada consistió en introducir en el interior la cámara de humos y parte de la chimenea, pero disimuladas por medio de un tabique que va desde el techo al suelo, mientras el tramo final restante de la chimenea sobresale hacia fuera. En este tabique se han labrado una serie de relieves que crean la ilusión de la caja del hogar-chimenea, con un fin que no puede ser otro que el ornamental. Estos relieves imitan una puerta,

⁴⁷ Durante la exposición hablaremos de las diferentes partes de un hogar-chimenea. Como apoyo visual incluimos un gráfico ilustrativo de dichas partes (fig. 5).

con sus jambas y su dintel sobre el cual se ha situado una repisa. Los relieves de las jambas se estrechan de forma desigual hacia el medio. En la factura de estos relieves se recurrió al yeso, aunque el tabique que cubre la cámara de humos esté realizado con mampuesto y argamasa.

Los últimos restos son los de la casa G (Ver planta), en la que se registran hasta tres hogares-chimenea. En este caso chimeneas y cámaras de humos van por fuera. El primero de ellos (ambiente G IV) es de tendencia cuadrangular, con relieves en el muro que simulan jambas sobre las que, a su vez, se colocan sendos relieves pentagonales más cortos que parten desde la cornisa de la chimenea. Esta combinación es rematada por medio de una cornisa ornada con una moldura de cuarto circular cóncava (fig. 5). Inutilizado como hogar-chimenea, pues se encuentra tapiado desde hace tiempo, su función se reduce al ámbito exclusivamente estético.

Algo similar nos podemos encontrar en el hogar-chimenea de G V. Una caja de obra adosada a una pared que alberga la cámara de humos y la chimenea. El hogar y su embocadura son de tendencia rectangular, coronada ésta última por una cornisa que se inicia con una base de dos molduras de bocel o toro y continúa con otras dos de cima recta, siendo la superior la mayor de todas (fig. 5). Estas molduras y las del anterior hogar-chimenea muestran en su realización el empleo común de un material: el del yeso.

La última de las tres es la del ambiente G X. Pertenecía a uno de los anexos a la vivienda rupestre y por su tamaño es la más grande de la casa. Es imposible describir detalles ornamentales del hogar, pues sólo se ha conservado la cámara de humos y parte de la chimenea, pero juzgar por los restos parece evidente que su embocadura era de tendencia cuadrangular. Precisamente hay que observar con detenimiento la cámara de humos o fondo del hogar-chimenea, porque muestra un revoco de cemento que la señala como objeto de una remoción cronológicamente reciente, enmarcable en el último período de ocupación del Tolmo, quizás cuando la mayoría de viviendas ya estaban abandonadas.

IV.4. Procesos deposicionales y postdeposicionales

IV.4.1. El sistema de erosión del yacimiento

El análisis de la destrucción progresiva del yacimiento es parte integrante del planteamiento del trabajo. El objetivo que se persigue con ello es la contemplación y descripción de la dinámica del proceso.

El ritmo de deterioro de un objeto se adecúa en buena medida al ritmo que marca la naturaleza por medio de sus agentes erosivos, a lo que además se debe añadir la acción del hombre a sus diferentes niveles, la cual en ocasiones resulta ser muy rápida y eficaz (Butzer, 1982).

Los principales agentes erosivos son el agua, que actúa en doble sentido (químico y mecánico), y la constante acción eólica, causante de los abrigos naturales del Tolmo. No obstante, será la acción hídrica el agente erosivo fundamental.

Antes de seguir progresando con esta descripción, es conveniente trazar un esbozo acerca del roquedo en base a dos estudios fundamentales, publicados respectivamente por Gómez de Llanera (1934), Hernández Pacheco (1935) y Sánchez Sánchez (1982).

La zona de Minateda es una cuenca (Cancarix-Minateda) perteneciente al prebético externo, zona de contacto entre la Meseta y las primeras estribaciones Béticas. Concretamente el Tolmo es un diapiro triásico compuesto por una afloración de areniscas miocénicas, (roca sedimentaria compuesta de arenas compactas y cementadas con restos de vida marina del secundario), cercana a una falla que llega hasta Montealegre del Castillo.

La dureza de la arenisca depende de la cantidad de cuarzo que contenga la arena y de la naturaleza del cemento. Las del Tolmo se formaron en el Mioceno tras los movimientos orogénicos del paroxismo Alpino, probablemente a consecuencia de la colmatación de una cuenca lacustre endorreica, finalizándose el proceso con el relleno de las calizas del pontiense que conforman los páramos castellanos. El tipo de arenisca al que se da lugar se denomina biocalcarenita, compuesta de restos bióticos fosilizados, gran parte de feldespato, aunque también de cuarzo y mica, unidos por una cementación escasa y de carácter calcáreo.

Esta escasa compacidad la hace víctima de la acción eólica, pero sobre todo de la erosión hídrica. El régimen de precipitaciones alterna episodios de fuerte intensidad horaria con la sequía en una zona definida como muy seca, con valores pluviométricos inferiores a 400 mm/año, de transición entre el clima mediterráneo árido y el continental acusado o extremo (Solé Sabaris, 1978; Sánchez Sánchez, 1982).

Las precipitaciones se presentan a fines de verano y en las estaciones equinocciales y como señalábamos, puntualmente en forma de episodios de torrencialidad que suponen el arrastre de materiales originados por la intensa meteorización, favorecida por los períodos de aridez, a favor de la ladera.

La influencia mediterránea se manifiesta así mismo en la dulcifi-

cación de la amplitudes anuales de las temperaturas, que en las regiones más continentales son más extremas.

Las características más relevantes del clima de la zona propician una fuerte acción erosiva sobre una superficie que ha perdido buena parte de sus horizontes edáficos y de su cobertura vegetal. Actualmente prevalece la vegetación arbustiva propia de la garriga: tomillo, romero y lavándulas.

La intervención del hombre en la secuencia de degradación del yacimiento es muy variada, produciendo casi siempre su aceleración. Su acción puede limitarse a la simple destrucción de elementos del yacimiento, al robo u expolio de los mismos. Como acción destructiva se puede considerar también la falta de preocupación por los bienes patrimoniales y la consiguiente omisión de medidas para su estudio, conservación y extensión de su conocimiento.

Creo que sería oportuno denunciar desde aquí una serie de hechos relacionados con el comportamiento vandálico de algunas de las personas que visitan el Tolmo. Objeto de sus desmanes han sido, entre otras cosas, los paneles explicativos que se repartían por los diferentes puntos del yacimiento. Desgraciadamente no basta con recordar que la riqueza patrimonial que alberga ha sido declarada BIC y que forma parte de la herencia común de todos. Por contra, la degradación ocasionada por la acción de animales nos consta que se reduce a la presencia de madrigueras.

IV.4.2. Los procesos deposicionales: la dinámica de destrucción del asentamiento

Una vez determinados los factores erosivos que actúan sobre el asentamiento, podemos reproducir la dinámica de la progresiva descomposición del mismo y su formación como yacimiento arqueológico.

Como punto de partida nos situaremos en el momento de abandono de las casas, que según las fuentes orales no se produjo de forma repentina sino progresiva, finalizando hacia los últimos años de la década de los 70⁴⁸. La mayoría de inquilinos emigró o se desplazó a la vecina aldea de Minateda en el llano. Es lógico suponer que junto a los habitantes de las casas partieron sus enseres: muebles que se pudieran trasladar y el modesto ajuar doméstico y personal, constituirían el bagaje de aquellas gentes.

⁴⁸ Este hecho se ve confirmado por las fechas de algunos grafitos (Ver III. 4. 3).

Sería tras este abandono cuando se acudiría al Tolmo con el fin de llevarse materiales que estuvieran en condiciones de reutilizarse. Entre éstos destacan los siguientes:

– La madera. La mayor parte de puertas y ventanas, tanto interiores como exteriores han desaparecido, así como las viguetas de muchos techados.

– Las tejas. Es una de las primeras cosas que se llevan para emplearse e incluso venderse (Ver III. 1. 5).

– Metales. La carencia de este tipo de materiales es una de la más significativas. Su presencia se reduce a los clavos citados al hablar de los corrales.

De forma simultánea al expolio, y en parte como consecuencia de éste, se aceleraba un proceso paralelo protagonizado por los agentes erosivos naturales, en el cual como primeras víctimas tendríamos a los revocos y revestimientos. Este ataque incesante se mitigaba durante el período de ocupación mediante la renovación periódica de los mismos. Pero tras haber sido abandonadas por sus habitantes, las viviendas quedaban sometidas a un deterioro diferencial irreversible, más intenso y veloz en el exterior de la vivienda, debido fundamentalmente a su mayor exposición a la acción eólica e hídrica.

También en el interior la acción de la humedad deshace los enjalbegados de la pared rocosa, comenzando por la parte más próxima al suelo. Caen lo mismo que los revocos y enjalbegados de los muros y tabiques interiores, a pesar de su mayor resistencia. Esta acción erosiva a resguardo del viento permite la acumulación de estos sedimentos purulentos en depósitos sobre el suelo de los distintos ambientes, conformando así el primer estrato de deposición arqueológica.

La caída de los revocos incrementa la desprotección muraria hasta su completa denudación. Lo siguiente en ser atacado por el agua y el viento⁴⁹ es el cohesionante murario, avivando un desmantelamiento, ya de por sí acentuado gracias a la intervención de un mecanismo inherente a las deficiencias de la técnica constructiva y al asentamiento de la obra. Esta autodegeneración edilicia, fruto de las patologías constructivas, actúa sobre las casas desde su misma génesis. El resultado es una variada gama de agrietamientos sobre vanos⁵⁰, en las zonas de contacto de muros y tabi-

⁴⁹ Como ejemplo de lo dicho observar la reciente caída del muro de A 1.

⁵⁰ En este caso colaboran los movimientos de materiales orgánicos como la madera o el esparto.

ques con la roca, o entre muros maestros y tabiques interiores, derivadas de los empujes estructurales.

Finalmente la consecuencia de todo esto es el desplome gradual de las estructuras. Éste acostumbra a principiar por el punto más débil: la techumbre, confeccionada mayoritariamente con materiales orgánicos y cuyas dificultades de trabazón con los demás materiales se traducen en desajustes y movimientos que invariablemente determinan su caída hacia el interior de la vivienda, creando así el siguiente estrato de deposición arqueológica. Al cabo del tiempo le siguen los muros y tabiques, cuyo derrumbe origina unos mayores depósitos constituidos de mampuesto que ocultan el estrato anterior.

Actualmente el conjunto podría enmarcarse en esta fase, aunque cada caso prosigue su propio ritmo, pues hay que advertir que la evolución que estamos describiendo es de índole diacrónica. En efecto, mientras algunas muy deterioradas ya prácticamente han finalizado esta fase (como la D), otras en cambio apenas la han iniciado y exhiben un mejor estado de conservación, debido a que su abandono no está todavía lo suficientemente lejano (la A o la G). Gracias a esto disfrutamos de los ejemplos más excepcionales.

El proceso no se detiene aquí. La erosión persiste contra los depósitos originados tras el desmantelamiento de las estructuras. Su situación en pendiente los hace víctimas de deslizamientos a favor de la gravedad, a causa de la misma inercia de los desplomes y de los arrastres producidos por la escorrentía fluvial, lo que genera nuevos depósitos de acumulación en el pie de la ladera y el desparramamiento de materiales por la cuesta. Las minúsculas partículas que transportan el agua y el viento ejercen sobre los depósitos una acción doble *in situ*. Por un lado, la abrasiva que los allana y por otro, la sedimentaria, que los rellena con aportes muy finos hasta su sepultamiento total.

Mencionar que a lo largo de todo este proceso no sólo intervienen agentes erosivos ecológicos, sino también antrópicos y zoológicos. De éstos, los que alcanzan mayor magnitud son indudablemente los antrópicos. Ocasionan fenómenos de transformación y deposición importantes, de entre los cuales hay que destacar uno: los grafitos. Su relevancia sugería un tratamiento exclusivo.

IV.4.3. Los grafitos

Como grafito entendemos según el Diccionario de la Real Academia, en una de sus acepciones:

“Letrero o dibujo grabado o escrito en paredes u otras superficies resistentes, de carácter popular y ocasional, sin trascendencia”.

El reciente interés por el estudio de los grafitos germinó y se prodigó básicamente en el seno de la Arqueología Medieval (Bazzana *et alii*, 1984; Navarro, 1984; Bernat y Serra, 1987; Ferrándiz *et alii*, 1987). Sin embargo parece haber comenzado a desbordar los límites cronológicos del medioevo (Navarro, 1984. González Fernández *et alii*, 1993: 379-432. Moreno García, 1993: 449-453).

Desde tiempo inmemorial, los hombres han sentido la necesidad de expresarse, de transmitir mensajes, en definitiva de comunicarse. En todo acto comunicativo resultan fundamentales: el emisor, el receptor, el canal, el código empleado, el mensaje y el contexto. En lo concerniente a los grafitos debemos tener en cuenta la ausencia de contacto directo entre interlocutores y lo diacrónico del contexto temporal. El emisor escribe un mensaje sobre la pared y posteriormente es leído por un receptor casual con el que no suele tener nada que ver.

Los códigos acostumbra a ser lingüísticos (el castellano o español) y gráficos (dibujos) de diversa índole. El canal o vía por la que circula el mensaje, se correspondería con los muros sobre los que se escribe o dibuja. El contexto es un concepto más complejo, al que se le puede considerar compuesto por una dimensión temporal, que los interlocutores no comparten, y por una dimensión espacial que en este caso queda fija en el conjunto de viviendas abandonadas del Tolmo de Minateda.

Las técnicas empleadas van desde la incisión sobre el enlucido con algún instrumento punzante, al dibujo con lápiz o con fragmentos de yeso.

No todas las casas contienen grafitos: es decir, no se trata de una constante en el proceso deposicional de las mismas. De hecho parecen tener tendencia a concentrarse en viviendas determinadas, con preferencia en el ambiente principal, sin más razón que la concurrencia de transeúntes de la que disfrute la casa. Realizar un estudio pormenorizado y riguroso hubiera llevado a la confección de otro trabajo diferente⁵¹. Por ello se procedió a la transcripción y fotografía selectiva de los más significativos.

La necesidad comunicativa y afán de perdurabilidad se vislumbran como los factores primordiales a la hora de dejar un grafito sobre una pared. Los emisores de los mensajes son transeúntes cuya motivación resi-

⁵¹ Supondría una ardua tarea en la que habría que proceder al calco y la toma de fotografías de cada uno. Las inscripciones se deben transcribir de acuerdo a unas normas determinadas y los dibujos ser reproducidos en tinta. (Navarro, 1984; Ferrándiz *et alii*, 1987; Bernat y Serra, 1987).

de en dejar constancia de su paso, expresarse en un sentido amplio, e incluso en la rememoración de recuerdos personales.

Por tanto se busca un lugar de exhibición privilegiado para su ubicación, pues ante todo el grafito es un mensaje visual. El ambiente principal, cerca del hogar-chimenea o en un muro cuyos enlucidos ofrezcan un buen estado de conservación, es el lugar idóneo. Una altura que capte la atención del futuro receptor del mensaje y adecuada a la envergadura del emisor-autor es fundamental. La franja que va de los 80 cm a los 190 cm es la idónea. Su ocupación no es homogénea, registrándose entre los 130 cm y los 180 cm, la mayor concentración de grafitos. Se observa así mismo que a medida que se sitúan a mayor altura, el tamaño del mensaje es también mayor.

En cuanto a la temática de los mensajes, los hemos clasificado inspirándonos en la clasificación de Navarro (1984: 27 -35) para los Castillos de la Mola (Novelda) y de Petrer:

– Incripciones. Las hay nominales y de origen (*origos*), acompañados en ocasiones de dataciones que a veces pueden ir solas. Por ejemplo, la foto n.º 158 “Juan Castillo. 7-2-82- HELLÍN”. Son el grupo más numeroso.

También mensajes diversos, alusivos casi siempre al paso por el yacimiento del emisor: amorosos, obscenos e incluso de carácter autobiográfico, como ocurre en G IV⁵².

– Simbólicos o icónicos, generalmente de perfil ideológico o político, como los símbolos del anarquismo, del comunismo y una amplia gama de cruces que va de la cruz latina a la esvástica. La carga ideológica en estos símbolos es importante, aunque su intención apologética se puede poner en duda. Con cierta frecuencia aparece un corazón, atravesado con flecha o no, asociado a un nombre (Por ejemplo, un corazón en el que se ha escrito “POLI”).

– Figurativos. Este grupo comprende desde las más simples figuras geométricas a los motivos más complejos y evidentes, muchos de ellos antropomorfos. Estos últimos son de gran esquematismo y reproducen la figura humana total o parcialmente. Las partes del cuerpo humano más representadas son las caras, en ningún caso con afán retratístico, y órganos genitales de ambos sexos (falos y vulvas).

– Los calendarios. Nos referimos a motivos compuestos de segmentos paralelos, más o menos rectos, en número de cinco o seis, a los que

⁵² Transcrito en IV. 4.

atraviesa otro más largo en perpendicular⁵³.

Desde un punto de vista arqueológico la utilización de los muros como soporte para los grafitos se traduce como un hecho estratigráfico, en el que una unidad estratigráfica (enjalbegados o enlucido mural) es cortada o cubierta por otra (el grafito), formando una secuencia temporal. A la vez testimonia irrefutablemente el período de abandono de las casas, marcándonos un hito cronológico en dos sentidos:

– Sentido intrínseco. Mientras se habita en las casas-cueva nadie emitía este tipo de mensajes, entre otras cosas, porque los posibles receptores se limitaban a los habitantes de la propia casa, quienes por otro lado difícilmente hubieran estado dispuestos a “embellecer” su casa con esta original manifestación.

– En sentido del propio contenido temático, algunos nos ofrecen fechas o mensajes bastante completos, susceptibles incluso de ser empleados como fechas *post quem*, aunque no sean obviamente pruebas concluyentes *per se*.

Añadir que estos grafitos ofrecen un contenido ideológico, cuya validez se nutre de la espontaneidad con la que se realizaron. Naturalmente, en última instancia, esto queda a merced de la interpretación del investigador.

Alguien podría pensar que lo que se pretende es incentivar una visión de los modernos grafitos como muestras de espontánea epigrafía contemporánea y con probabilidad acertaría⁵⁴. Pretendemos subrayar este hecho en aras de una Arqueología de las Sociedades Industriales. Con este espíritu esperamos que resulten de ayuda estos breves apuntes del Tolmo, a la espera de que alguien se anime a engrosar nuestros conocimientos en este sentido.

⁵³ Estos segmentos aparecen en la casa G y la C.

⁵⁴ Estamos plenamente de acuerdo con lo expresado en la introducción del libro de Navarro (1984) por el Dr. Hernández Pérez, en cuanto a la constitución de un *Corpus* de grafitos para períodos históricos recientes.

V. UN EJEMPLO DE APLICACIÓN DEL MÉTODO ESTRATIGRÁFICO: LA CASA A

V.1. El sistema de referencia

Procederemos a aplicar uno de los métodos más característico de la arqueología: el estratigráfico.

Hay que comenzar estableciendo el sistema de referencia para las Unidades Estratigráficas Murarias de Brogiolo (1988: 335-338). La aplicación del mismo será la siguiente (fig. 11): identificaremos a la vivienda con el término Complejo Arquitectónico (“Complesso Architetonico”), formado por tres Cuerpo de Fábrica (“Corpi di Fabbrica”), en cada uno de los cuales, se podía distinguir otras tantas Fachadas Generales (“Prospetti Generali”). En el interior podemos encontrar elementos divisores, cada uno de los cuales tiene su Fachada Particular (“Prospetti Particolare”) y su propia Superficie Horizontal (“Superfici Orizzontali”) conformando diversas Unidades Funcionales o ambientes (“Unità Funzionale”). Los elementos de tipo estructural serían las referencias mínimas o Elementos Arquitectónicos (“Elementi Architectonico”). La unidad esencial de este sistema, sería la Unidad Estratigrafica (“Unità Stratigrafica”).

Como Unidad Estratigráfica podemos registrar así mismo a un muro, que a su vez, contiene multitud de componentes susceptibles de ser identificados separadamente: su trabazón, paramento, revocos o discontinuidades debidas a diferentes días de trabajo o al empleo de diferentes materiales (Brogiolo, 1988: 338).

En adelante las unidades de referencia las mencionaremos mediante siglas y con las siguientes convenciones:

– Cada uno de los Cuerpos de Fábrica tendrá un nombre referencial compuesto por su correspondiente letra de catálogo, A y un número romano. Tenemos así, A I, A II, y A III (fig. 12, 16 y 21).

– A las Fachadas Generales me referiré con el nombre de la Fachada Particular (F. P.) a la que pertenece, más una “a”, una “b”, o una “c” (fig. 13, 17, 22).

– Las Unidades Funcionales llevarán las siglas U.F. y un número (Fig. 11).

– A las Unidades Estratigráficas se les asigna una numeración correlativa que consta de tres dígitos, de tal manera que su lectura se identificaría con una cifra perteneciente a las centenas.

La aplicación de estos términos queda resuelta sobre la misma planimetría a modo de guía (fig. 11).

V.2. El registro por muestreo. El análisis de las relaciones físicas de las unidades estratigráficas

Es el momento del registro por muestreo de las relaciones físicas de cada una de las unidades estratigráficas con las demás. Su correspondencia en el registro gráfico son las perspectivas de Unidades Funcionales, Fachadas Particulares y Elementos Arquitectónicos (fig. 14, 18, 19, 20, 23).

El resultado del muestreo es la documentación de aspectos parciales del Complejo Arquitectónico, que ensamblados materializan la totalidad del mismo. Para ello primeramente se ha operado por Unidades Funcionales y a continuación por las Fachadas Generales de cada Cuerpo de Fábrica (fig. 26, 27). La confección de una matrix de todo el Complejo Arquitectónico (fig. 28), plasma la síntesis del muestreo, permitiendo una interpretación de su historia edilicia.

V.3. Interpretación

La falta de relaciones físicas entre A I y A II - A III nos hace imposible, en las actuales circunstancias, el relativizar entre ellos (Apéndice III). Por tanto, estableceremos dos secuencias constructivas separadas: una para A I y otra para A II - A III.

V.3.1. Cuerpo de Fábrica A I

Obviando el hecho de la mayor antigüedad de la roca del Tolmo y de que todo el Complejo Arquitectónico se construye sobre una plataforma artificial (“rastrillo”), podemos establecer una serie de fases constructivas para este Cuerpo de Fábrica (fig. 24):

– Fase I. En ella sólo existiría parte del aljibe (unidades 111, 112, 114), adosado a la diaclasa natural.

– Fase II . Construcción de la vivienda, en la que además se eleva la altura del aljibe mediante las unidades 113, 141 y 150.

– Fase III. Remodelación del interior de la vivienda, que queda dividida en dos Unidades Funcionales. Es probable que este hecho vaya íntimamente relacionado con el cegamiento de la puerta 110.

– Fase IV. Desmantelamiento progresivo de las estructuras, a consecuencia de fenómenos erosivos. Esto supone también la formación de depósitos, tanto en el interior, como en el exterior de las estructuras.

La Fase I nos sitúa en el momento precedente a la construcción de la parte del Cuerpo de Fábrica dedicada a vivienda. Tan sólo existe el aljibe (pero su tamaño coincide con las unidades 111, 112, 114) y es posible que parte de su sistema de canales-diques (149, 148, 137). Lo más factible sería pensar que fuera construido o aprovechado por los habitantes de A II. Pero por el momento no hay evidencia de ello.

Las Fases II y III estarían relacionadas con la construcción y el período de habitación de la vivienda. En la Fase II se construye una casa, y además se decide hacerlo adosándola a una de las paredes del aljibe, al que se dota de mayor altura y por tanto, de mayor capacidad. La causa de esta unión podría explicarse mediante la exigencia de adaptarse a la escasa superficie disponible. Esto reforzaría la hipótesis de que A II ya estaría construida y la superficie ocupada por el corral de ahora (A III), no sería más que un agreste escalón rocoso durante aquel momento.

La Fase III supone un cambio durante esta etapa, quizá una remodelación del espacio interno que lo divide en dos Unidades Funcionales. Lo que no estamos en disposición de saber es si tras ese cambio hubo una breve ruptura, continúa sin más la ocupación anterior o se produce un cambio de uso.

De gran ayuda en la cuestión son los recubrimientos interiores. Desafortunadamente, en este caso, la irregular conservación de los recubrimientos murarios nos facilita la tarea en un punto que podría ser clave. Las Unidades Funcionales 1 y 2 coinciden en sus recubrimientos:

- Un enlucido, revestido por una capa de color ocre claro .
- Un nuevo enlucido, que cubre al anterior, pintado con una capa de color azul celeste.

Sin embargo, ni siquiera en la U.E.M. 107-109 han quedado rastros de los mismos, que pudieran relacionar a este tabique divisor con una ruptura o la continuidad de la ocupación. Lo que queda patente es que la división se produce y lo hace en relación estrecha con el cegamiento de la

puerta 110 y el tabique 135-124 (fig. 15). Poco podemos decir de los recubrimientos de éste, pues 124 está oculto por un depósito y en 135 no se ha conservado nada.

Citar el recubrimiento de cemento interior del aljibe ligado al del sistema de canales (138 y 139), que cubre de forma casi total a otro de color más claro, coincidente con el interior de lo que podríamos llamar el “primer” aljibe.

Finalmente se produce el abandono de las instalaciones, entrando en lo que Butzer calificaría como “Fase demográfica negativa” (1982: 88): la Fase IV. Se caracteriza por el progresivo desmantelamiento de las estructuras, causado por agentes meteorológicos y por el expolio.

Actualmente A I habría finalizando el momento inicial de lo que sería esta “Fase demográfica negativa” y estaría ya inmerso en un proceso de sedimentación a caballo entre los derrumbes y la acumulación de cascotes, con los rellenos y cubrimientos de los mismos (Butzer, 1982).

V.3.2. Cuerpos de Fábrica A II y A III

La unión física de estos dos cuerpos de fábrica nos facilita el establecimiento de una secuencia relativa entre ambos basada en la evidencia. A pesar de ello, el carácter externo de este contacto (como, por otro lado, no podía ser de otra forma) no revela, empero, la simultaneidad de los cambios internos en el seno de cada uno.

El reconocimiento de este hecho nos condujo al establecimiento de dos secuencias diferentes, susceptibles de complementarse en base a su ligazón física, obteniendo así la secuencia global de ambas.

Como queda evidenciado en el registro, A II parece responder a una planificación inicial que fija la configuración que ha llegado hasta nosotros, sufriendo apenas pequeños cambios que en ningún momento le afectan sustancialmente.

Por tanto, podemos establecer la siguiente ordenación de fases constructivas (fig. 25):

- Fase I. Construcción de A II.
- Fase II. Construcción de la primeras instalaciones del corral.
- Fase III. Levantamiento del horno y nuevas estructuras en el corral.
- Fase IV. Muro perimetral del corral.
- Fase V. Desmantelamiento de las instalaciones, tanto de vivienda como del corral.

La Fase I es la de construcción de las estructuras dedicadas a la vivienda, y el inicio de un período de habitación de las mismas. En el interior resultan tres ambientes obtenidos por medio de dos tabiques medianeros. Uno de ellos, se realiza de forma simultánea a los tabiques maestros y queda inserto en uno de ellos (202). Se trata de 222-227-223. En él quedan contenidos los dos vanos que permiten el acceso a sendos ambientes y un pilar sobre el que se apoya el segundo tabique medianero (236-225), el cual constituye el último elemento estructurador interno.

A propósito de este aspecto se podría objetar que esta posterior inclusión de 236-225 como elemento estructurador pudiera ser constitutiva de una nueva fase. Aunque posible, juzgamos esta hipótesis poco probable, y lo hacemos en base a la secuencia de los revestimientos internos que muestran una mayor potencia en la U.F. 4 que en la 5 y la 6.

En U.F. 4 se iniciaría con el enfoscado y posterior enlucido de los muros y tabiques del ambiente. Seguiría con la presencia de un recubrimiento de color blanquinoso, que en realidad podría ser producto de la degradación de otro color (posiblemente el azul). A éste le continúa una capa de negro que cubre tan sólo 80 cm por encima del suelo, como si pretendiese marcar el zócalo. De éste es imposible constatar rastro alguno ni en 214, 222, ni en 227, porque falta el revestimiento. La siguiente capa es ocre, de tonalidad más clara cuando cubre al blanco y más oscura cuando cubre al negro. En ella se ha trazado una línea de zócalo color azul oscuro, que circunvala el perímetro del ambiente a unos 80 cm del suelo, y los rastros de los motivos ornamentales estudiados con anterioridad (21407 y 22705). Ocultando esta capa ocre se encuentra el enjalbegado azul y una nueva línea de zócalo añil.

En U. F. 5 y 6 tras el enlucido no se aplicó más que el consabido enjalbegado azul idéntico al último de U. F. 4. Realmente no es sólo una diferencia entre capas de enjalbegado entre el ambiente principal y los ambientes secundarios. Lo es también en cuanto a interés decorativo (la línea de zócalo, los diferentes colores, etc). Los ambientes secundarios no parecen cumplir más tarea que la de proporcionar cobijo a sus ocupantes. Su carácter es mucho más íntimo y austero, verdadero reflejo de una mentalidad utilitarista y pragmática de los espacios domésticos.

Resumiendo: los dos ambientes secundarios muestran la misma secuencia de revestimientos a resultas de su escasa exhibición, al contrario que el principal cuyo papel público requiere de mayor atención decorativa. Como prueba baste mencionar al hogar-chimenea, alacena y anaquel de U. F. 4, revestidos por la misma secuencia que los muros del ambiente.

Así mismo el sistema de vanos parece atenerse a una idea inicial clara que articule esta estructuración. El acceso desde el exterior se produce a través de una única puerta 204, en un muro lateral (201); las puertas del interior (230, 229) mantienen el mismo eje que la exterior, hacia los ambientes secundarios. A cada ambiente se le dota de una ventana que le proporciona iluminación y ventilación. Sólo la U. F. 4 poseía dos ventanas, pero una de ellas (212), sería cegada y utilizada luego como alacena.

La Fase II se define por ser la del inicio de las construcciones destinadas al corral, cuya posterioridad vendría marcada por su posición marginal sobre la superficie restante. Efectivamente la superficie disponible junto a la casa es básicamente un escalón rocoso sobre la pendiente del Tolmo. Y precisamente sobre la superficie de dicho escalón se sitúan las primeras estructuras del corral (305 -310 y 314 -336), creando así la U.F. 10 (fig. 25).

La Fase III marca lo que podríamos denominar "expansión funcional" de este espacio. El hecho primordial es la construcción del horno, indisolublemente unida a la demarcación de la U.F. 7. El fundamento de esta aseveración se encuentra en que 324 no es sino un muro ambivalente, que ejerce doblemente de constituyente del horno y de tabique separador para U. F. 7. (fig. 23). En esta misma fase es posible que se creara así mismo la U.F. 9 para animales más pequeños.

La Fase IV es la de la consolidación plena del Cuerpo de Fábrica A III. Se construyen dos muros (301 y 302) que acotan el espacio interior y sirven para sujetar un relleno que nivela la superficie del suelo junto al escalón rocoso. En relación con este hecho podríamos poner la existencia de 340, que respondió a un acondicionamiento de la roca a tal fin.

La Fase V deviene tras el abandono de la casa. Se inicia en el mismo momento para los dos Cuerpos de Fábrica (A II y A III).

En A II se puede constatar la desaparición de la cubierta. En el interior se mantienen bastante bien los revestimientos, pero el proceso de formación de depósitos horizontales (251, 252, 253) ya está avanzado (en el lado de la roca son de tipo polvoriento, seguramente a consecuencia de la erosión química sobre la roca y los revestimientos).

En el exterior los muros se encuentren prácticamente desnudos de revestimientos y acumulan a sus pies incipientes depósitos sedimentarios. No obstante, hay que destacar que los muros se mantienen en pie en su integridad.

En A III podemos documentar la caída del tabique de separación de U.F. 7, que ha formado un depósito *in situ* (338) y el desmantelamiento de 340, semi-cubierto por parte de sus propios restos. El depósito de

pedras 339 no tiene su origen en un derrumbe. Se trata de lajas de gran tamaño que probablemente se guardaban para ser empleadas en menesteres constructivos.

Es decir, si tenemos en cuenta que estamos en una “fase demográfica negativa”, tras esta descripción podríamos encuadrar a A II y A III en un momento todavía inicial según los “patrones hipotéticos de sedimentación en túmulo de habitación” de Butzer, (1988: 88).

V.4. La datación del Complejo Arquitectónico

Cabría preguntarse después de lo visto si existe como tal un Complejo Arquitectónico llamado Casa A, que englobe a tres Cuerpos de Fábrica. Se podría admitir tal objeción e iniciar un debate con ambas opciones, posiblemente estéril. Sin embargo la cuestión pasa a tener cierta importancia si se cambian los criterios de mera unión física, ateniéndonos a la proximidad de A I y A II- A III. La relación se percibe claramente en función de la falta de instalaciones de almacenaje y salvaguarda del bestiar del primero.

La prueba de este hecho nos la proporciona el propio análisis de las relaciones de las unidades estratigráficas, permitiéndonos reconstruir en un plano teórico una secuencia sintetizada en la que se puedan imbricar los tres cuerpos de fábrica (fig. 28).

Podemos afirmar que el primero en ser levantado es A II. Responde a una planificación inicial, manteniendo su configuración durante su periodo de ocupación sin apenas cambios. Además no cabe duda que ejerce de centro geométrico y jerárquico sobre el plataforma de aterramiento y bajo la visera rocosa que alberga a la casa, la cual ofrece en este punto el máximo rehundimiento natural y por tanto, el mayor abrigo de las inclemencias temporales. Junto a A II podemos añadir el aljibe en su primera facies.

A nuestro juicio esta ubicación es totalmente premeditada desde el inicio. En función de una escala de prioridades se vale del medio, adaptándose a él para lograr la máxima calidad de habitabilidad mediante los mínimos esfuerzos.

A un lado de A II se observa un escalón rocoso que permite a duras penas la ubicación de algunas instalaciones (Fase II de A III). En el otro lado queda aún una pequeña porción de superficie, que será la que reciba el levantamiento de A I sin otra alternativa que adosarse al aljibe. Este hecho se puede interpretar como una ampliación de la superficie habitable,

causada por un aumento del número de habitantes y a su necesidad de cierto grado de independencia. Esto tendría su repercusión en A III en su Fase III y IV.

El fin del período de habitación de las estructuras no es simultáneo en A I y en A II, si nos atenemos a sus respectivos momentos sedimentológicos y deposicionales. Es A I la que parece ser abandonada en primer lugar, sin posibilidad de precisar aún el lapso de tiempo que pasa entre uno y otro.

El análisis estratigráfico es un método de datación de los llamados directos relativos (Mannoni, 1984). Existe aún otro tipo básico de datación directa: la absoluta. Algunos autores como Mannoni (1984) y Parenti (1988 b) han apuntado la posibilidad de datación absoluta en base a los muros:

“L’analisi delle tecniche murarie dovrà adottare criteri che, analogamente a quelli usati nello studio delle ceramiche, permettano un facile confronto fra murature costruite in luoghi diversi. Da questo assunto si diparte una linea metodologica che deve essere ancora sperimentata su larga scala”. (Parenti 1988 b: 287).

Esta posibilidad incluye necesariamente la creación de un atlante de los muros, subdiviso en áreas geológicas homogéneas que fuera capaz de proporcionar una fecha para cada tipología muraria. Por desgracia, esto es tan sólo un proyecto futuro. Mientras llega, queda la alternativa disponible de otras fuentes de datación absoluta directas, como las epigráficas, e indirectas, como las fuentes orales (Mannoni, 1984).

De los epígrafes recogidos en la catalogación (Ver “Los grafitos” en III.4.3 y Apéndice I) se extrae un fecha especialmente valiosa en forma de testimonio biográfico de la casa G. La transcripción es como sigue:

“Aquí nació yo Juan Moreno Lorenzo/
el día 7 de Febrero 1909 y he venido por 1ª vez el día 5 Nbre
1974 /
soy hijo de la María hija del General de la Venta/
del Tormo, mi Padre era Crisanto/
Solo he venido a sacar unas fotos de este pin-/
toresco Hotel como recuerdo, en compañía de mi mujer /”.

Respecto a las fuentes orales ¿qué más puedo decir? Son los testimonios de los protagonistas directos, supervivientes de un mundo desaparecido. Los datos que han proporcionado son de gran relevancia, y en cuanto a la cronología concuerdan con los obtenidos de la transcripción que acabamos de ver.

Según José Martínez Martínez “El Bomba”, nacido en 1919 en las proximidades del Tolmo⁵⁵, siendo él muy pequeño ya fueron a vivir a las cuevas y afirma que las casas ya se encontraban allí. Coincide con esto el testimonio de Manuela Ruiz Romero “La Tomatera”, que fue a vivir a las cuevas tras la Guerra Civil a causa de la falta de vivienda y señala que:

“...las casas ya estaban construidas, pero “El Macho” (el alcalde pedáneo de Minateda) podría decirte algo, que su abuelo se murió con más de cien años”

Manuela recuerda incluso la presencia de cuadrillas de albañiles en poblaciones cercanas como la Horca, que construían igual que en el Tolmo.

A partir de esta información podemos afirmar que las casas-cueva están ya construidas en su mayoría durante todo el siglo XX, y es probable que algunas de ellas lo estuvieran ya en el XIX.

Existen elementos que pudieran tener un valor cronológico pero que vamos a emplear con cuidado. Nos referimos concretamente al cemento y al sistema de vanos.

Aunque el descubrimiento del cemento se puede remontar a mediados del siglo XVIII, no será hasta el 1824 cuando Josep Aspdin patente el nuevo cemento artificial con el nombre de Portland (Bas *et alii*, 1990: 208). Durante ese siglo se comenzará a difundirse su uso y se inventará el horno rotatorio de Ransone en 1885, aplicado 5 años después en EE.UU. por José Navarro. Este avance permitiría su generalización ya en el siglo XX (Bas *et alii*, 1990).

Su uso en la casa A y en el conjunto de las casas del Tolmo es bastante reducido, de lo que se deduce que aún siendo contemporáneos de este material su disponibilidad (bien por escasez, bien por precio) debía ser escasa o nula para la comunidad del Tolmo. Nos sirve para reforzar la datación que remonta los inicios de la casa A, así como la del conjunto, al último tercio del siglo XIX.

Por último recordar que como ya señalábamos con anterioridad, los dos grupos del Tolmo, y la casa A no es la excepción, quedarían encuadrados en tipologías antiguas, de tradición anterior al siglo XIX (Sánchez Soria, 1997: 301). El inconveniente de este indicador cronológico reside en que no sirve para ofrecer más precisiones.

⁵⁵ En concreto en el cercano molino del arroyo de Tobarra.

VI. CONCLUSIONES

Al comenzar el actual trabajo parecía claro que se trataba de abordar el estudio de un conjunto, más o menos homogéneo, de viviendas rupestres a las que se aludía como “las cuevas” del Tolmo de Minateda. Sin embargo los hechos refutan esta impresión, al demostrar la presencia de dos tipos constructivos, grupos 1 y 2, definidos como semi-rupestre y rupestre respectivamente⁵⁶.

Basándonos en el análisis estratigráfico de la casa A, se puede afirmar que esta vivienda se construyó para su uso continuo. No se trata de una edificación reutilizada, ni reaprovechada, ni planteada para un uso ocasional⁵⁷. Las pautas constructivas que sigue son totalmente coherentes desde el principio, lo que implica una concepción clara y experiencia constructiva. Claridad conceptual y experiencia evidentes en la planimetría (en la distribución y disposición de los ambientes) y técnicas de edificación de todo el grupo 1. Está claro que los constructores y sus primeros habitantes las erigieron y habitaron en función de su estilo de vida, sus necesidades y recursos, o sea según su tradición cultural, en un ámbito común que les permitió conformarse como comunidad.

A pesar de que el grupo 2 comparte con el 1 solar, el conocimiento del entorno y ciertas técnicas, conceptualmente parte de un precepto distinto: para crear espacio habitable no lo construye; lo excava. No se apoya en la roca, sino que se imbuje en ella. Consecuentemente es lógico

⁵⁶ Por ello se ha elegido el término de “casas-cueva”, aplicable a ambos grupos indistintamente.

⁵⁷ Esta afirmación no excluye el que durante un período de uso, más o menos prolongado, se realicen modificaciones como las del Cuerpo de Fábrica A I, que conlleven una redistribución y por tanto un cambio de uso circunstancial. Tampoco se refiere a ocasionales usos posteriores al abandono, como por ejemplo refugio de pastores y rebaños.

suponer que a diferentes experiencias constructivas correspondieran originariamente diferentes tradiciones culturales. En su postrer ocupación el Tolmo vuelve a desempeñar su histórico papel de encrucijada y punto de contacto.

Por lo tanto, en este caso, hablar simplemente de “cuevas” implicaba obviar una realidad plural, en la que conviven dos tradiciones de la arquitectura popular. Esta globalización va más allá del hecho constructivo para hacerse extensible a la comunidad que la habita. En efecto, a todos ellos se les conocía despreciativamente por “los de las cabilas”, “cabileños” o “los de los covachos”, según señalan los propios testimonios de los últimos moradores de las casas-cueva del Tolmo⁴⁸. Estos apelativos constituían el polo opuesto de los habitantes de viviendas en el llano, como sus vecinos de la cercana Minateda, a los que ellos llamaban “los del Hondo”. Esta dualidad indica que, en el instante en que se comenzó a incluir a “rupestres” y “semi-rupestres” bajo la misma denominación genérica, los dos grupos constructivos del Tolmo eran ya auténticos fósiles de cuyo origen se había perdido memoria, asimilados desde hacía mucho al acervo cultural popular. Se mantendrían vigentes más de lo debido por razones de imperativo económico, pero realmente estaban entumecidos, ya que raramente se expandía el hábitat o se excavaban nuevas cuevas aquí o en otro lugar⁴⁹.

En este punto resulta de sumo provecho incluir una revisión bibliográfica, en la que se constata un creciente y reciente interés por el tema⁵⁰. Advertir además que, en aras de una correcta ubicación del marco histórico cultural de la comarca de Hellín-Tobarra, la tradicional adscripción de ésta al Reino de Murcia le vinculan a la Comunidad Autónoma de este nombre, lo cual implica ampliar el enfoque de este breve recorrido en aquella dirección.

⁴⁸ Muchos llegaron durante la guerra, la posguerra e inicios de la década de los 50. Otros como José Martínez ya vivían allí.

⁴⁹ En Chinchilla de Montearagón ocurre lo mismo: “*Los chinchillanos rupestres actuales no llegaron siquiera a ver iniciar una de estas cuevas. Sólo uno recuerda que en 1927, durante su servicio militar, su padre horadó un nuevo dormitorio*” (Fernández Serrano *et alii*, 1982: 4). Precisamente esto fomenta la sospecha de su antigüedad. Se argumenta a favor de un posible origen morisco para el conjunto chinchillano por su semejanza con Guadix y el establecimiento de moriscos procedentes de allí en el siglo XVI, aunque según los autores el hábitat no pervive sólo por mantener un determinado modo de vida, sino por condicionantes económicos, físicos y climáticos (Fernández Serrano *et alii*, 1982: 3).

⁵⁰ Como norma general hay que indicar la ausencia de tratamiento específico del hábitat semi-rupestre, genéricamente incluido bajo el epígrafe de rupestre.

En el número monográfico de la revista *Antigüedad y Cristianismo* dedicado a la Camareta (1993), se incluyen algunos trabajos dedicados a las cuevas como forma de hábitat. Primeramente encontramos un esbozo general sobre el uso y la distribución de las cuevas que señala la enorme extensión del trogloditismo que presenta la región de Murcia (Cebrián Abellán y Morote Martínez, 1993: 489-495); la cueva de Juan Diego en Caprés, Fortuna, se centra en este caso concreto, además de analizar algunas de las causas determinantes del trogloditismo (Lillo Carpio, 1993: 559-569); y por fin, el estudio de las cuevas de Comala en Molina de Segura, encuadrable en el seno de una labor más amplia sobre la arqueología y el poblamiento histórico, sigue unos parámetros similares a los del presente trabajo (Cano *et alii*, 1993: 571-592).

Sin salir de este mismo número y ya en la provincia de Albacete, hallamos un estudio sobre el asentamiento rupestre de Alcalá de Júcar (Jordán y Sánchez, 1993: 507-558). Se detiene en la investigación del conjunto local, aportando datos históricos de gran relevancia referidos a la antigüedad de este asentamiento, amén de llamar la atención y ofrecer interesantes reflexiones sobre el problema del hábitat rupestre del sureste español (Jordán y Sánchez, 1993: 510-515), y enumerar numerosos enclaves troglodíticos albaceteños⁶¹ y murcianos.

Para observar otros ejemplos tenemos que dirigirnos hacia la Serranía de Yeste y Nerpio (a unos 60 kms al Oeste, de Minateda), donde se cita la existencia de cuevas en las que habitaban campesinos (Jordán Montés 1992: 120). En el término municipal de Almansa, la subsistencia de varias viviendas troglodíticas queda ejemplificada en la cueva de Picabarajas (García Sáez, 1988: 98-100). Según el autor no se trata de un refugio temporal, pues posee horno y corral. De ella se destaca sus notables beneficios térmicos. Como inconveniente se señala la desmoronabilidad de la arenisca, a la que hay que sujetar por medio de los encalados. Aunque consta de una parte exenta adosada, la mayor parte de la casa está excavada en la roca:

“Se aprovechan las condiciones del terreno: en la parte más alta se encuentra un estrato de naturaleza caliza de más de un metro de espesor, debajo del cual aparecen unos estratos más débiles de arenisca, fácil de excavar hasta con las manos. Aquí surge la cueva que utiliza como

⁶¹ Entre los que se encuentran el propio Tolmo de Minateda, Tavizna, las Minas de Hellín (Jordán y Sánchez, 1993: 514-515). Por cierto, estos autores sí utilizan el término semi-troglodítico para referirse a algunas viviendas de Alcalá de Júcar (Jordán y Sánchez, 1993: 518).

techo el estrato resistente". (García Sáez, 1988: 99).

Sobre Chinchilla de Montearagón, contamos con un estudio que podría calificarse de pionero (Fernández Serrano *et alii*, 1982). Allí se emplaza una agrupación de viviendas rupestres que se disemina por las terrazas del cerro del castillo, horadando los materiales terciarios de sus vertientes. Su entidad es lo suficientemente importante como para hablar de "barrios rupestres" (Fernández Serrano *et alii*, 1982: 2), calificativo alusivo a su filiación urbana, aunque su posición periférica respecto al núcleo ha propiciado su desenclave progresivo. El trabajo no menciona la presencia de viviendas semi-rupestres y afirma que los elementos adosados al exterior de las cuevas son actuales (Fernández Serrano *et alii*, 1982: 4).

En cuanto a la distribución las viviendas se caracterizan por un esquema funcional tripartito de irregular disposición espacial, derivado de su carácter subterráneo, que las equipara al grupo 2. Por lo demás comparten un buen número de elementos con los dos grupos del Tolmo, o al conjunto de Comala (Cano Gomariz, 1993: 578), ya que realmente reproducen los componentes básicos de cualquier vivienda humilde preindustrial: alacenas, anaqueles, hogares-chimenea, dependencias para animales contiguas (pero no intercomunicadas con las humanas⁶²), terraza exterior de uso particular frente a la casa-cueva... Precisamente este último aspecto merece un examen detenido, pues el contraste entre el caso de Chinchilla y el Tolmo ofrece un dato de gran interés. La clave nos la proporciona la relación entre la fachada y la terraza exterior de las casas-cueva.

En Chinchilla la existencia de la fachada se reduce a un encalado del frente de la cueva y la chimenea. Para explicar este hecho los autores apuntan dos hipótesis:

"El frente de la cueva está encalado con una intención de "hacer fachada" como símbolo exterior de la idea de casa. Esta pseudo-fachada, junto con las chimeneas, ofrece a menudo, un frente similar a otra calle normal del pueblo. Aquí vemos de nuevo la consecuencia de una idea que asimila la cueva a infravivienda, por lo que se intenta ocultar el carácter rupestre dotándola de los arquetipos de la vivienda tradicional. Acaso otra explicación de este fenómeno sea la necesidad de delimitación territorial de la vivienda, y diferenciar de algún modo el dominio privado" (Fernández Serrano *et alii*, 1982: 4).

⁶² De esta manera, aunque la convivencia con los animales es estrecha, se interpone una barrera que separa el mundo humano del animal.

Especialmente llamativa es la primera de las explicaciones, que justifica la erección de la fachada como telón que oculta el carácter rupestre de la vivienda. En la propia denominación de “pseudo-fachada” se evidencia un prejuicio muy extendido que etiqueta a la casa-cueva como vivienda miserable o infravivienda.

Continuando con la cuestión de la fachada, fijémonos en el testimonio de las gentes del Tolmo, quienes expresan mediante una dualidad la oposición entre el espacio privado y el común: la “calle” y la “senda”. Las “sendas” o caminos surcan las laderas del Tolmo de una casa a la otra, sirviendo al tránsito y a la comunicación entre los miembros de la comunidad; equivalen a lo común. En contraposición está la “calle”, espacio particular frente a la casa sobre la terraza exterior, del que cada cual se ocupa y en la que se desarrolla gran parte de la vida cotidiana⁶³. En consecuencia la importancia de la “calle” es enorme ya que es la antesala exterior de la vivienda.

En Chinchilla la amplitud de las terrazas y su naturaleza rocosa permitían excavar en ella pilas para lavar la ropa, canales y aljibes para recoger las aguas de lluvia o jugar a los bolos. Para disfrutar de ellas en el Tolmo es necesario el aterrazamiento artificial mediante muros de contención (los “rastrillos”), que complementen la reducida superficie de los abrigos rocosos (casa A) o constituyan enteramente la base de la vivienda⁶⁴, sea del tipo que sea (casa E). Es decir, que cuando no existen terrazas naturales idóneas se crean⁶⁵, pues son necesarias para cimentar la casa; pero también para disponer de la imprescindible “calle”. Arqueológicamente este hecho significa que las fachadas realmente ni ocultan, ni enmascaran, sino al contrario: señalan la existencia de la vivienda, marcando así el dominio sobre un espacio exterior considerado como propio (la “calle”), que carece de otras delimitaciones visibles. A esto se le añade que, desde una perspectiva meramente constructiva, en ocasiones la delezabilidad de la roca requiere de una protección frente a la acción erosiva que le proporciona la fachada, ya sea mediante un simple encalado o una

⁶³ Esta dualidad calle-senda, particular-común, es válida al margen del tipo de vivienda, semi-rupestre o rupestre, al que nos referimos: aporta una prueba más de la existencia de una conciencia comunitaria de sus habitantes.

⁶⁴ Esto no excluía el aprovechamiento puntual del suelo y la pared rocosa para excavar canalillos y aljibes (casas A y D), o la utilización de las antiguas tumbas excavadas “por los moros” como lavaderos.

⁶⁵ Esta aseveración ha sido también corroborada en Fortuna, la cueva del tío Juan Diego (Lillo Carpio, 1993: 563).

obra que contenga su desmoronamiento (García Sáez, 1988: 99). Visto así cabe preguntarse ¿por qué se interpreta la fachada como enmascaramiento de la cueva?

Estas pinceladas bibliográficas no son sino la punta del iceberg, pero nos aproximan a la magnitud de un fenómeno reducido en la actualidad a mudos vestigios. Enraizados profundamente en la tradición, estos hábitats prolongarán su existencia hasta el último tercio del siglo XX, debido al desigual y extenso periodo de transición que convertiría este país en industrializado.

Por otro lado, nos topamos con consideraciones descalificatorias sobre las casas-cueva y sus moradores, a pesar de que demuestran una sobresaliente adaptación al medio, lo que, en un mundo rural caracterizado por una economía de subsistencia, suponía la optimización de los recursos disponibles. Estas ideas, convertidas luego en prejuicios, son significativas de las tensiones socio-económicas que caracterizaron el profundo cambio de una sociedad agraria tradicional a moderna e industrial, y como tales pueden ser datadas en un lapso temporal concreto.

Entre las causas que validan la vigencia de las casas-cueva en cualquier época, las de orden económico ocupan un lugar privilegiado gracias a su asequibilidad. Los costes de construcción son muy reducidos, debido a que los terrenos donde se construyen las cuevas no son aptos para el cultivo, el gasto en material es mínimo o nulo⁶⁶ y la mano de obra es la del propio interesado o requería un desembolso nimio. Por añadidura sus prestaciones no tenían nada que envidiar de cualquier otra vivienda perteneciente al proletariado rural. Al contrario, todavía hoy se ensalzan con énfasis sus ventajas térmicas.

La otra causa de importancia es de índole mental. Recordemos que las sociedades preindustriales⁶⁷ se caracterizaban por el tremendo peso de la tradición, sobretudo en las clases populares que constituían la abrumadora mayoría de la sociedad. En realidad, lo que había detrás de este inmovilismo era un control ideológico ejercido por las clases dirigentes, que aprovechaba la ignorancia y la desconfianza del pueblo para mantener la rígida compartimentación social que tanto les convenía. El mundo preindustrial impedía albergar esperanzas de ascenso social y progreso, mientras perpetuaba un orden económico y social que beneficiaba a unos pocos.

⁶⁶ En el Tolmo se reaprovechan los materiales disponibles procedentes de los restos arqueológicos: la misma naturaleza es el material en la arquitectura rupestre.

⁶⁷ Recordar que hasta no hace tantos años, era frecuente encontrar en patios de casas y pisos de ciudades instalaciones dedicadas a la cría de ciertos animales domésticos.

En este contexto preindustrial, adscrito a una economía de subsistencia con un elevado grado de autarquía y escasa circulación monetaria, es poco probable que se las considerara infraviviendas⁶⁸ y a sus moradores miserables. Su catalogación como tales es el resultante de la irrupción y aplicación de parámetros mentales propios de una sociedad industrializada, lo que no deja de constituir un relativismo deformador, pues teniendo en cuenta la rígida compartimentación social, la tremenda desigualdad del reparto de la riqueza y la casi total dependencia de la agricultura de las sociedades preindustriales, más del 60% de la sociedad tendría que haber sido etiquetado de esa manera.

El prolongado período de transición hacia la sociedad industrial se explica en nuestro país, según diversos autores (Nadal, 1975), por la lentitud de su avance, debida a la mala articulación territorial y un mercado formado por campesinos pobres. Esto no hará sino agudizar las desigualdades, distanciando a las regiones en las que prendió el desarrollo industrial de las que no. El retraso de estas últimas se agravaría conforme aumentara su dependencia de las primeras, de las que se convertirían en proveedoras de mano de obra barata para la industria, a costa de despoblarse. Durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, Albacete y Murcia, como otras, exportan su principal materia prima: trabajadores procedentes del proletariado rural.

A partir de las dos primeras décadas del siglo XX asistimos a un aumento de la población, coincidente con una reducción de la emigración exterior a favor de la emigración a las ciudades (García Barbancho, 1967). De forma progresiva crecen los contingentes poblacionales activos de la industria y los servicios, al tiempo que se mantiene un importante sector campesino (Martínez Cuadrado, 1973). El ritmo del crecimiento industrial supera el de otros países europeos, aunque el retardo anterior impide alcanzar sus cantidades de producción. La Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la que España no participó, favorecería también la incorporación de nuestro país a la categoría de industrializado. La sociedad española experimenta la aparición de un grupo social nuevo, el proletariado urbano, dedicado preferentemente a la industria y los servicios, consciente de sí mismo, reivindicativo y militante de partidos políticos y sindicatos de signo izquierdista. Por contra, el proletariado rural ve su situación cada vez más agravada, pues el sector agrícola, afectado por seculares proble-

⁶⁸ En este sentido la decoración de las casas supone una preocupación estética por el lugar en el que se habita. El esfuerzo por embellecer la vivienda es reflejo intrínseco de un aprecio por la misma, difícilmente supponible a gentes miserables o marginadas.

mas como el desigual reparto de la propiedad y el atraso, no parece tocar fondo.

El testimonio de un antiguo troglodita del Tolmo de esta época, José Martínez, ilustra la pervivencia de modos de vida tradicionales en plena era industrial. Primordialmente se dedicaban al jornaleo agrícola o pastoril complementado con las actividades ligadas al esparto; el espiguelo y la cría de la cabaña doméstica contribuían también al siempre difícil reto del sustento diario. Estas actividades eran las usuales de cualquier campesino o jornalero, no sólo de los trogloditas. A pesar de su precariedad permitían cierta holgura en las épocas de bonanza: *“Y había personas que tenían para comer, y llegaba uno que no tenía, y le dabas, le daban de comer”*.

Él mismo comenta que las cuevas eran objeto de compra o de alquiler, como cualquier otra vivienda: *“Si ahí, es que han vivido, se han dejado y han comprado”*.

Sin embargo aquellos que moraron en las cuevas sufrirían el paulatino deterioro de su consideración social. A buen seguro, el proletariado rural ha sido temprano objeto de aversión para la burguesía ciudadana. En estos momentos iniciales del siglo XX el naciente proletariado industrial vendría a compartir estos reparos. Su naturaleza intrínsecamente urbana, les permite experimentar algunas de las beneficiosas innovaciones de la modernidad industrial aplicadas a la vivienda, de las que permanece ajenos en el campo o los pueblos⁶⁹. Este nuevo grupo social crece en importancia, paradójicamente nutrido por el proletariado rural, desvinculándose del mundo agrario y asumiendo ideas de progreso.

La imposibilidad de superación de los problemas del campo debido al inmovilismo de los distintos intereses, sembró la desesperanza en los sectores progresistas. La situación económica y social del proletariado rural se acercaba a la miseria y con ello se forjaba la mala imagen del tradicional modo de vida agrícola, de la que el troglodita se llevaría la peor parte, a causa de otro hecho crucial de este momento: La Guerra de África (1909-1927).

Esta guerra, impopular, incomprensible y traumática, fuertemente criticada por las izquierdas, supuso para España grandes quebrantos, pérdidas y la humillación de verse incapaz de doblegar a unos nómadas a los

⁶⁹ En las ciudades las viviendas comienzan a adaptarse a las nuevas exigencias: el espacio queda exclusivamente destinado a albergar humanos; se generalizan los nuevos materiales como el cemento, el vidrio, el acero; se incorporan nuevos ambientes como el cuarto de aseo y nuevos elementos como los diversos sanitarios.

que se consideraba atrasados, parapetados en su conocimiento del terreno y armados de tenaz resistencia. La huella que causó esta guerra tiene consecuencias para los trogloditas del siglo XX, pues propiciaría la acuñación de la denominación de "cabileños" o "los del Gurugú"⁷⁰ con las que se les designaba. Estos términos están llenos de connotaciones culturales y socio-económicas, pues equipara a los rifeños y los habitantes de casas-cueva en un tono totalmente peyorativo, como de gentes indeseables de vida mísera. Posiblemente en esta identificación influyera el contacto con las miméticas formas de hábitat rifeñas, que además de las cabilas adaptadas a su vida nómada, incluirían asentamientos rupestres o semi-rupestres más estables.

Bajo supuestos de claro tinte imperialista, Europa continuaba percibiendo a las culturas de los pueblos colonizados como primitivas y extrañas, aún tras la 1.^a Guerra Mundial. Desde la perspectiva de una nación industrial europea de segunda como España, herida aún en su orgullo por la liquidación de su antiguo imperio, las colonias africanas constituían la última oportunidad de incorporación al reparto colonial del que había quedado casi relegada y aquellos pertinaces rifeños, que se resistían a ser dominados, el último escollo para lograrlo. Sin embargo, el conflicto se convirtió en una nueva fuente de humillaciones y desastres como el de Annual (1921), hasta el punto de ser una de las causas del golpe de Estado que condujo al poder al general Primo de Rivera en 1923. Lógicamente el conflicto generó una enorme carga de animadversión popular contra el enemigo y su cultura, con consecuencias aún en la actualidad apreciables en la desconfianza hacia el rifeño (o los magrebíes en general), al que se le adjudican una serie de valores negativos (pereza, fanatismo, traición, miseria).

⁷⁰ Cabileños son aquellos que habitan en cabilas. El vocablo cabila, de etimología magrebí, hace referencia a las tiendas en las que viven algunas comunidades bereberes del Rif norteafricano.

La relación con esta zona se extiende en el tiempo, pudiendo remontarse a fechas muy lejanas. Sin embargo, en el marco temporal que nos ocupa, pueden señalarse como motivos de contacto: la inmigración hacia Argelia, a la que se dirige más del 90 % de la emigración de Albacete en las dos últimas décadas del siglo XIX (Sánchez, 1982), y sobretudo los conflictos por las plazas norteafricanas. Estos últimos tienen un primer episodio entre 1859-60, bajo el gobierno de O'Donnell, cuando hubo que defenderlas de los ataques rifeños. Ya en el siglo XX, se reanudan estos ataques, aunque esta vez el conflicto se alarga hasta la década de los veinte con la victoria final de España (1927).

⁷¹ El mismo tono despectivo se aprecia en el vocablo "covacho" para referirse a las casas-cueva.

Volviendo al análisis del vocabulario, cabe señalar que éste no sólo revela la mala imagen de los trogloditas, sino que dibuja el perfil de unas entidades comunitarias unidas por lazos de solidaridad⁷². Desafortunadamente lo que parece haber prevalecido es lo negativo, la “mala fama”; hasta el punto de que a muchos de los antiguos trogloditas les avergüenza admitir donde vivieron, mientras para otros la rememoración de su vida allí va inexorablemente ligada a un pasado de penuria.

Ciertamente en este último aspecto los capítulos de privaciones tras la Guerra Civil jugaron un papel traumático. El trasiego de gentes que produce la contienda no dejó al Tolmo aparte. Tras la conclusión de la guerra la situación es de carencia angustiosa, también en lo que respecta a la vivienda. Las casas-cueva vuelven a ser un recurso válido, albergando la llegada de los que serían sus últimos ocupantes⁷³. Allí sufrirían la amarga década de la autarquía y el aislamiento de la nación entera, lo cual explica sus malos recuerdos:

“Fuimos muy pobres. Una hija mía se murió de comer tierra”
(Manuela Ruiz).

“Estás hablando con uno que ha pasado de todo” (José Martínez).

A esta calamitosa época le suceden las décadas de los 50 y 60, caracterizadas por el desarrollo capitalista español (Tamames, 1974). La perspectiva de prosperidad que prometía la modernidad industrial provoca nuevamente la reactivación de la emigración a las ciudades. Esta vez adquirirá las proporciones de un auténtico éxodo rural que vacía campos, aldeas y pueblos en dirección a las urbes españolas más pujantes o a las del extranjero.

Estas circunstancias suponen el progresivo abandono de las casas-cueva y el final de esta forma de vida en el Tolmo, cuya última casa se abandonará en los años 70. No es sólo un cambio de ocupación del sector agrario al industrial o al de servicios. Es la ruptura con una forma de vida mantenida durante siglos con variaciones insustanciales.

De las múltiples cuestiones que iban surgiendo sobre la marcha, la del origen cultural de esta tradición se presentaba como ineludible. Su tremenda complejidad, dada por la extensión espacial y temporal del fenó-

⁷² Según José Martínez: *“Teníamos más amor que tenemos ahora. Entonces matabas un cerdo y nos invitábamos todos. Y ahora matas un cerdo y no invitas ni a tu padre”*. Esto mismo se ha constatado también en Comala, Molina de Segura. (Cano Gomariz *et alii*, 1993: 590).

⁷³ Manuela Ruiz es el exponente de estos últimos moradores acuciados por la falta de vivienda.

meno desborda los objetivos de esta modesta empresa. Pero sin duda, esta humilde aportación ofrece también la oportunidad de plantear ciertas cuestiones.

Para empezar los dos grupos del Tolmo pertenecen a tipologías anteriores al XIX⁷⁴. Su arcaísmo es evidente, aunque como hecho constructivo concreto están sujetas a modificaciones circunstanciales relacionadas con las causas históricas que provocan su aparición, mantenimiento o desaparición. Teniendo en cuenta que la revolución industrial es la transformación más profunda sufrida por la humanidad desde el neolítico (en lo referente a su modo de vida), la tentación de entroncar estas tradiciones con sustratos culturales mucho más antiguos es casi inevitable. De hecho, puestos a especular podríamos enlazar con la Prehistoria, pues el grupo I parece corresponderse con viviendas documentadas profusamente en la Edad del Bronce del Sudeste español, época ibérica e incluso en época califal en el mismo Tolmo (Abad *et alii*, 1993; Gutiérrez Lloret, 1996). Obviamente, a pesar de lo sugerente que resulta esta hipótesis, demostrar una continuidad es de difícil refrendo.

En esta dirección ya contamos con algunos datos sobre el hábitat rupestre, que bien podrían servirnos de analogía. En la región de Guadix (Granada), clave por constituir un área de endemismo rupestre, la investigación arqueológica ha buscado las raíces del fenómeno, retro trayéndonos a la Edad Media, tal y como señala el reciente trabajo de Maryelle Bertrand (1993). Mediante el establecimiento de una crono-tipología de las cuevas artificiales y de un estudio de contexto de las mismas, destaca como desde la ausencia de una tradición troglodítica antes del siglo X se introducen modelos importados, probablemente del norte de África, que se irán transformando y adaptando hasta constituir un modelo endémico de la región. Por ello no es de extrañar que antes de la expulsión de los moriscos en 1571 ya se compartiesen las cuevas con cristianos viejos de nivel económico modesto⁷⁵. Esto explica que en el momento de la expulsión no se produjera una ruptura en el hábitat, sino una continuidad que ayudó a

⁷⁴ Definidas entre otras cosas por la ausencia de zonas de tránsito específicas (Sánchez Soria, 1997: 300-301).

⁷⁵ De hecho, el trabajo de Jordán y Serra (1993: 517-518) sobre Alcalá de Júcar confirma documentalmente la existencia de asentamientos rupestres en Albacete, al menos desde el siglo XVI, y su pervivencia hasta el siglo XX. Posiblemente esta fecha pueda retrasarse si tenemos en cuenta que el topónimo "Villar de Piedra" es citado como traducción de su pasado nombre musulmán (Jordán y Serra, 1993: 518), reforzando así lo propuesto en Chinchilla o Guadix.

que la población rural empobrecida de los siglos XVII y XVIII la adoptara en seguida como alternativa válida. Este proceso se acentúa en relación con el fuerte crecimiento⁷⁶ de la segunda mitad del XVIII, la llegada de inmigrantes y el cambio de régimen demográfico de finales del XIX e inicios del XX⁷⁷, momentos a los que se adscribe el conjunto del Tolmo y otros⁷⁸.

Esta historia no tiene, empero, un punto final. Más bien un punto y aparte a un epílogo escrito por los focos residuales de casas-cueva aún en uso. Sirven de cobijo a individuos o grupos marginales sin posibilidades económicas, muchas veces ligados al mundo de la delincuencia, drogadicción, o al paro endémico. Pero también hay lugares como Chinchilla de Montearagón, donde se están reformando las cuevas como segunda residencia, o el mismo Guadix, que ha habilitado un complejo hostelero de apartamentos-cueva. Es posible que el futuro nos depare una nueva vuelta de tuerca, ya que recientemente se escuchan propuestas de prestigiosos profesionales que defienden una nueva arquitectura rupestre, alabando sus ventajas climáticas y de integración en el medio natural.

Mientras tanto ciertos prejuicios sociales e históricos, teñidos en muchas ocasiones de dolor y desdén, crean una amnesia histórica que impulsa al silencio. Es la condena al olvido.

⁷⁶ Con "extensión" nos referimos, tanto a nueva ocupación, como a construcción *ex novo*.

⁷⁷ En el XIX, intuimos que este fenómeno se relaciona con las denominadas desamortizaciones llevadas a cabo por parte de los gobiernos liberales. En concreto por el de Espartero y O'Donnell, que conduce a liquidar los bienes del clero y los de los municipios en 1855. Las consecuencias sociales afectaron a las capas más bajas del campesinado, en especial a cultivadores arrendatarios y jornaleros. Debido al ligero aumento de la población (Nadal, 1971) y la anulación de muchos de los contratos de arrendamiento, los jornaleros quedan convertidos en auténticos proletarios con largas temporadas de paro y sujetos a salarios muy bajos. Esta situación permanecerá casi idéntica y la población activa española continuará siendo mayoritariamente agraria hasta bien iniciado el siglo XX (Martínez Cuadrado, 1973).

⁷⁸ Entre ellos algunos ejemplos murcianos: en Fortuna se afirma que una de las cuevas, la del tío Juan Diego, se inició en la segunda mitad del XIX (Lillo Carpio, 1993: 562); al conjunto de Comala en Molina de Segura, se le adjudica una antigüedad de 150 años (Cano Gomariz et alii, 1993: 574).

APÉNDICE I - Catalogación etno-arqueológica

FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA		
ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		Universidad de Alicante
YACIMIENTO	FECHA	NOMBRE CAT.
Tolmo de Minateda		
UBICACIÓN	ORIENTACIÓN	
Plano Topográfico		
MORFOLOGÍA		
CROQUIS (Planta)		FOTO (Alzado)
FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
MATERIALES		
TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS		
RECUBRIMIENTOS		
DECORACIÓN		
PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES		
GRAFITOS		
DEPÓSITOS SUPERFICIALES		
ELEMENTOS DE DATACIÓN		
OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN		

FICHA DE CATALOGACIÓN ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA

YACIMIENTO; FECHA: Nombre, fecha de recogida de los datos.

ÁREA, SECTOR: Ubicación en base a los códigos del yacimiento (si los hubiera)

NOMBRE EN CATÁLOGO: La nomenclatura consta de la palabra casa y una mayúscula, empezando por la A.

UBICACIÓN - ORIENTACIÓN: Orientación cardinal del eje longitudinal, o mayor de la vivienda en su ubicación sobre la ladera. Cuando es de difícil distinción se utiliza una línea imaginaria paralela a la entrada (viviendas rupestres).

MORFOLOGÍA: Croquis de la planta de la casa, y fotografía nivelada de alzado en su eje longitudinal, o en su eje mayor, así como una descripción literal de las funcionalidades.

ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA: Materiales empleados (constatados sobre el terreno), técnicas constructivas, recubrimientos murales, añadiendo, si cabe, datos acerca de detalles estructurales originales que puedan ser encontrados⁷⁹.

DECORACIÓN: Elementos meramente decorativos, o aquellos que ejerzan la función decorativa de forma añadida a la suya propia.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES: Grafitos y depósitos superficiales son documentados, basándonos en una lectura visual de los procesos que llevan al desmantelamiento de los restos.

CRONOLOGÍA: Elementos de valor cronológico, bien relativo, bien absoluto, proporcionando, en caso de existir, una posible datación.

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN: Impresiones sobre el estado actual de conservación y anotaciones sobre cualquier cosa que se considere interesante.

AUTOR: Este dato se ha obviado debido a que el autor es el mismo que el del resto trabajo.

⁷⁹ De las estructuras cuyo estado de conservación lo permite se proporcionan los parámetros dimensionales básicos.

FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo Minateda	FECHA 28- Julio-94	NOMBRE CAT. CASA A
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Noreste
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta) FOTO (Alzado)		
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: Las funcionalidades de los espacios vienen definidas por algunos de los elementos que contienen. Diferenciaremos entre zona residencial y corrales.</p> <p>En la zona residencial se aprecia una mayor preocupación en mantener la cuadrangularidad de las plantas, y una mejor calidad y consistencia constructiva. En este caso contamos con dos zonas residenciales físicamente distanciadas (unos 6 m entre ambas), una mayor que la otra; a pesar de ello parecen relacionarse de forma evidente y depender del corral.</p> <p>La menor de ellas (A I) está separada interiormente en dos ambientes. Uno de ellos posee un hogar - chimenea (1). En el exterior queda unido a un aljibe (6) destinado a la recogida de aguas de origen pluvial. Con este fin se le dotó de una red de canales tallados en la roca que conducirían la escorrentía.</p> <p>El más grande (AII) consta interiormente de tres ambientes. De igual forma, uno de éstos (1) posee un hogar - chimenea (5), además de una alacena (7), un anaquel (8), y los restos de un banco (Punteado en el croquis). Esta concentración de elementos en uno de los ambientes contrasta con la desnudez del resto (2).</p> <p>Los marcados con el 1 son ambientes principales, destinados a la vida en común de la familia; los designados con el 2 se dedicaban seguramente a resguardar el sueño, o sea, a servir de alcoba.</p> <p>Los corrales (A III) son dependencias dedicadas a los animales, a su resguardo y cría. Aunque en su interior haya divisiones de espacios, la entidad de los elementos divisores es menor que en la zona residencial. Se trata de muretes o tapias que tan sólo pretenden delimitar una porción de espacio sin otras pretensiones.</p>		

El elemento que más llama la atención en el corral de la casa A es el horno (4).

Aparte de él se pueden documentar elementos propios del corral como pesebres o madrigueras.

ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA

MATERIALES: Piedra caliza, cerámica (teja y fragmentos), madera, cañizo y esparto. Se constatan restos de red metálica en los gallineros.

TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: En muros y tabiques podemos documentar el aparejo denominado mampuesto ordinario. Para trabarlos se utiliza argamasa, e incluso el yeso como en uno de los tabiques del corral (11).

Los muros tienen de media entre los 50 cm de ancho y los 2,80 m de alto. Los tabiques entorno a los 20 cm, y la misma altura.

Además aquí encontramos un elemento de soporte interno, un pilar, que ayuda a aguantar la cubierta y los dos tabiques internos de A II.

En las entradas a A II y el corral (A III) se aprecian sendos empedrados realizados por incrustación directa de lajas de piedra sobre la superficie. Hasta el momento son los únicos pisos constatables, pero nos sugieren la posible existencia de otros similares.

El sistema de vanos se estructura por medio de una puerta de acceso a cada zona residencial desde el exterior. Los distintos ambiente reciben la cantidad necesaria de luz y de aire a través de una sola ventana.

Este criterio se modifica en la zona del corral, el cual carece de fenestración. En realidad no la necesita, pues se trata de una simple tapia que permite una correcta ventilación e iluminación para los animales.

De la cubierta no nos han quedado sino restos. Los más significativos son los mechinales, agujeros en los que se encastraban las viguetas que constituían la estructura de soporte de la techumbre. Con toda seguridad, la cubierta (a un agua) apoyaba sobre la visera rocosa, que haría de caballete para la misma.

Bajo los mechinales aparecen restos de listones de madera perpendiculares a la roca y al muro maestro, que seguramente sostenían un cielo-raso.

RECUBRIMIENTOS: Se concentran en la zona residencial. Aquí muros y tabiques son enfoscados y revocados. Posteriormente son enca-

lados (junto a la roca), tanto en sus caras interiores como exteriores. La mejor conservación de los recubrimientos corresponde al interior.

Enfoscados y revoques (o enlucidos) se realizan a base de argamasa o de yeso. Este último se utiliza sobretodo en elementos de obra menor como la alacena o el hogar-chimenea. Todo era recubierto, por fin, con una capa de enjalbegado (o encalado), obtenida mediante la disolución de cal en agua junto con un colorante. En este caso se aprecia la sucesión de diversas capas de enjalbegado en los ambientes principales, especialmente en el de A II. En éste último se registra el siguiente orden (del interior al exterior): Blanco, negro y ocre, y azul celeste. En el de A I no existe la capa negra asociada al ocre.

En la zona del corral no se constatan recubrimientos.

DECORACIÓN

Los elementos decorativos encontrados se concentran en los ambientes principales.

El primero de ellos es común a ambos. Se trata de una línea añil horizontal pintada sobre los muros y que rodea el perímetro del ambiente. Da la impresión de querer marcar el zócalo.

El otro elemento se pintó sobre la capa ocre posteriormente tapada por la capa azul, en A II. Son cinco rosetas sobre otra línea horizontal similar a la anterior. El centro de la flor es un punto entorno al cual se disponen una serie de pétalos alargados, que a su vez, son rodeados por una corona de puntitos.

Las líneas horizontales fueron pintadas a mano alzada con una brocha o un pincel

Para las rosetas se utilizó seguramente algún tipo de plantilla.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: Actualmente no se constata ninguno

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: Se observa la formación de depósitos superficiales, especialmente en el interior, conformados por acumulaciones de material lapideo, trozos de yeso con cañas, fragmentos de teja, y sedimento muy fino proveniente de la descomposición de la roca y la caída de los recubrimientos.

En el corral documentamos un depósito proveniente de la caída de un

tabique entre el horno y el muro de la zona residencial (Ver plano). Asociado también al horno queda una línea de muro que parece asociarse a otro depósito mucho menos distinguible.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: Como elemento de cronología relativa se puede citar la sucesión de capas de pintura de los ambientes principales.

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN
Es una de las casas mejor conservadas de todo el conjunto y con un nivel de deterioro más bajo. Esto nos sugiere que debió ser una de las últimas en ser abandonada.

Con los números 10 y 7 (croquis) identificamos dos contrafuertes exteriores, que se debieron hacer necesarios a causa de la altura de los muros.

En cuanto a los vanos, hay una puerta de entrada desde el exterior, abierta en el muro maestro, correspondiente a la zona residencial. En su interior se establece un eje de tránsito paralelo a la roca, que comunica desde B I a B IV, aunque una de ellas se ciega posteriormente (8).

En el corral compuesto por B V, B VI y B VII hay dos puertas exteriores. Interiormente se comunican por medio de una abertura entre B VI y B VII.

La fenestración es más difícil de constatar puesto que sólo se conserva la ventana de B III.

La cubierta se ha conservado en buena medida, en este caso, mostrando claramente la estructura de viguetas que sostiene al cañizo recubierto del barro que sujetaba las tejas. El sistema de cubrición es a un agua y utiliza como caballete la visera rocosa del Tolmo. La junta entre ésta y el tejado era sellada por medio de barro.

RECUBRIMIENTOS: Cubren la zona residencial, nunca el corral.

Se utiliza el enfoscado y posterior enlucido, realizados con argamasa y con yeso, en los muros, tabiques y elementos de obra menor. Los enjalbegados, a base de lechadas de cal con colorante azul y ocre cubren incluso la roca. Las capas de enjalbegados siguen una sucesión en el ambiente principal (del interior al exterior): blanco, azul celeste y azul con línea añil y zocalo ocre. En los ambientes secundarios tan sólo se documenta el color azul, o el blanco en C I.

Podemos documentar un recubrimiento original que emplea cañizo enlucido con yeso en el tabique que separa B II de B III.

DECORACIÓN: En B IV podemos encontrar una línea horizontal añil pintada sobre los muros rodeando perimetralmente el ambiente a unos 70 cm del suelo. Separa la parte superior pintada en azul de la inferior pintada en ocre.

Por lo rectilíneo de su trazado deducimos que pudo emplearse algún tipo de guía en su ejecución.

La técnica es el enjalbegado, al que se le diluye una mayor concentración de colorante azul.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: Posee gran cantidad de grafitos que se concentran en B IV sobre el hogar-chimenea. Se trata de inscripciones, antropomorfos, geométricos y símbolos (políticos en su mayor parte, como la cruz gamada, el símbolo del anarquismo, pacifismo, etc.). La técnica más usada es la incisión, pero se utiliza también el dibujo con tiza.

Podemos transcribir algunos como éste, realizado por medio de incisión:

“ Hasta aquí llegaron su hija/
y el jubilado/”.

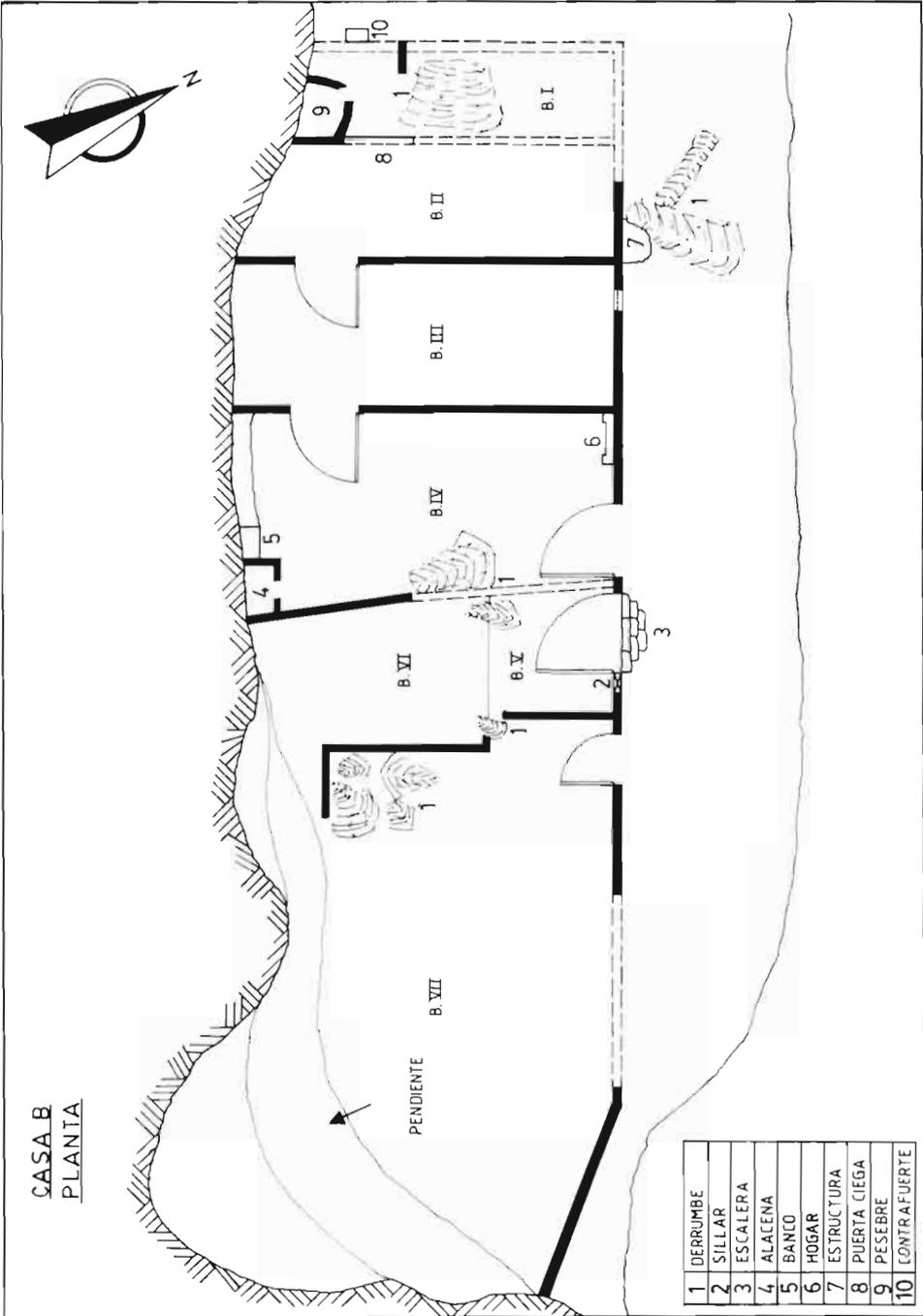
DEPÓSITOS SUPERFICIALES: El interior contiene la mayor parte de la deposición observable seguramente a causa de que la casa se encuentra casi sobre la pendiente de la ladera, lo cual habrá facilitado el deslizamiento de los sedimentos.

Se encuentran una serie de depósitos formados por el desplome de muros y tabiques, o parte de ellos (1). Entre éstos destaca el de B I, cuyo derrumbe tuvo lugar en bloque y delata la dirección de la caída en favor de la pendiente.

Trozos de teja, de enlucido de yeso con improntas de cañizo, además del sedimento finísimo que proviene de la caída de los recubrimientos y la descomposición de la arenisca son los principales componentes de los depósitos.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: Relativos. Sucesión de capas de enjalbegado en B IV.

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN: En grado de deterioro progresivo, más avanzado que en el caso de A, al menos en cuanto a los elementos verticales de sostenimiento. La cubierta, sin embargo, es una muestra excepcional en todo el conjunto.



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 30-Septiembre-1994	NOMBRE CAT. CASA C
UBICACIÓN - ORIENTACIÓN Noreste		
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta) FOTO (Alzado)		
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: Se constata la unión constructiva entre dos áreas de funcionalidad básicas: la dedicada a residencia y la de corrales.</p> <p>La primera de ellas fue objeto de una mayor atención constructiva y decorativa.</p> <p>El espacio interno de la parte residencial queda dividido en tres ambientes. El central (C II) ha sido dotado de hogar - chimenea (4), alacena y cantarera (6). En uno de los ambientes laterales (C I) encontramos un banco en yeso (7), realizado por medio de un relleno de tierra que igualaba un escalón rocoso que invadía el ambiente.</p> <p>El corral (C IV) no se comunica internamente con la zona residencial. Se trata de un ambiente delimitado por una tapia, (de la que tan sólo nos quedan sus restos), pero en el que es difícil constatar ningún otro elemento.</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
<p>MATERIALES: Piedra caliza, cerámica, madera, cal, yeso, cañizo, hierro (en el gozne de la puerta del corral) y relleno de tierra (en el banco).</p> <p>TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto ordinario trabado con argamasa, de unos 40 cm de ancho y con una altura media de 2,80 m. en los muros: en los tabiques es de 15 cm de ancho por 2,50 m de alto.</p> <p>En la zona residencial la puerta se abre en el muro maestro hacia el exterior. El tránsito interior se efectúa a través de un eje paralelo a la roca, que comprende dos puertas en los tabiques.</p>		

La puerta del corral ofrece una disposición muy original, alineada con el muro portante lateral, en perpendicular a la tapia que lo delimitaba (2).

Cada uno de los ambientes secundarios es dotado de una ventana. En realidad en C III hay dos, pero una de ellas fue tapiada (3).

De la cubierta nos han quedado los mechinales de las viguetas que constituían la estructura del tejado. Debía ser un tejado a un agua, que utilizaba la visera rocosa como caballete.

RECUBRIMIENTOS: Se emplean únicamente en la zona residencial. En los muros se emplean un enfoscado y un enlucido. Posteriormente se cubre incluso la roca con enjalbegados.

Para enfoscados y enlucidos se utiliza la argamasa y el yeso. En los enjalbegados lechadas de cal a las que se añaden colorantes azul u ocre. Las capas de enjalbegados siguen una sucesión en el ambiente principal (del interior al exterior): blanco, azul con zócalo ocre y azul. En los ambientes secundarios tan sólo se documenta el color azul, o el blanco en C I.

DECORACIÓN: En C II, junto al hogar-chimenea nos han quedado restos de motivos decorativos. Se trata de pequeñas flores pintadas en añil sobre los restos de un zócalo ocre.

Las flores son representadas de forma muy esquemática, por medio de un punto central con los pétalos alrededor.

La técnica empleada es el enjalbegado, aplicado a mano alzada con una brocha o un pincel.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: En su mayoría se registran en C II, junto a la alacena y la puerta que da a C I. Predominan las inscripciones, sobre los demás temas.

Las técnicas empleadas son la incisión y el lápiz. Ejemplos de incisos son:

“Pedro José Espinardo” “1-5-91” “Bernardino Espinardo 1-5-91”.

Junto a este último se encuentra dibujado a lápiz un antropomorfo de perfil y cinco segmentos similares en vertical, uno junto al otro (IIII).

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: La mayor parte de la deposición

detectada está en el interior de la casa. Depósitos en formación con presencia de piedras, fragmentos de yeso con improntas de caña, trozos de vigueta de madera y tierra. En el exterior se constata la presencia de restos de tejas, seguramente procedentes del tejado (5).

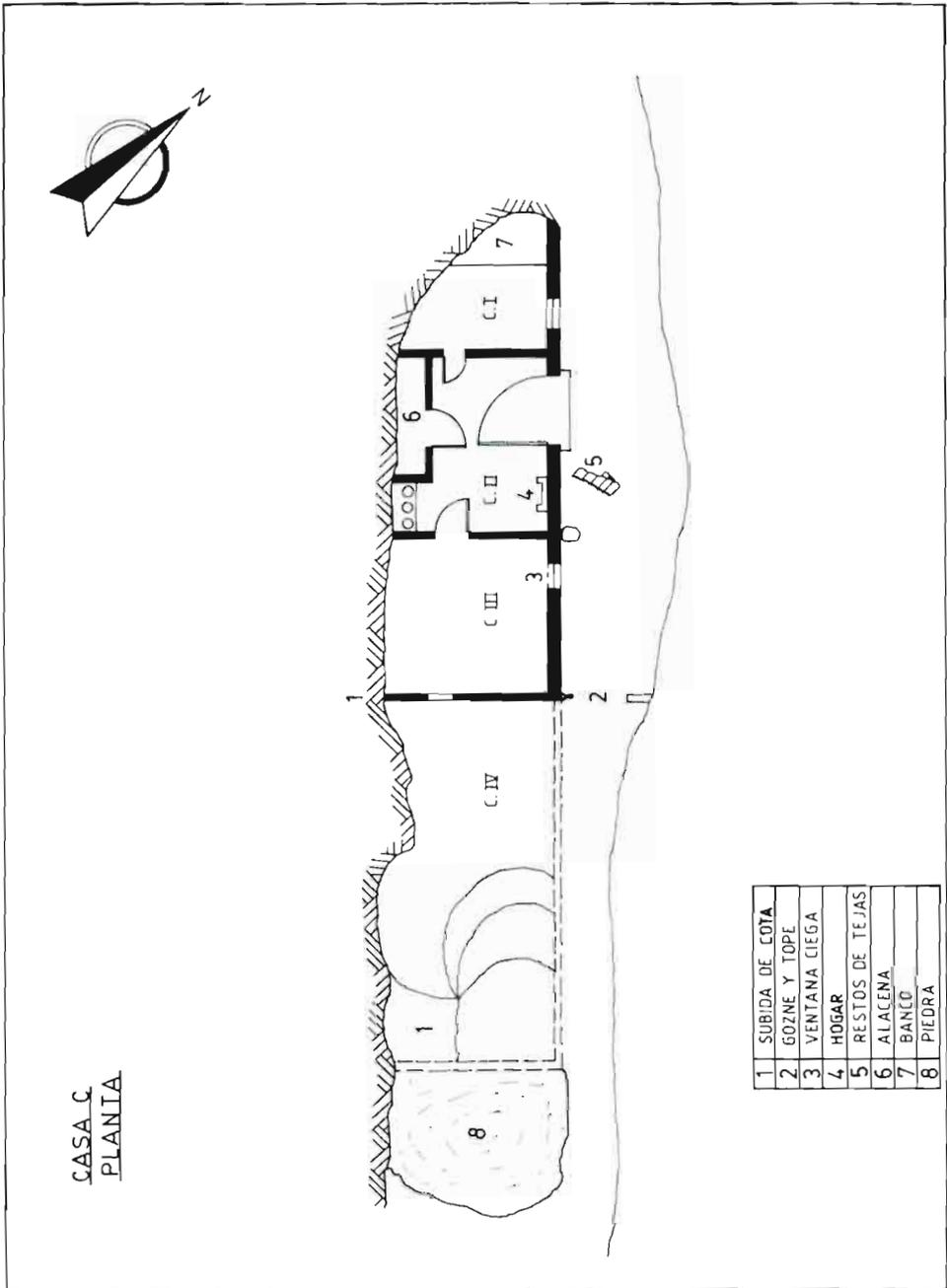
ELEMENTOS DE DATACIÓN: Como cronología relativa nos sirven las diferentes secuencias de enjalbegados entre ambientes principal y secundarios.

Las inscripciones registradas nos orientan cronológicamente al indicarnos en que fechas se encontraba ya abandonada la vivienda.

DATACIÓN PROPUESTA

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN

Es una de las casas más pequeñas, pero de las de mejor factura. Su estado de conservación es excelente. Conserva íntegramente las estructuras verticales de la zona residencial, aunque muy poco de la cubierta.



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
Universidad de Alicante		
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 12-October-1994	NOMBRE CAT. CASA D
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Norte
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta)		FOTO (Alzado)
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: Como se ve en el croquis hay dos zonas funcionales claramente diferenciadas, incluso en cotas distintas. Una dedicada a residencia y otra a los corrales. El primero de ellos muestra haber sido objeto de una mayor atención constructiva y decorativa.</p> <p>El espacio interno de la parte residencial queda dividido en tres ambientes, que además de adosados a la roca del Tolmo, lo están, en este caso, a una enorme roca suelta que reposa en la ladera.</p> <p>En el central (D II) se constatan alacena y cantarera, pero, debido a su mal estado de conservación, nos ha sido imposible saber si poseía hogar-chimenea.</p> <p>En los ambientes laterales asoma un banco tallado en la roca que queda cubierto por la alacena y la cantarera en el ambiente principal .</p> <p>El corral es un edificio con entidad propia situado justo en la cota superior a la cubierta de la zona residencial. Actualmente se conservan tres de los cuatro ambientes en los que estaba dividido este corral.</p> <p>Anexo a lo que fue el perímetro de dicho recinto se puede ver una alineación de lajas de piedra en vertical (3), seguramente pertenecientes a estructuras más antiguas.</p> <p>En el nivel de base del corral, que coincide con el superior de la zona residencial, se documentan dos canales excavados en la roca, actualmente colmatados, cuya finalidad relacionamos con la evacuación de aguas de escorrentía.</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		

MATERIALES: Piedra caliza, cerámica, madera, cal, yeso, cañizo y sillares.

TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto ordinario trabado con argamasa; en los tabiques del corral (los únicos bien conservados) es de 25 cm de ancho por 2,70 m de alto.

En la zona residencial se abre una puerta en el muro maestro hacia el exterior. De las puertas interiores no nos ha quedado ni rastro.

La puerta del corral se abre al exterior en el muro maestro. En el interior no hay puertas, únicamente una ventana enorme, sin dintel, permite el paso a D V. El acceso a D VI y D VII, se efectuaría por otra, u otras, puertas, ahora desaparecidas.

D III es el único ambiente residencial que conserva ventana.

De la cubierta nos han quedado los mechinales de las viguetas que constituían la estructura del tejado. Debía ser un tejado a un agua, que utilizaba la visera rocosa como caballete.

RECUBRIMIENTOS: La zona residencial es la que concentra los recubrimientos. Los muros y tabiques conservan restos de enfoscado y un posterior enlucido. Por último incluso la roca era recubierta de enjalbegados.

Para enfoscados y enlucidos se utiliza la argamasa y el yeso. En los enjalbegados, lechadas de cal a las que se añaden colorantes azul u ocre. Las capas de enjalbegados siguen una sucesión en el ambiente principal (del interior al exterior): blanco, azul con zócalo ocre y azul. En los ambientes secundarios tan sólo se documenta el color azul.

DECORACIÓN: En D II, junto a la alacena se aprecian restos de motivos decorativos en dos de las capas de enjalbegado constatadas. Semicírculos sobre una línea horizontal, pintados en un ocre oscuro en la capa ocre. Y restos de dos líneas en añil: una en zig-zag, y otra, por encima, horizontal, sobre la última capa azul.

Los motivos se realizaron con enjalbegado y a mano alzada.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: No se constata ninguno.

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: Actualmente la mayoría son depósitos de material lapideo, formados a expensas de la caída de la mayor parte los muros (con frecuencia en grandes bloques) y tabiques en la

zona residencial, que tapizan en gran medida su superficie interna y parte del exterior, cubriendo los depósitos anteriores.

En el corral también se han propiciado la formación de depósitos de cascotes, pero de forma más puntual (en las esquinas de D VI y D IV). Predomina la acumulación de sedimento fino, procedente de la descomposición de la roca.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: Son de carácter relativo. Las diferentes secuencias de enjalbegados entre ambiente principal y secundarios.

DATACIÓN PROPUESTA

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN: El estado de la zona residencial es de un deterioro prácticamente irreversible. Los corrales, en cambio, ofrecen una mejor conservación, aunque el desplome de las estructuras se haya iniciado ya.

FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 1-Noviembre-1994	NOMBRE CAT. CASA E
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Noreste
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta) FOTO (Alzado)		
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: Parte del espacio de la vivienda se caracteriza por encontrarse bajo un enorme bloque rocoso. La otra parte es externa y adosada a éste.</p> <p>Se identifican dos grandes ambientes dedicados a residencia, uno por debajo del bloque rocoso (E III), y otro, externo pero adosado a él (E IV).</p> <p>En E III encontramos los restos de un hogar - chimenea (6), además de dos hornacinas excavadas en la roca (una de ellas de dimensiones considerables: E III 2). En E IV los restos de hogar - chimenea (4) y los escasos restos de recubrimientos, nos han permitido identificarle como zona residencial. Obviamente, tanto E III como E IV son ambientes principales.</p> <p>Los tres ambientes restantes se asimilarían a corrales (E I, E II, E V). En este caso, se encuadran dentro del espacio delimitado por un muro intensamente deteriorado, que ni siquiera ha permitido constatar la presencia de elementos propios de un corral. Para nuestra identificación, nos hemos basado en la falta de recubrimientos de los restos de los muros de estos ambientes.</p> <p>Nos atrevemos a suponer, sin embargo, que en relación a la disposición de los ambientes, debió de existir comunicación interna entre las zonas residenciales y los corrales (Ver croquis).</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
<p>MATERIALES: Piedra caliza, cal, relleno de tierra.</p> <p>TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto</p>		

ordinario trabado con argamasa.

Para calzar la roca e impedir que se desplace sobre la ladera se empleó un relleno de tierra (5), actualmente visible a través de una brecha lateral.

En la zona residencial bajo la roca (E III) se abre una puerta hacia el corral (E II), y aquí, otra hacia el exterior (1). Es el único eje de tránsito constatable.

De hecho, no se puede documentar nada más acerca del sistema de vanos, ni de la cubierta. Lo más probable es que existiera y se empleara solamente para cubrir a E IV, pues E III quedaría a resguardo bajo la roca.

RECUBRIMIENTOS: Los muros de las zonas residenciales guardan restos de haber sido recubiertos sucesivamente por un enfoscado y un enlucido. Tanto muros como pared rocosa eran por último cubiertos por enjalbegados.

Para enfoscados y enlucidos se utiliza la argamasa (y seguramente también el yeso). Los enjalbegados, se emplea una disolución de cal a la que se añade colorante azul.

DECORACIÓN: No se ha constatado ninguno.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: Sobre los restos del tabique de cierre de E III hemos encontrado la siguiente inscripción: “ ROMU/
1989/”

La técnica empleada fue la incisión.

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: El desplome de la mayoría de las estructuras murarias ha dado lugar a grandes depósitos de piedras que tapizan la práctica totalidad de la superficie de los ambientes adosados y de sus inmediaciones en dirección a la ladera.

En el interior de E III se está formando un enorme depósito de sedimento muy fino (8), procedente de la descomposición de la roca, lo cual ha arrastrado consigo a los enjalbegados. Este depósito alcanza los 80 cm de espesor en algunos puntos.

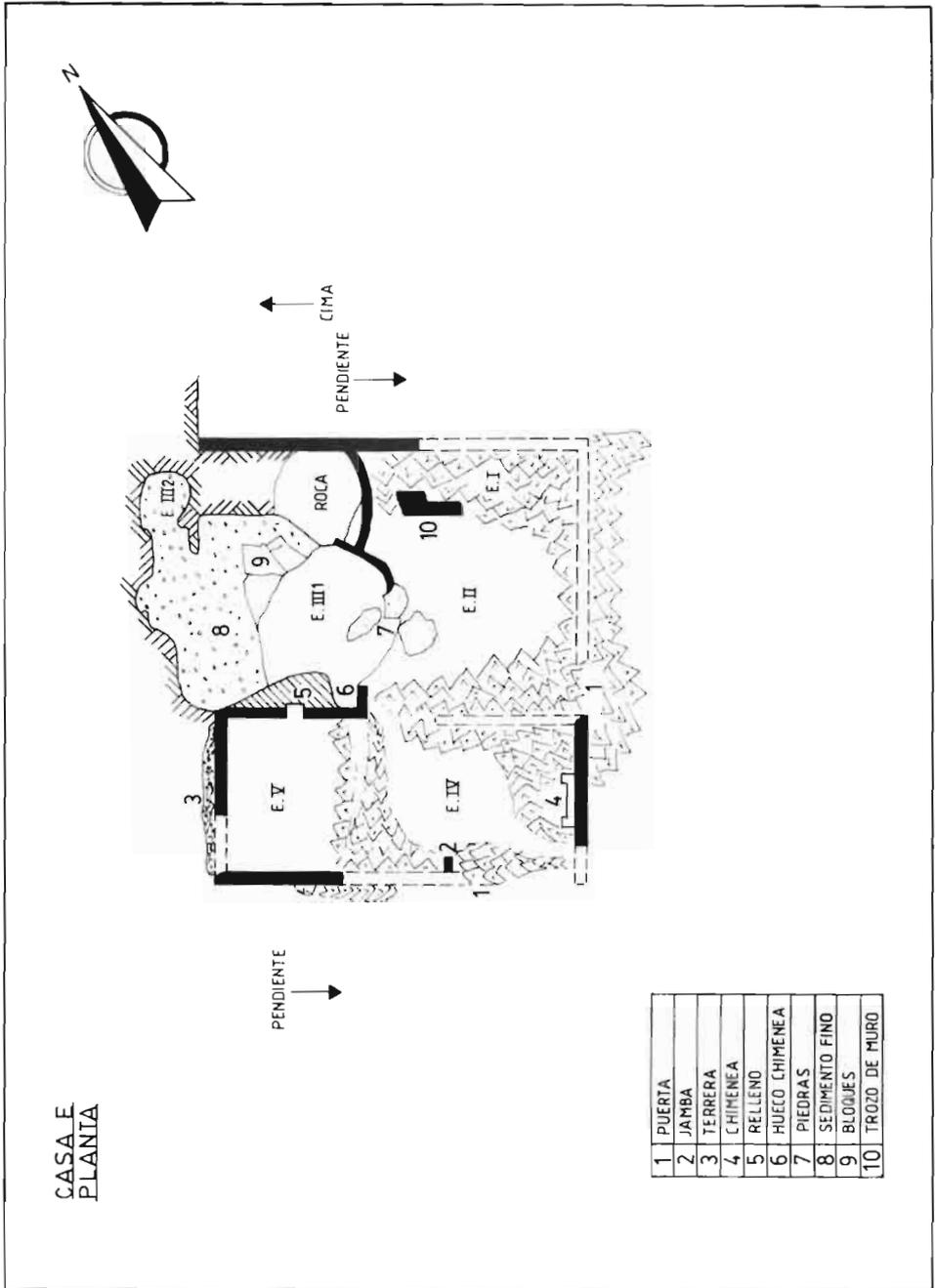
ELEMENTOS DE DATACIÓN: Como elementos de datación absoluta

podemos señalar el bloque rocoso bajo el que se excava la vivienda, desprendido a consecuencia del terremoto de 1755.

La inscripción que se recoge nos certifica ya el período de abandono de la casa (1989).

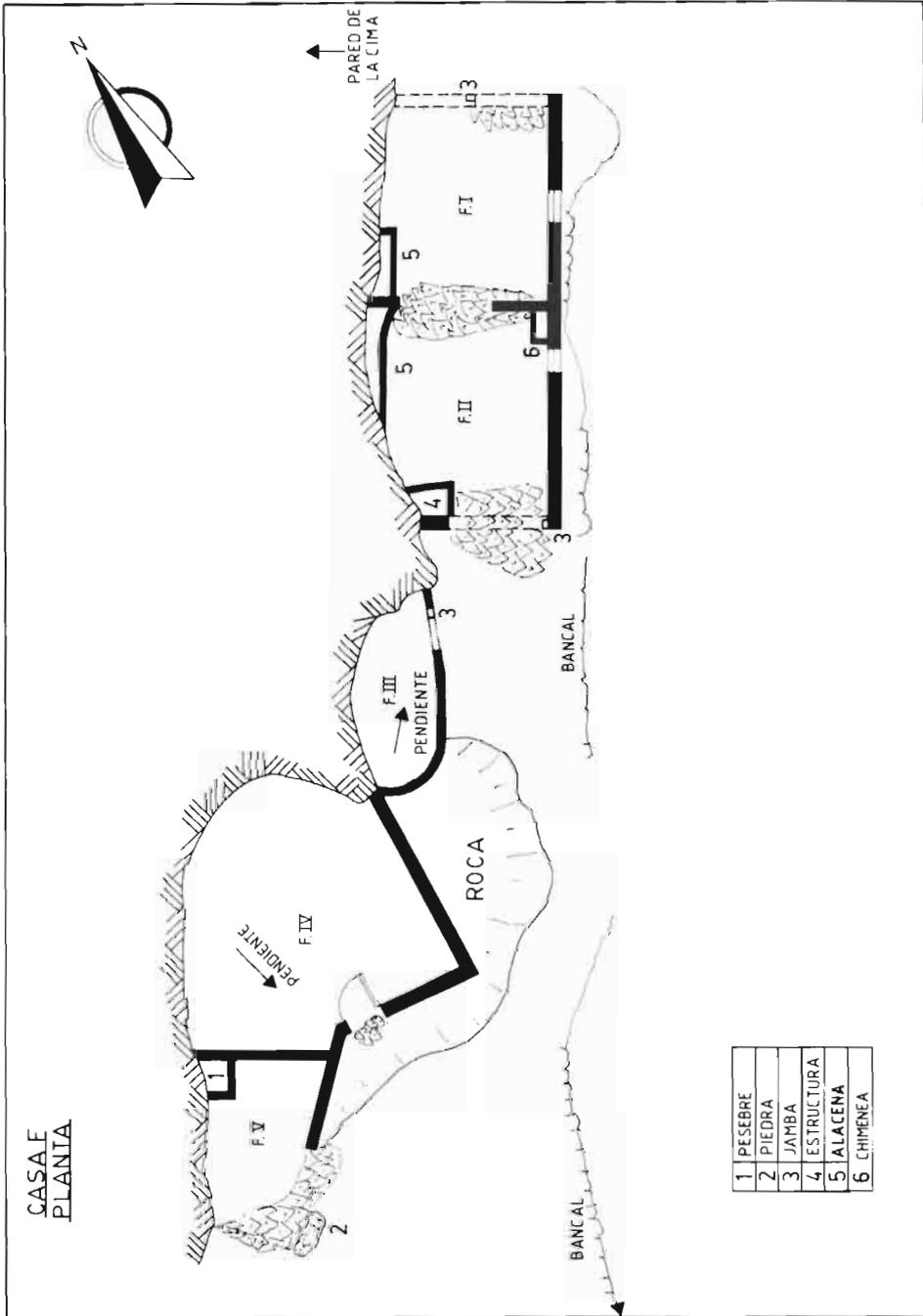
DATACIÓN PROPUESTA

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN:
Deterioro irreversible es la única calificación posible, al menos para las estructuras adosadas. En la parte rupestre de la vivienda se aprecia un proceso de deterioro y deposición distinto, de carácter esencialmente químico.



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
Universidad de Alicante		
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 1-Noviembre-1994	NOMBRE CAT. CASA F
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Noreste
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta)		FOTO (Alzado)
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: En este caso hay separación constructiva entre las dos áreas de funcionalidad básicas (residencia y corrales).</p> <p>El espacio interno de la parte residencial queda dividido en dos ambientes. Uno de ellos (FII) incluye hogar-chimenea (6), una gran alacena que se prolonga en F I (5) y una estructura muy deteriorada (4) que quizá fuera un banco.</p> <p>Los corrales se caracterizan por su extremada adaptación a la topografía rocosa, en una zona de la ladera especialmente inclinada y escarpada. El menor (F III) está simplemente delimitado por una tapia; el mayor por un muro de cierta entidad e internamente dividido en dos ambientes (F IV y F V).</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
<p>MATERIALES: Piedra caliza, cerámica, madera, cal, yeso y cañizo.</p> <p>TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto ordinario trabado con argamasa, de unos 40 cm de ancho y con una altura media de 2,50 m., (en los muros).</p> <p>En la zona residencial la puerta se abría en el muro maestro hacia el exterior, aunque posteriormente fue tapiada. El acceso se realizaba por otra situada en el muro portante lateral (3).</p> <p>Suponemos que el tránsito interior se efectuaba a través de una puerta en lo que fue el tabique de separación entre F I y F II, actualmente caído.</p> <p>Cada ambiente de los corrales cuenta con una puerta de acceso desde el exterior, sin transito interno siquiera entre F IV y F V (cuya puerta ha</p>		

<p>desaparecido).</p> <p>Al ambiente secundario (F I) se le dota con una ventana y seguramente, la puerta tapiada en el muro maestro quedó como otra.</p> <p>De la cubierta nos han quedado los mechinales de las viguetas que constituían la estructura del tejado. Se trataría de un tejado a un agua, que utilizaba la visera rocosa como caballete en el ÁREA residencial</p> <p>RECUBRIMIENTOS: Documentados únicamente en la zona residencial, donde se cubren los muros con un enfoscado y un enlucido. Posteriormente se cubre incluso la parte rocosa con enjalbegados. Para enfoscados y enlucidos se utiliza la argamasa y el yeso (alacena). El enjalbegado se obtiene a base de la disolución de cal, a las que se añade colorante azul. El ambiente principal y en el secundario registran tan sólo azul.</p>
<p>DECORACIÓN: No se ha constatado nada.</p>
<p>PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES</p>
<p>GRAFITOS: No se ha constatado ninguno.</p>
<p>DEPÓSITOS SUPERFICIALES: La mayor parte de la deposición detectada está en el interior de la casa. Depósitos en formación con presencia de piedras procedentes de los muros, fragmentos de yeso con improntas de cañizo, algunas viguetas de madera, así como la presencia de restos de tejas, seguramente procedentes del tejado.</p>
<p>ELEMENTOS DE DATACIÓN</p>
<p>DATACIÓN PROPUESTA</p>
<p>OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN</p> <p>Es una de las casas más pequeñas. Aunque en progresivo deterioro, su conservación se puede calificar de aceptable. Sus corrales son uno de los ejemplos de adaptación topográfica más significativos.</p>



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 8-Diciembre-1994	NOMBRE CAT. CASA G
UBICACIÓN Plano Topografía	ORIENTACIÓN Este	
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta)	FOTO (Alzado)	
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: La mayor parte del espacio de la vivienda se caracteriza por encontrarse bajo un enorme bloque rocoso. El resto es externo y adosado a éste.</p> <p>El área rupestre de la vivienda alberga dos niveles, cada uno conformado al tiempo, por varios ambientes. En principio, todos éstos parecen estar dedicados a funciones residenciales, al igual que algunos de los externos (G X y G I), si atendemos a que están enjalbegados y que poseen elementos como hogares - chimenea (2), alacenas (5) o bancos (8). G IV y G V. bajo la roca, y G X en el exterior, son ambientes principales.</p> <p>G I, adosado a la roca, además de G III, G VI y G XI, bajo ésta, son ambientes secundarios.</p> <p>Los restantes se dedicaban a corrales (G II, G XII, G VII, G VIII, G IX). La distribución de las funcionalidades ha reservado, esencialmente, los ambientes rupestres para la residencia humana, y los semi-rupestres, para corrales, ya que tan sólo dos de éstos son residenciales.</p> <p>La comunicación interna entre los diversos ambientes residenciales y los corrales, no ofreció ningún tipo de obstáculo en un primer momento.</p> <p>En este sentido cabe destacar la presencia de un murete de unos 55 cm de altura, que separa una porción del espacio de G IV. Este hecho guarda seguramente algún tipo de relación con el cegamiento del hogar-chimenea de este ambiente y de la puerta que lo comunicaba con G V. Evidentemente se cambió el uso que se le daba a este ambiente, modificando estos elementos.</p> <p>Junto a la gran roca que alberga la mayor parte de la vivienda hay otra</p>		

más pequeña, en la que también se apoyan. En su parte superior podemos encontrar un canaleta excavado, cuya misión debía ser la recogida de agua de lluvia.

ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA

MATERIALES: Piedra caliza, cal, relleno de tierra, madera, cañizo, yeso y cemento.

TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto ordinario trabado con argamasa. En el caso del hogar - chimenea de G X se emplea el cemento para trabar.

Para calzar la roca e impedir que se desplace sobre la ladera se empleó un relleno de tierra y piedras (4) apreciable en uno de los laterales de G XII.

Se emplean como elementos de refuerzo dos contrafuertes exteriores (3). Uno de ellos (G VII) debe de estar relacionado con el hogar-chimenea, y el otro con funciones de refuerzo del muro.

El tránsito, tanto interno como externo, fue posible en todos los sentidos, al menos hasta que se tapió la puerta entre G IV y G V. Precisamente en G V y en G III se han conservado sus correspondientes puertas de madera. Se trata de dos puertas armadas, es decir, de tablas, reforzadas con peñazos y riostras.

Los dos niveles rupestres se salvan por medio de una escalera de diez huellas (G III) entre G I (nivel inferior) y G IV (nivel superior). Tanto G I como G III podrían ser definidos como ambientes de tránsito (un vestíbulo y una escalera respectivamente).

Las ventanas son ubicadas en los tabiques de cierre de los ambientes rupestres colindantes al exterior (G V, G XI, G IV). Sin embargo el estado de ruina de los ambientes semi-rupestres no ha permitido que se pudiera constatar su ubicación.

Aunque el mismo problema afecta a los restos de la cubierta de G I y G X, afortunadamente, se han conservado restos de una cubierta a un agua, que utilizaba a la roca como caballete, constituido por cañizo sujeto por una estructura de viguetas de madera.

RECUBRIMIENTOS: Los muros y tabiques de la zona residencial guardan restos de haber sido recubiertos sucesivamente por un enfoscado y un enlucido. Por último, tabiques, muros y roca son cubiertos por enjalbegados.

Para enfoscados se utiliza la argamasa, pero en este caso, el yeso se utiliza mucho para enlucir los tabiques. Y en el ambiente G X que se usa cemento. En los enjalbegados lechadas de cal a las que se añade colorante azul y ocre.

Hay dos capas, al menos, claramente diferenciadas: una azul y ocre, a la que cubre una de color azul celeste.

DECORACIÓN: En G IV, G V, GVI, circunvalando el ambiente encontramos una línea añil horizontal a unos 70 cm del suelo. Su trazo es bastante regular y tiene una anchura excepcional en comparación a las de otras casa (alrededor de 10 cm).

La técnica empleada es el enjalbegado.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: Son muy numerosos concentrándose en los ambientes G IV, G V y G VI, sobre el hogar-chimenea y los bancos.

Las técnicas empleadas fueron la incisión y la pintura con carboncillo. Hemos seleccionado algunos de ellos:

En carboncillo:

“ E BENIDO PARA VER ESTA/

CUEVA TAN CURIOSA/

10- 11- 89/

TOBARRA/”.

“ Jose F. Castillo/

7 - 2- 82 - Hellín/

Clara Barbo García/

7 - 2 - 82 MC./”

“ Aquí naci yo Juan Moreno Lorenzo/

el día 7 de febrero 1909 y he venido por 1ª vez/

el día 5 de nobre 1974 Soy hijo de Crisanto el General de la Venta del Tormo/

solo he venido a sacar unas fotos de este pin-/

toresco Hotel como recuerdo, en compañía/

de mi mujer/”

Al lado de esta inscripción se ha plasmado una operación matemática (una resta), empleando esta vez la incisión:

“ 1974/

1909/

65/ "

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: El desplome de la mayoría de las estructuras murarias ha dado lugar a grandes depósitos de piedras que tapizan la práctica totalidad de la superficie de los ambientes adosados y de sus inmediaciones.

Se está formando un enorme depósito de sedimento muy fino en G XI, procedente de la descomposición de la roca, que ha provocado la caída de los enjalbegados en este ambiente.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: Como elementos de datación absoluta podemos señalar el bloque rocoso bajo el que se excava la vivienda, desprendido a consecuencia del terremoto de 1755. También, el empleo de cemento, cuyo uso comienza a generalizarse a fines del XIX y principios del XX.

De forma bastante clara encontramos dos ambientes destinados específicamente al tránsito: G I y G III. Este uso es característico de tipos de hábitat modernos, que comienzan a generalizarse hacia principios del siglo XIX.

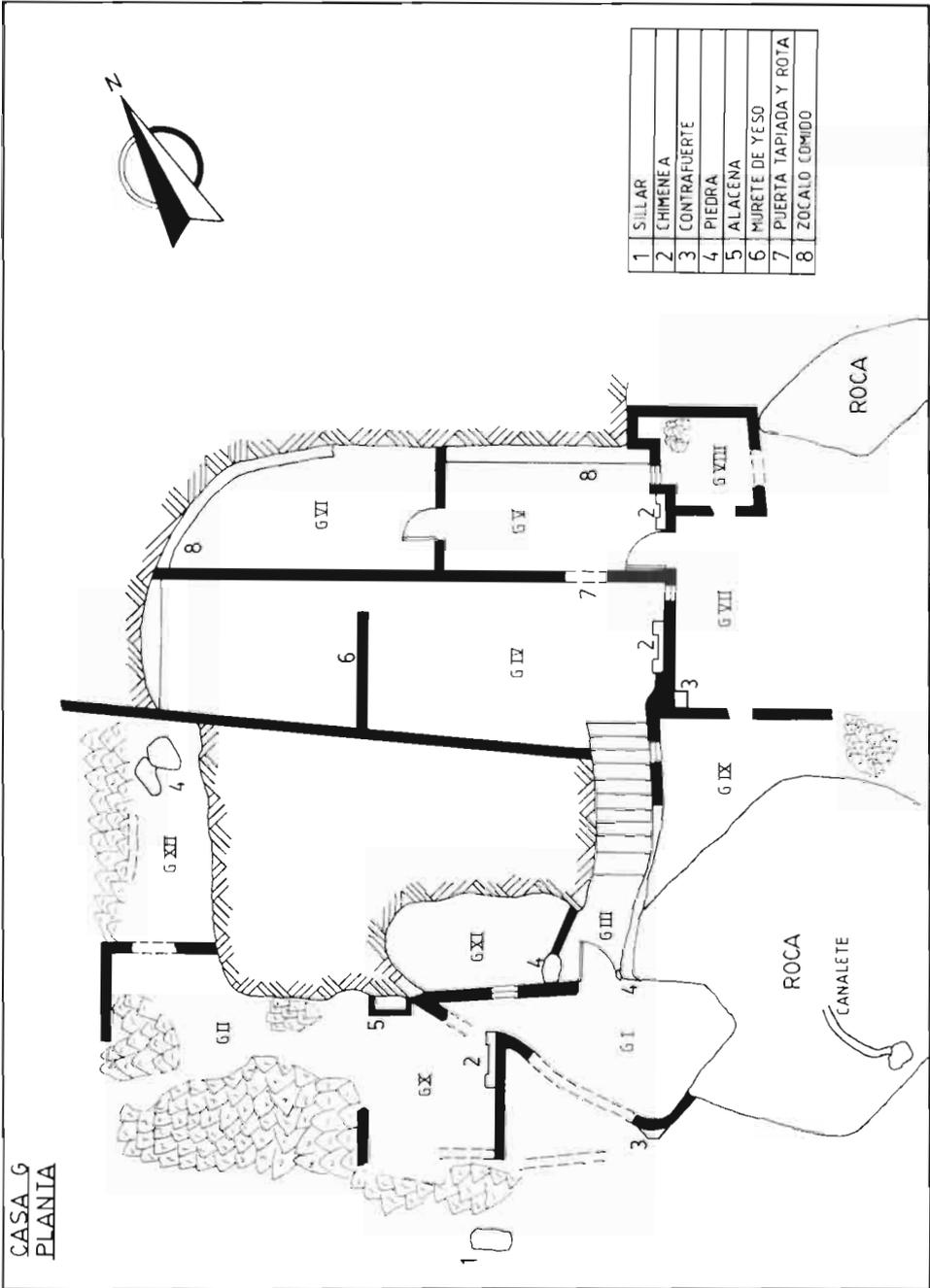
Uno de las inscripciones recogidas nos proporciona unos datos cronológicos de extraordinaria importancia, pues su autor, alguien nacido en esta casa, nos revela que nace en 1917, en este preciso lugar. Y además, fecha también el día que realiza la inscripción, en el año 1974, indicándonos así que la vivienda ya estaba abandonada en ese momento.

DATACIÓN PROPUESTA

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN:

Las estructuras adosadas, tanto residenciales como corrales, se encuentran en un avanzado grado de deterioro.

El proceso de deterioro y deposición de los elementos es netamente distinto entre las partes rupestres y semi-rupestres. Mientras las primeras se encuentran en un estado de conservación bueno, las segundas se encuentran prácticamente derruidas.



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 8-Diciembre-1994	NOMBRE CAT. CASA H
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Este
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta)		FOTO (Alzado)
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: Se aprecia de inmediato que la vivienda parece dedicarse exclusivamente a una sola función: la de residencia.</p> <p>El espacio interno queda dividido en tres ambientes. El mayor de ellos (H I) contiene alacena con anaquel (2) y cantarera (3). Debió tener también hogar-chimenea si nos atenemos a los restos de la chimenea sobre la visera rocosa. Los otros dos ambientes carecen de elementos significativos.</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
<p>MATERIALES: Piedra caliza, cerámica, cal, yeso, y cañizo</p> <p>TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto ordinario trabado con argamasa; en los tabiques es de unos 15 cm de ancho por 2,75 m de alto.</p> <p>Debía existir una puerta en el muro maestro hacia el exterior. El tránsito interior se efectúa por dos puertas en los tabiques de separación.</p> <p>Uno de los ambientes secundarios (H III) tiene ventana y sería lógico suponer que el otro también, aunque no se pueda confirmar.</p> <p>De la cubierta nos han quedado los mechinales de las viguetas que constituirían la estructura del tejado. Debía utilizarse un tejado a un agua apoyando sobre la visera rocosa a modo de caballete.</p> <p>RECUBRIMIENTOS: En los muros se emplean sucesivamente un enfoscado y un enlucido. Posteriormente se cubren junto a la roca con enjalbegados.</p> <p>Para enfoscados y enlucidos se utiliza la argamasa y el yeso (alacena).</p>		

En los enjalbegados lechadas de cal a las que se añaden colorantes azul u ocre.

Se documentan dos capas, al menos, de enjalbegados en el ambiente principal: una primera, ocre, y otra azul.

En los ambientes secundarios tan sólo una azul.

DECORACIÓN: Sobre el muro rocoso de H I, nos han quedado restos de motivos decorativos. Se trata de pequeños segmentos, de unos 2 cm de largo por 0'5 de ancho, sobre una línea horizontal, pintados en añil sobre los restos del ocre.

Circunvalando todo H I, se encontraba otra línea añil horizontal a unos 70 cm del suelo, sobre la capa azul.

La técnica empleada en ambos casos es el enjalbegado, aplicado a mano alzada con una brocha o un pincel.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: Contiene algunos trazos lineales incisos junto a dos inscripciones, en carboncillo, en gran tamaño sobre el anaquel de la alacena: "AMANCIO"

Y por debajo del anaquel:
"TETE"

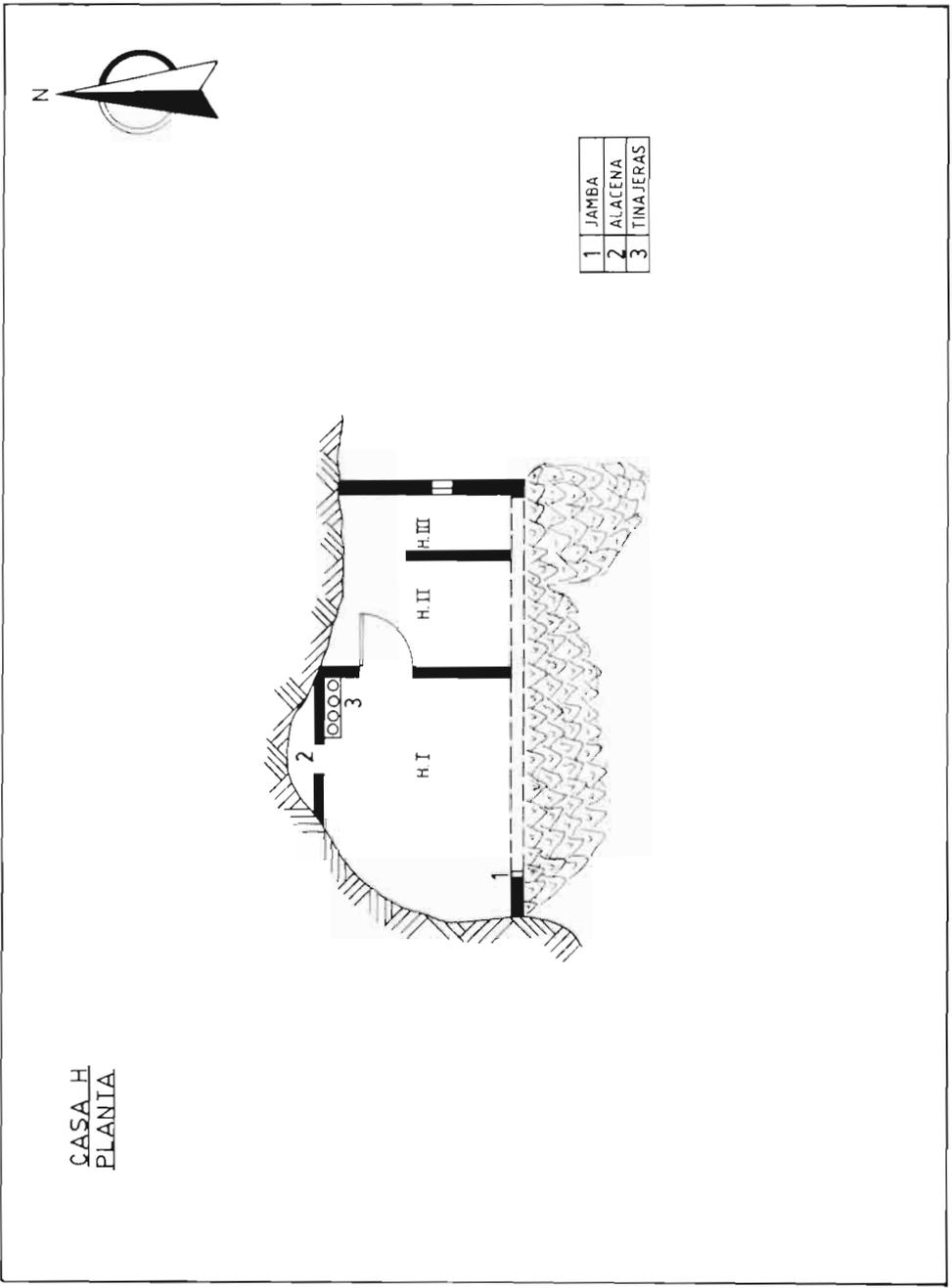
DEPÓSITOS SUPERFICIALES: El depósito más grande es el que ha conformado el derrumbe del muro maestro (casi en bloque) hacia el exterior. En el interior de la vivienda está en formación un depósito de sedimento finísimo procedente de la descomposición de la roca y la caída de los enjalbegados, junto a algunos cascotes procedentes de los tabiques.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: De carácter relativo. Nos referimos a las diferentes secuencias de enjalbegados entre ambiente principal y secundarios.

DATACIÓN PROPUESTA

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN

A pesar del desplome del muro maestro, su estado de conservación es relativamente bueno, sobretodo en lo que respecta a la alacena, el anaquel y la cantarera de su ambiente principal H I.



FICHA REGISTRO DE CATALOGACIÓN DESCRIPTIVA ETNOGRÁFICA-ARQUEOLÓGICA		
		Universidad de Alicante
YACIMIENTO Tolmo de Minateda	FECHA 26-Marzo-1995	NOMBRE CAT. CASA I
UBICACIÓN Plano Topográfico		ORIENTACIÓN Este
MORFOLOGÍA CROQUIS (Planta)		FOTO (Alzado)
<p>FUNCIONALIDADES DE LOS ESPACIOS: La vivienda se caracteriza por encontrarse bajo un enorme bloque rocoso sin restos aparentes de estructuras adosadas. Es decir, es una vivienda enteramente rupestre. Alberga tres niveles, con sus correspondientes ambientes. Dos niveles quedan para funciones residenciales (I I, I III, III,) y el tercero a corral (I IV e I V).</p> <p>El nivel inferior se corresponde con los ambientes I I e I II.</p> <p>I II es un ambiente de grandes dimensiones, tallado en la roca, al que se ha incorporado una hornacina (I I), igualmente excavada. Además, parte de su superficie ha sido separado por medio de un murete (8) de escasa altura.</p> <p>El nivel intermedio se corresponde con el ambiente I III. Éste contiene un horno (2), una alacena (5), un poyete (3) y un banco (4). Evidentemente, es el ambiente principal. La transición con el nivel inferior se efectúa por medio de unas escaleras (7). Al superior se accede gracias a una rampa (9).</p> <p>Este nivel superior se comprende los ambientes I IV e I V, dedicados a corrales. En I V, encontramos a cierta altura un murete colocado sobre otra roca anexa a la boca de la cueva; constituye un granero, en el que debían almacenarse algún tipo de productos agrícolas. Este hecho se atestigua por los restos vegetales calcinados que contiene.</p>		
ELEMENTOS DE LA ARQUITECTURA		
<p>MATERIALES: Piedra caliza, cal, madera, cañizo, yeso.</p> <p>TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS: Se utiliza un aparejo de mampuesto</p>		

ordinario trabado con argamasa en los tabiques.

En el horno (2) hallamos un ilustrativo ejemplo del nivel de imbricación constructiva al que se llega con la roca. La solera y parte de la boca son parte de la roca, a la que se talla para añadirle una cúpula por aproximación de hiladas y un tabique, que terminaran de configurar el horno.

El sistema de vanos, en este caso, no ofrece complicaciones en cuanto al tránsito interno o externo. Sí muestra dos espacios esencialmente destinados a este fin, como son una escalera de cinco huellas (7) y una rampa (9).

No hemos podido constatar si había ventanas, aunque por lógica suponemos que las debió haber, debido a que el muro que cubría la boca de la cueva ha caído completamente.

Aunque de carácter rupestre parece ser que la boca de la cueva disfrutó de una cubierta que la protegiese. Así lo atestiguan los abundantes restos de cañizo (6) encontrados sobre el depósito de I II. El tipo de cubierta empleado no necesitó, aparentemente al menos, de mechinales. Debió tratarse de un entramado de viguetas de madera que sostenía al cañizo sin más complicaciones.

RECUBRIMIENTOS: Los muros y tabiques de los niveles residenciales guardan restos de haber sido recubiertos sucesivamente por un enfoscado y un enlucido. Por último, tabiques, muros y roca son cubiertos por enjalbegados.

Para enfoscados se utiliza la argamasa, pero en este caso, el yeso se utiliza mucho para enlucir los tabiques. Los enjalbegados consisten en lechadas de cal a las que se añade colorante azul u ocre.

En I III el zócalo está pintado de ocre y el resto de azul. En I II sólo encontramos una capa azul celeste.

DECORACIÓN: Circunvalando el ambiente principal (I III) encontramos una línea añil horizontal a unos 70 cm del suelo, separando el ocre del azul. Su trazo es bastante regular .

La técnica empleada es el enjalbegado.

PROCESOS DE DEPOSICIÓN OBSERVABLES

GRAFITOS: No se constata ninguno.

DEPÓSITOS SUPERFICIALES: El desplome del muro que delimitaba la cueva ha creado un gran depósito de cascotes que se deslizan hacia el

nivel inferior (I II), formando un auténtico canchal, sobre el que han quedado abundantes restos de cañizo (6).

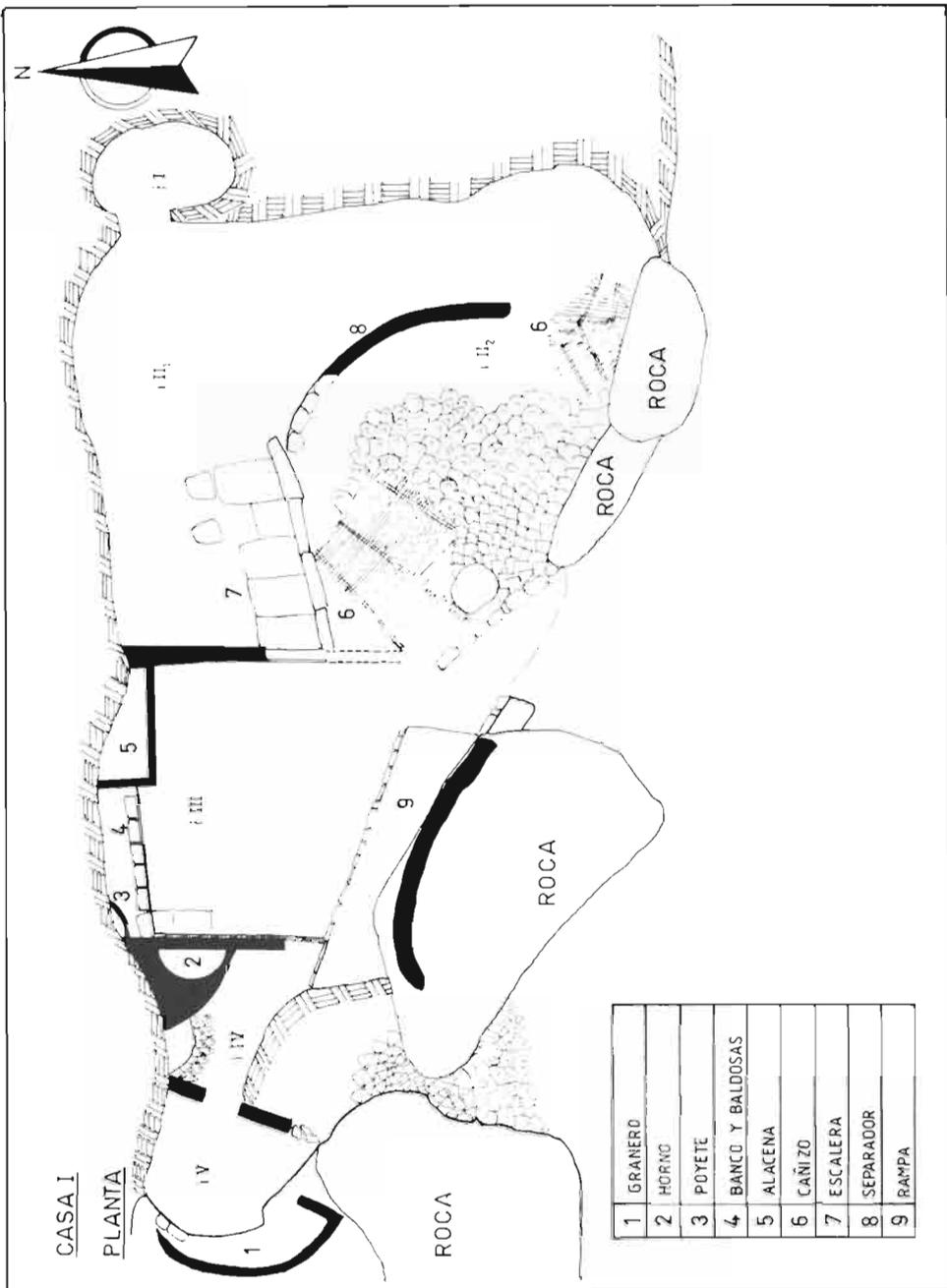
A esto se le añade que en I II crece un enorme depósito de sedimento muy fino, procedente de la descomposición de la roca y la consiguiente caída de los enjalbegados en este ambiente. Alcanza en algunos puntos los 40 cm de altura.

ELEMENTOS DE DATACIÓN: Como elementos de datación absoluta podemos señalar el bloque rocoso bajo el que se excava la vivienda, desprendido a consecuencia del terremoto de 1755.

De forma bastante clara encontramos dos espacios exclusivamente direccionales: la escalera (7) y la rampa (9). Este uso exclusivo es característico de tipos de hábitat recientes, que comienzan a generalizarse hacia principios del siglo XIX.

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE CONSERVACIÓN:

Aunque en progresivo deterioro, aún mantiene bastante bien la mayor parte de sus componentes.



BIBLIOGRAFÍA

- Abad, L.; Gutiérrez, S.; Sanz, R., 1993, "El proyecto arqueológico "Tolmo de Minateda" (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas del sureste peninsular". *Jornadas Arqueológicas Albacetenses*, en la U. A. M. Madrid.
- Abad L.; Junyent, E.; Lull, V.; Martín-Bueno, M.; Ripollés, P. P., 1993, "L'arqueologia com a àrea de coneixement universitària". *Revista d'Arqueologia de Ponent* n.º 3.
- Abad, L., 1996, "La epigrafía del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del *Conuentus Carthaginensis*." *A. E. Arq.* 69. Pp. 77-108.
- Asenjo, C., 1990, *Las cuevas. Insólito hábitat del Sur*. Sevilla.
- Al-Ahwani, Abd-al-Aziz, 1965, *Fragmentos geográfico-históricos de Al-masâlik ilâ gamî'al-mamâlik* (traduc. de AL-UDRI, *Al-masâlik ilâ gamî'al-mamâlik*), Ed. Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid.
- Baquero Aguilar, J. J.; Martínez Cano, J. C.; Jordán Montés, J. F., 1983, "Los puentes romanos de Isso (Hellín)". *Al-Basit* n.º 12, pp. 47-87.
- Barandiarán, J. M., 1982, "Guía para una encuesta etnográfica". *Eusko-Ikaskuntza (Sociedad de estudios vascos)*, p. 231-279. San Sebastián.
- Barceló, M., 1988, *Arqueología medieval en las afueras del "medievalismo"*, Barcelona, Edit. Crítica.
- Bas C.; Bisoca M., 1990, "Pavimentos hidráulicos en la provincia de Alicante". Ayudas a la Investigación 1986-1987, III. Arqueología, Arte y Toponimia. I. C. Juan Gil- Albert. Alicante.
- Berrocal, P.; Algarra, V. M.; Barranco, J. C., 1994, *...y así eran entonces las cosas. Manises. Cultura material 1960-70*. Valencia.
- Bertrand, Maryelle, 1985, "Las cuevas artificiales medievales y su relación con la estructura de poblamiento en la Hoya de Guadix (Granada)".

- Anuario Arqueológico de Andalucía y II: Actividades sistemáticas. Informes y Memorias*, 1987 pp. 185-192. Sevilla.
- 1986: “El hábitat troglodítico antiguo en la Hoya de Guadix (Granada). Elementos de tipología”. *Arqueología espacial. Coloquio sobre el microespacio*. Vol. 10, pp. 263-283.
- 1993: “Les habitats de falaise d’occupation almohade et proto-nasride dans la dépression de Guadix-Baza (Province de Grenade)”. *Coloquio de la Maison de Velázquez*.
- Binford, L. R., 1962, “Archeology as Anthropology”. *American Antiquity*, 28, pp. 217-225.
- Bazzana, A.; Camblin, M. P.; Montmessin, Y., 1984, *Los graffiti medievales del Castell de Dénia (Catálogo)*. Denia.
- Bernat I Roca, M.; Serrá I Barceló, J., 1987, “Metodología para el estudio de los graffiti medievales y postmedievales: el caso de Mallorca”, *II C.A.M.E.*, T. II, pp 25-33, Madrid.
- Blánquez Pérez, J. J., 1990, “La vía Heraklea y el Camino de Aníbal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior”. *Simposio La red viaria en la España romana*. Zaragoza 1988, (1990) pp. 65-76.
- Breuil, H. Y. Lantier, R., 1945, “Villages pre-romaines de la Peninsule Iberique. Le Tolmo a Minateda (Albacete)”. *Archivo de Prehistoria Levantina* II, pp. 213-237.
- Brogio, Gian P., 1988, “Campionatura e obiettivi nell’analisi stratigrafica degli elevatti”. *Archeologia e Restauro dei monumenti*, pp. 335-346.
- Butzer, K., 1982, *Archaeology as a human ecology*, Cambridge, Cambridge University Press. Trad. al castellano por M.ª José Aubet Semmler, *Arqueología-Una ecología del Hombre*, 1989, Barcelona, Bellaterra.
- Cano Gomáriz, M.; González Caballero, F. ; Gómez Domínguez, A., 1993, “Las cuevas de Comala”. *Antigüedad y cristianismo*, X, pp 571-592. Murcia.
- Cara Barrionuevo, L., 1986, “Cuevas artificiales en el reino de Granada”. *Revista de Arqueología*. Año V, n.º 62. Pp. 16-24.
- Carandini, A., 1979, “Archeologia Industriale”, *L’archeologia industriale, Ricerche di storia dell’Arte* 7, pp. 5-8. Roma.
- 1981: *Storia dalla terra. Manuale dello scavo archeologico*. Bari.
- 1984: *Arqueología y cultura material*. Barcelona, Mitre, (trad.).
- Carmona González, A., 1989, “Murcia,... ¿una fundación árabe? (Nuevos datos y conclusiones)”. *Murcia musulmana*, 85-150, Murcia.

- 1989b, "Las vías murcianas de comunicación en época árabe". *Caminos de la región de Murcia*. Murcia, 153-156.
- Caro Baroja, J., 1981, *Los pueblos de España*. Edit. Istmo. Madrid.
- Cebrián Abellán, A.; Morote Martínez, M., 1993, "Uso y distribución de La cueva-vivienda en la Comunidad de Murcia". *Antigüedad y Cristianismo*, X, pp. 489-495. Murcia.
- Cerdá, M., 1991, "Arqueología industrial y clase obrera", *Arqueología Industrial. Actes del Primer Congrés del País Valencià* (Alcoi, 1990). Historia Local 7. Diputació de Valencia, p. 69-91.
- CEAC, 1984, *Diccionario de la construcción*. Enciclopedia Ceac del Encargado de Obras. Ed. Ceac. Barcelona.
- Clarke, D. L., 1968, *Analytical Archeology*. Londres. 2.^a ed. (trad. al castellano de Bellaterra, 1984, Barcelona).
- Crossley, D., 1990, *Post-Medieval Archeology in Britain*. London-Leicester and New York, Leicester University Press.
- Dozy R. y De Goeje, M. J., 1866, *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi. Texte arabe publié pour la première fois d'après les man de Paris et d'Oxford avec une traduction, des notes et un glossaire*, trad. De Al-Idrisi, 1154, *Kitab Nuzhat al-mustaqfi jтираq al-afaq*, Leiden; Reimpresión y Ed. Crítica a cargo de Cerulli E.; Bombaci, A.; Rizzitano, U.; Rubinacci R.; Vecchia Vaglieri, L., (1968); Dubler, C. E., (1975), Editor del Tomo V, dedicado a Al-Andalus. Publicado a título póstumo.
- Fatás, G.; Borrás, G. M., 1980, *Diccionario de términos de arte y elementos de arqueología, heráldica y numismática*. 2.^a edición, Alianza Editorial. Madrid.
- Fernández Serrano, C.; Lobato Cepeda, B. E.; Ortega Bravo, Y., 1982, "La arquitectura rupestre de Chinchilla de Montearagón". *Narria* n.º 27, p. 2-5.
- Feduchi, L., 1976, *Itinerarios de la arquitectura popular española*. V volumen. Edit. Blume. Barcelona.
- Fontana, J., 1973, *Transformaciones agrarias y crecimiento económico en la España contemporánea*, en *Cambio Económico*, Ed. Ariel. Barcelona.
- Forner, S. y Santacreu, J. M., 1990, *Jornades sobre teoria y metodes d'Arqueologia industrial*. (Alcoi 1989). Universitat d'Alacant.
- Ferrándiz i Gómez, D., *et Alii*, 1987, "El graffiti medieval. Método arqueológico. La seva aportació a la historia", *I C.A.M.E.* (Huesca 1985), Zaragoza, T. I, 223-237.
- García Barbancho, A., 1967, *Las migraciones interiores españolas*.

- Estudio cuantitativo desde 1900*. Instituto de desarrollo económico. Madrid.
- García Martín, F., 1985, “Los silos de Villacañas. Un mundo aparte”. *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- 1986: “Prácticas religiosas en lugares subterráneos. Zona de La Mancha toledana”. *IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- 1986 b: “Un antecedente de los silos de Villacañas: las cuevas-silos del valle de Tembleque”. *IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- 1989: “Una arquitectura semisubterránea: Las chinforreras”. *V Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*. Toledo.
- García Sáez, J., 1988, *La edificación rural en el término municipal de Almansa*. Instituto de Estudios Albacetenses de la Excm. Diputación de Albacete n.º 38. Albacete.
- Gómez De Llanera, 1934, “Observaciones sobre la geología y fisiografía de los alrededores de Hellín”, *B.R.S. Historia Natural*, XXXIV, pp. 213-231.
- Gómez-Tabanera, J. M., 1985: “El bombo manchego y sus relaciones mediterráneas”. *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- González Blanco *et Alii*, 1982, “La cueva de la Camareta, refugio ibérico, eremítico, eremitorio cristiano y rincón misterioso para árabes y foráneos hasta el día de hoy. Sus graffiti”, *XVI C.N.A.*, 1023-1040. Murcia (Cartagena).
- González Blanco *et Alii*, 1984, “La cueva de la Camareta (Agramón-Albacete), eremitorio cristiano”. *I Congreso de Historia de Albacete*, Vol. I, pp. 331-340. Albacete.
- González Blanco *et Alii*, 1979, “La población de La Rioja en los siglos oscuros (IV-IX)”. *Berceo* n.º 96, pp. 81-111.
- González Fernández, R.; González Blanco, A.; Amante Sánchez, M., 1993, “Los graffiti más recientes de la cueva de la Camareta”. *Antigüedad y Cristianismo* X, pp. 479-442. Murcia.
- Gutiérrez Lloret, S., 1995. “La arqueología después de la Edad Media: El registro arqueológico en la Historia Moderna y Contemporánea”. *Actes de les Jornades d'Arqueologia* (Alfàs del Pi, 1994). Valencia.
- 1996: *La Cora de Tudmir de la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*. C.C.V. 57. Madrid.
- 1997: *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*. Universidad de Alicante.
- Harris, E. C., 1989, *Principles of archaeological stratigraphy*, Londres,

- Academyc Press Limited. 2.^a edición (trad. al castellano de Isabel García Trócoli), *Principios de estratigrafía arqueológica*, 1991, Barcelona, Edit. Crítica.
- Hernández Pacheco, F., 1935, “Estudio fisiográfico y geológico del territorio comprendido entre Hellín y Cieza”. *Anales de la Universidad de Madrid* (Ciencias), Tomo IV.
- Huici Miranda, A., 1969-70, *Historia musulmana de Valencia y su región, novedades y rectificaciones*, 3 vols., Valencia.
- Iniesta Villanueva, J.A. ; Jordán Montés, J. F., 1995, *Leyendas y creencias de la comarca de Hellín-Toborra*. Hellín.
- Iniesta Villanueva, J. A., 1998, “Leyenda y tradición de los enclaves históricos de Hellín”. *Zahora*, n.º 27, pp. 65-74. Diputación de Albacete.
- Iniesta Villanueva, J. A. y Jordán Montés, J. F., 1996, “Costumbres funerarias en la serranía de Albacete (Curso bajo del río Mundo y sierra del Segura)”. *Al-Basit*, n.º 39, pp. 317-345. Albacete.
- Jerez Mir, L., 1982, “Unidades geológicas representadas en Albacete en su relación con el relieve provincial”. *Actas II seminario de Geografía del I.E.A.* pp. 23-59.
- Jessen, O., 1955, “Las viviendas troglodíticas en los paisajes del Mediterráneo”. *Estudios geográficos*, t. XVI, pp. 137-157.
- Jordán Montés, F., Ramallo Asensio, S. y Selva Iniesta, A., 1984, “El poblamiento romano en el valle de Minateda-Agramón”. *Congreso de Historia de Albacete I*, Albacete, 1983 (1984), pp. 211-240.
- Jordán Montés, J. F. y González Blanco A., 1985, “Probable aportación al monacato del Sudeste peninsular. El conjunto rupestre de la muela de Alborajico (Toborra, Albacete)”. *Antigüedad y cristianismo*, Vol. II, pp. 335-363. Murcia.
- Jordán Montés, J. F. y Selva Iniesta, A., 1986, “Sectores de trabajo en la ciudad ibero-romana del Tolmo de Minateda”. *Arqueología espacial. Coloquio sobre el microespacio. Vol. 10. Época romana y medieval*, pp. 99-119. Teruel.
- Jordán Montés, J. F., 1987, “Las insculturas del Tolmo de Minateda (Hellín-Albacete)”. *Al-Basit* n.º 21, pp. 33-41. Albacete.
- Jordán Montes, J. F., 1991: “Consideraciones sobre la etnología en la comarca de Hellín-Toborra”. *Ponencias a la Historia de Hellín*, Tomo II.
- 1992: “Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Toborra (Metodología, resultados y bibliografía)”. *Al-Basit* n.º 31, pp. 183-227. Albacete.

- Jordán, J. F. y De La Peña, A., 1992, *Mentalidad y tradición en la serra-
nía de Yeste y Nerpío*. Instituto de Estudios Albacetenses. Serie I.
Estudios. Num. 67. Albacete.
- Jordán Montés, J. F. y Sánchez Ferra, A. J., 1993, "Alcarra, "Casa de
Dios", hoy Alcalá del Júcar (Albacete). ¿Nuevo eremitorio rupe-
stre?". *Antigüedad y cristianismo*, X , pp. 507-558. Murcia.
- Jordán Montés, J. F. y Monge Llor, M., 1993, "Planimetría y perspectivas
tridimensionales del eremitorio rupestre hispanovisigodo de Albo-
jarico (Tobarra, Albacete)". *Antigüedad y cristianismo*, X , pp.
497-506. Murcia.
- Lillo Carpio, P., 1993, "Un hábitat en cueva de excepcionales dimensio-
nes: La cueva del tío Juan Diego en Caprés (Fortuna, Murcia)".
Antigüedad y cristianismo, X, pp. 559-569. Murcia.
- Llobregat Conesa, E., 1983, "Relectura del Ravennate: dos calzadas, una
mansión inexistente y otros datos de la geografía antigua del país
Valenciano", *Lucentum* II, pp. 225-243.
- López Precioso, J. y Noval Clemente, R., 1991, "El poblamiento durante
el eneolítico, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en la comar-
ca de Hellín-Tobarra. Albacete". *Ponencias a la Historia de Hellín*,
II. Murcia, pp. 23-31.
- López Precioso, Francisco J., 1998, "Propuestas para el estudio y la inves-
tigación en antropología cultural en el campo de Hellín". *Zahora*,
n.º 27, pp 5-10. Diputación de Albacete.
- Madoz, P., 1850, *Diccionario geográfico histórico estadístico*. Tomo II,
pp. 68-72. Edit. Ámbito.
- Mannoni, T., 1984, "Metodi di datazione dell'edilizia storica", *Archeo-
logia Medievale*, XI, pp. 396- 403.
- Martínez Cuadrado, 1973, "La burguesía conservadora (1874-1931)",
Historia de España. Alfaguara VI. Alianza Ed. Madrid.
- Miralles I Monserrat, J., 1985, *La història oral. Qüestionari y guia didác-
tica*. Palma de Mallorca.
- Molina López, E. 1972, "La Cora de Tudmir según al-Udri (s. XI).
Aportaciones al estudio geográfico-descriptivo del Sudeste Penín-
sular", *Cuadernos de historia del Islam*, 4 serie, monografía 3.
- Moreno García, A., 1993, "Sobre las inscripciones modernas de la cueva
de la Camareta". *Antigüedad y cristianismo* X, pp. 449-451.
Murcia.
- Muñoz Cortés, 1981, "Cuestionario sobre costumbres populares". *Cultura
tradicional y folklore. 1.º Encuentro en Murcia*, pp. 273-279.
Murcia.

- Nadal, J., 1971, *La población española*. Ed. Ariel. Barcelona.
- Nadal, J., 1975, *El fracaso de la revolución industrial en España. 1814-1913*. Ed. Ariel. Barcelona.
- Navarro Poveda, M. C., 1984, *Graffiti y signos lapidarios del Castillo de la Mola (Novelda) y del Castillo de Petrer*. Ayuntamiento de Novelda. I. C. Juan Gil-Albert. Petrer.
- Navarro Poveda, M. C., 1991, "Los graffiti y signos lapidarios del Castillo de la Mola", *Betania* 39, pp. 35-43. Novelda.
- Merino Álvarez, A., 1915, *Geografía histórica del territorio de la actual provincia de Murcia*. Madrid. 3.^a ed. Facs. Murcia 1981.
-1932: *Apuntes sobre la bibliografía de los siglos XVI y XVII, referentes a la geografía histórica del Reino de Murcia*. Madrid.
- Navarro, C. L., 1985, "Arquitectura popular en Tomelloso: los bombos". *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- Ortega Lorca, J., 1959, Edición Crítica de la *Descripción Chorográfica del sitio que ocupa la Provincia Regular de Cartagena de mi P. San Francisco* del R.P. Fr. Pablo Manuel Ortega.
- Parenti, R., 1988, "La teniche di documentazione per la lettura stratigrafica dell'elevato". *Archeologia e Restauro dei Monumenti*, pp. 335-346. Firenze.
-1988 b, "Sulle possibilità di datazione e di classificazione delle murature". *Archeologia e Restauro dei Monumenti*, pp. 280-304. Firenze.
- Perks. R., 1994, "Historia oral. Hablando del pasado" *Orientacions y recerques. Taller d'Historia*, n.º 4, 2.^{on} semestre. Valencia.
- Pocklington, R. 1987, "El emplazamiento de Iyi (h)", *Sharq al Andalus*, 4, pp. 175-198.
- Pocklington, R. 1989, "Precisiones acerca de la fecha de fundación de Murcia", *Murcia musulmana*, pp. 55-62.
- Ponce Herrero, G., 1989, *El corredor de Almansa*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- Pretel Martín, A., 1986, *Conquista y primeros intentos de repoblación del territorio albacetense. (Del período islámico a la crisis del siglo XIII)*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- Roa y Erostarbe, J., 1891-94: *Crónica de la provincia de Albacete*. 2 tomos, pp. 386-387. Albacete.
- Rodríguez De La Torre, F., 1981: "Efectos del terremoto del 1 de Noviembre en las localidades de la actual provincia de Albacete", *Al-Basit*, núm 10. Albacete.
-1985: *Albacete en los textos anteriores a la creación de la pro-*

- vincia*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- 1987: *Relaciones geográficas históricas de Albacete (1786-1789) de Tomás López*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- Sánchez Sánchez, José, 1982, *Geografía de Albacete. (Factores del desarrollo económico de la provincia y su evolución reciente)*. Tomo I, Instituto de Estudios Albacetenses.
- Sánchez Soria, F., 1997, “Usos del hábitat en el Bajo Segura”. *Alquibla*, n.º 3, pp. 297-312.
- Sánchez Jiménez, J., 1947, “Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete de 1942-1946. *Informes y memorias* n.º 15, Madrid.
- Santamaría Conde, A., 1984, “Albacete y la deportación general de moriscos granadinos”. *I Congreso de Historia de Albacete*. Albacete.
- Sarabia López, M. P., 1986, “Arquitectura popular en Villacañas: un modelo a estudiar en el área rural manchega”. *IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*.
- Sillières, P., 1977, “Le «Camino de Aníbal». Itineraire des gobelets de Vicarello. De Castulo a Saetabis.”, *Melanges de la casa de Velázquez* XX, pp. 31-83.
- 1990, *Les voies de communication de l’Hispanie méridionale*, París.
- Solé Sabaris, L. En Terán, M. De, 1978, *Geografía general de España*, Ed. Ariel, Barcelona.
- Tamames, R., 1974, *La estructura económica de España*. Ed. Guadiana. Madrid.
- Torró, J., 1994, “Arqueología, trabajo y capital”. *Sociología del trabajo*, n.º 22, pp. 47-61. Valencia.
- Vallvé Bermejo, J., 1972, “La división territorial de la España musulmana (II): La cora de Tudmir (Murcia)”, *Al-Andalus*, XXXVIII, pp. 145-198.

ANEXO GRÁFICO

(La Fig. 4 se encuentra ubicada en la pág. 71)

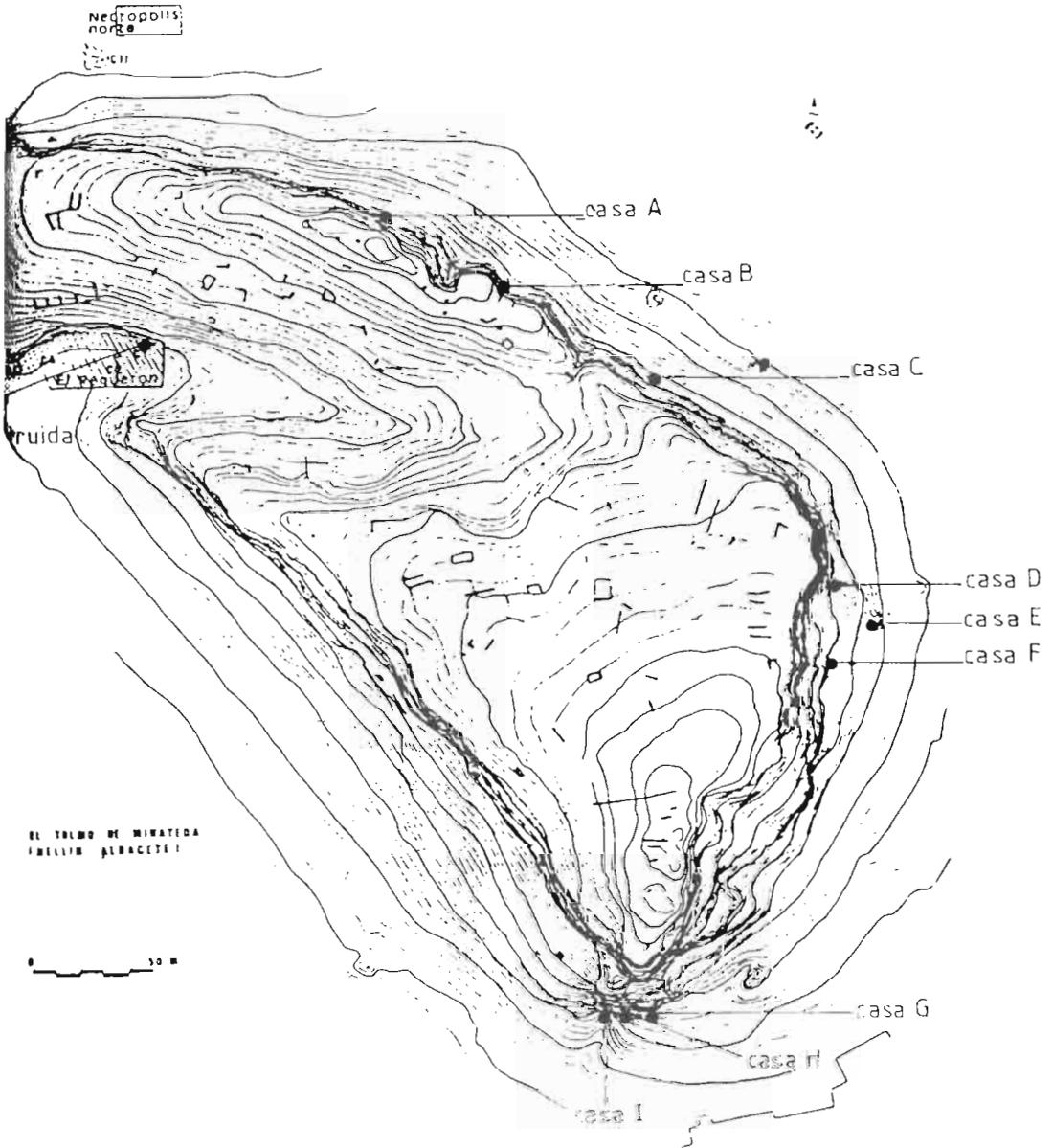
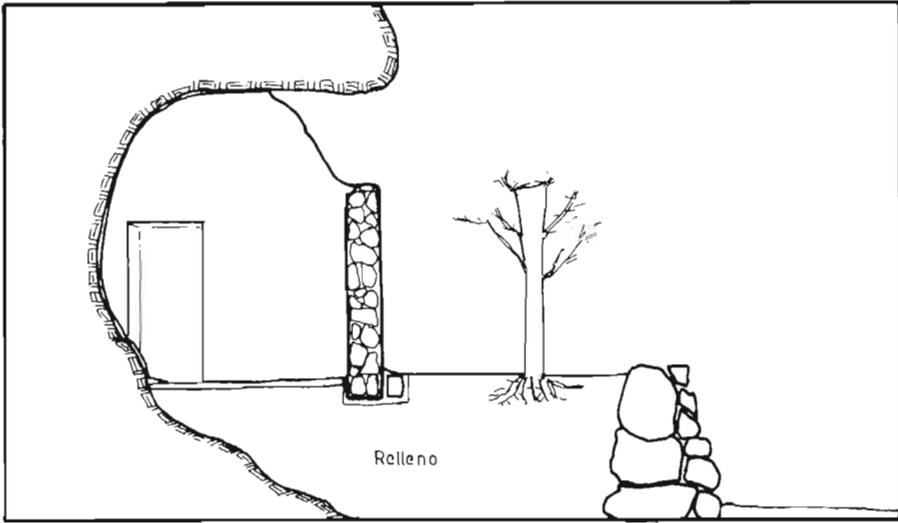
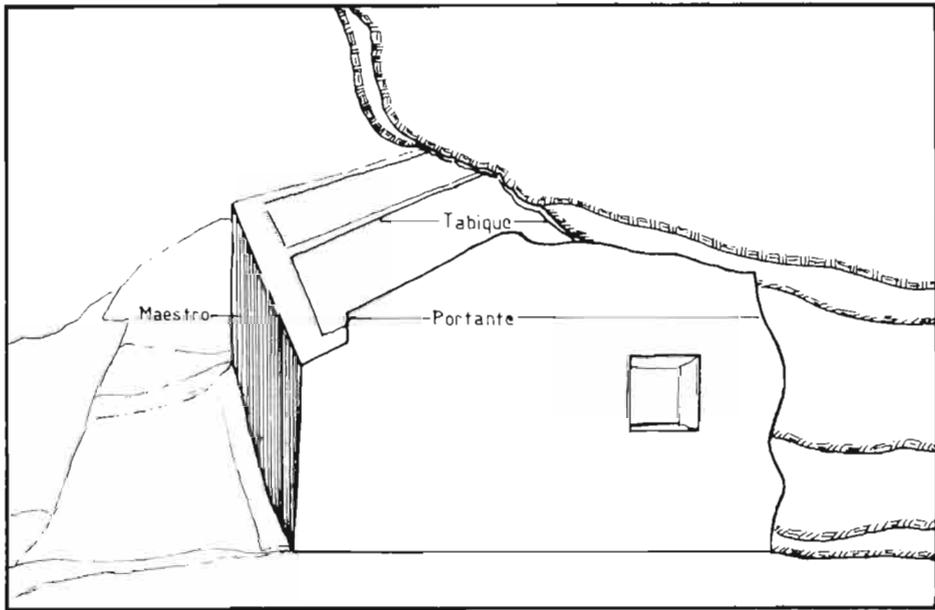


Fig. 1: PLANO TOPOGRÁFICO DEL TOLMO DE MINATEDA CON INDICACIÓN DE LAS ÁREAS EXCAVADAS.

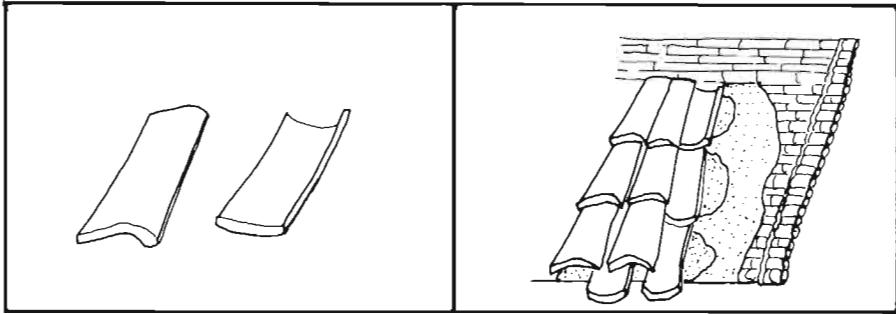


sección rastrillo



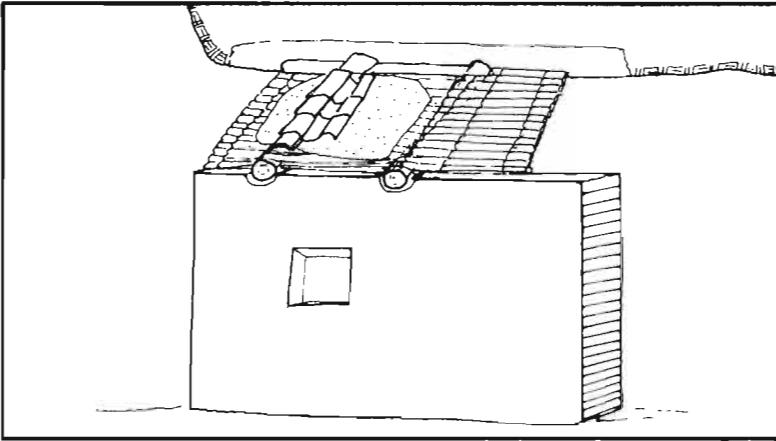
muros

Fig. 2: ELEMENTOS DE SOSTENIMIENTO.

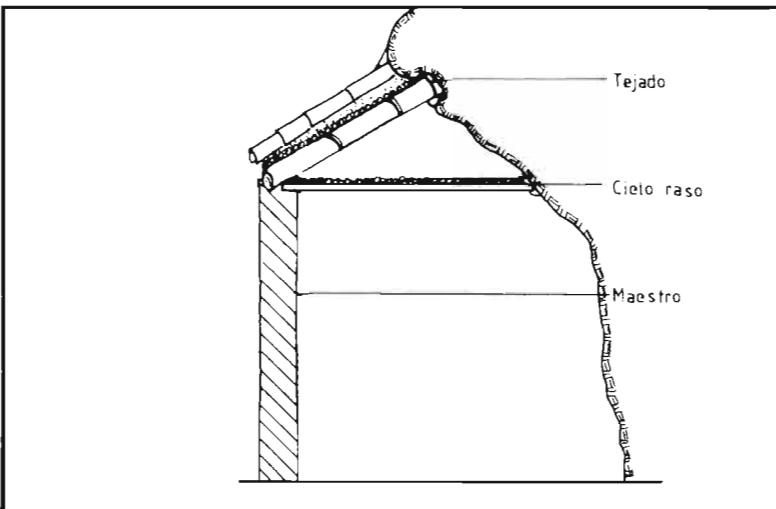


teja árabe

colocación de tejas



cubierta



sección

Fig. 3: CUBRICIÓN.

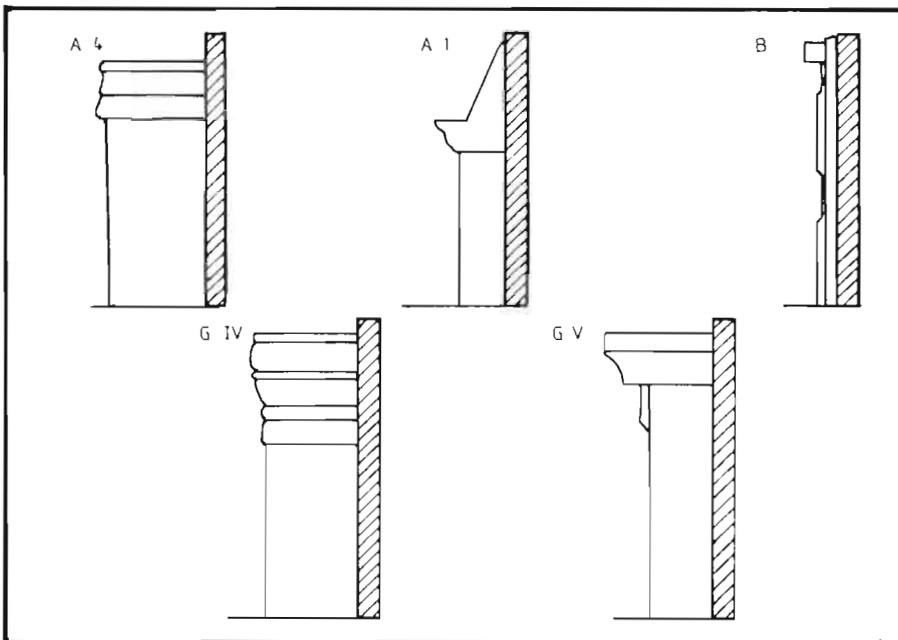
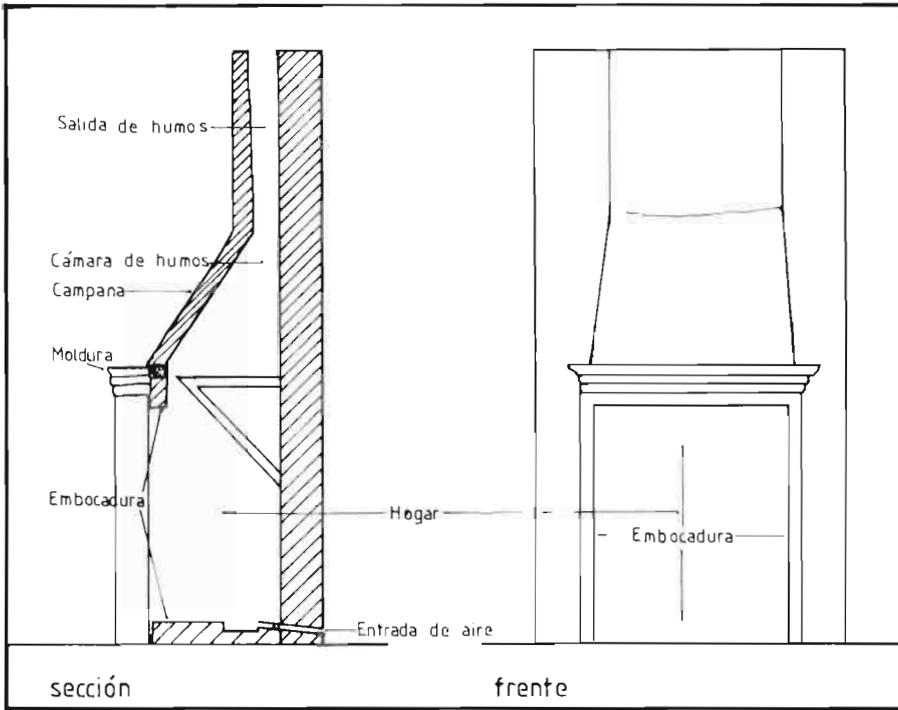
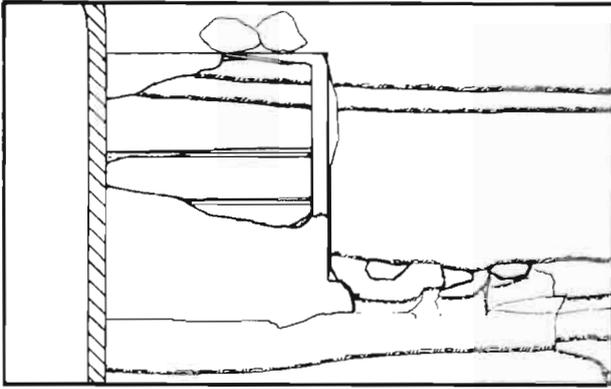
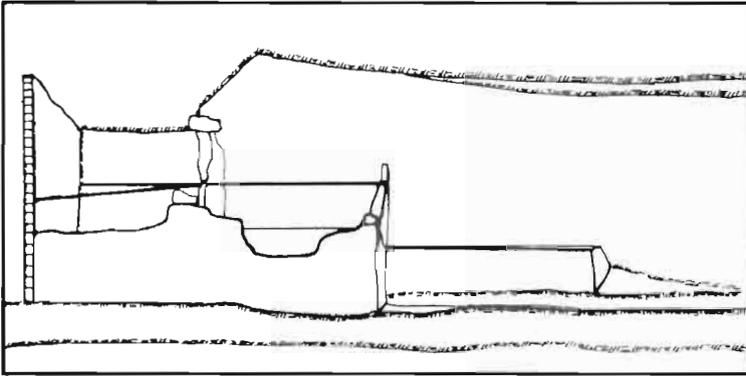


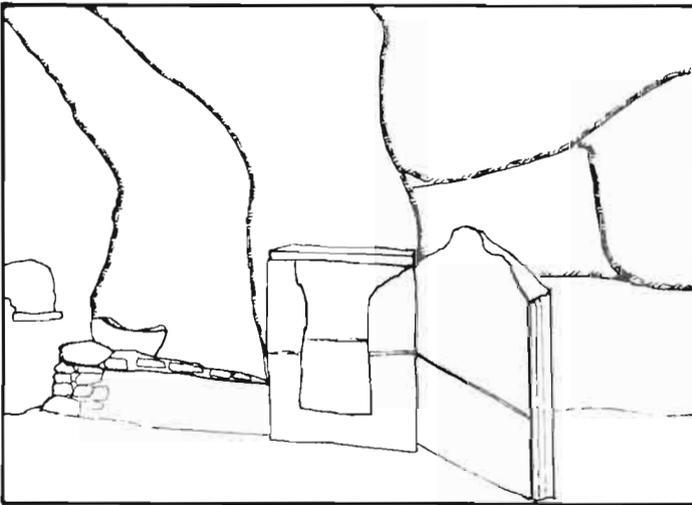
Fig. 5: EL HOGAR CHIMENEA.



casa B

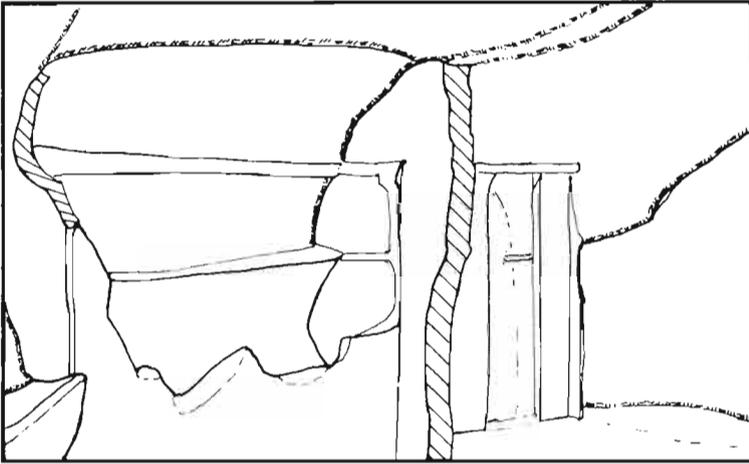


casa D

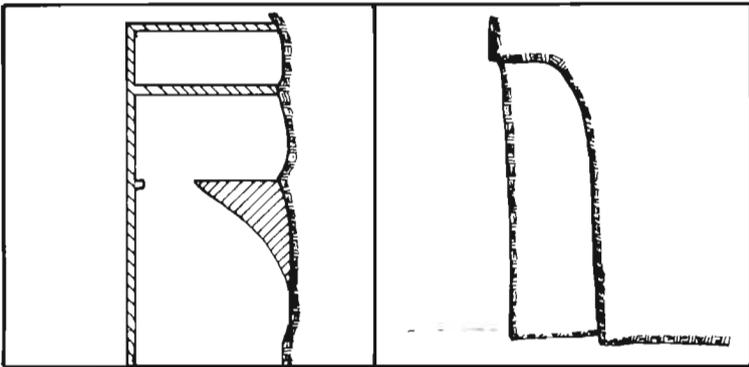


casa I

Fig. 6: BANCOS Y ALACENAS.

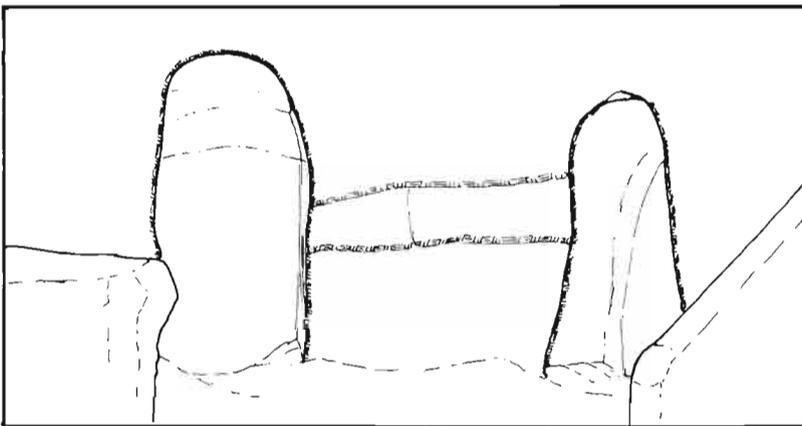


casa F



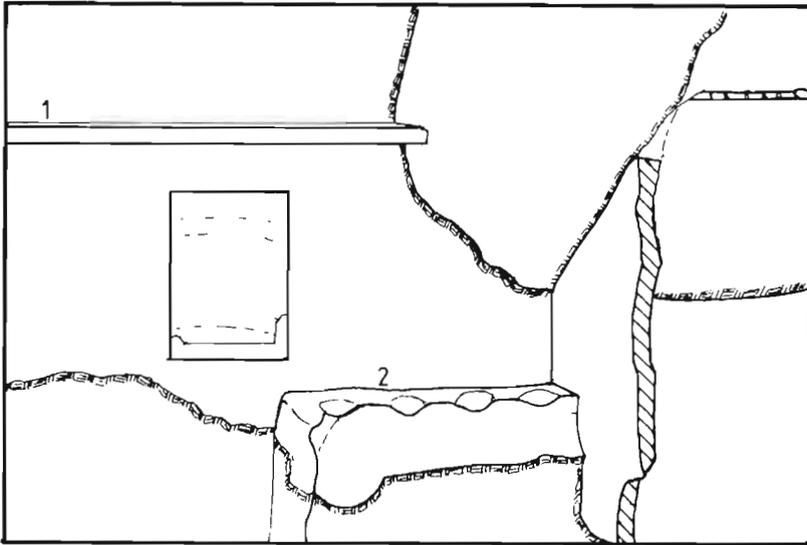
sección alacena

sección hornacina

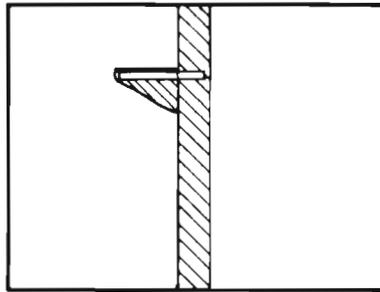


casa D

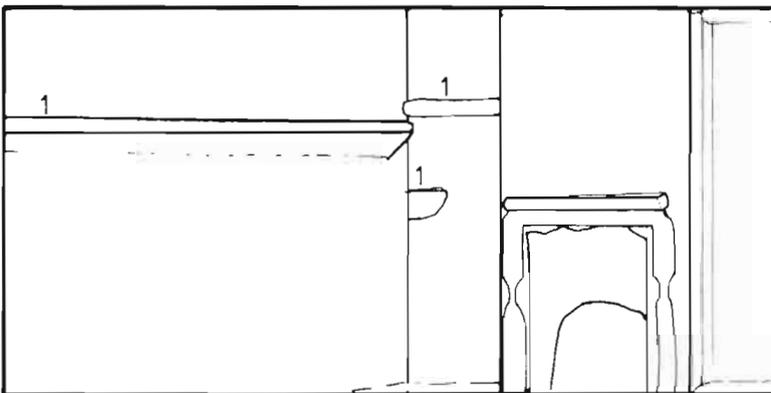
Fig. 7: ALACENA Y HORNACINAS.



casa H

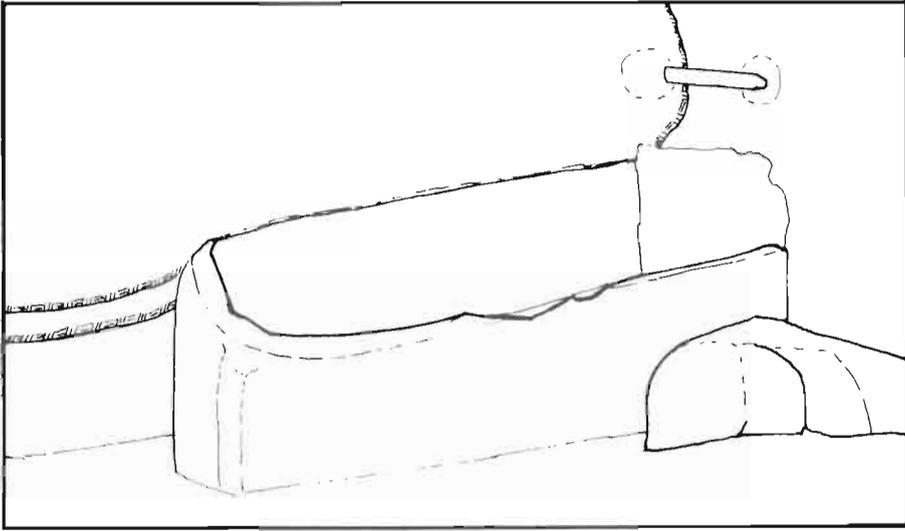


sección anaquel

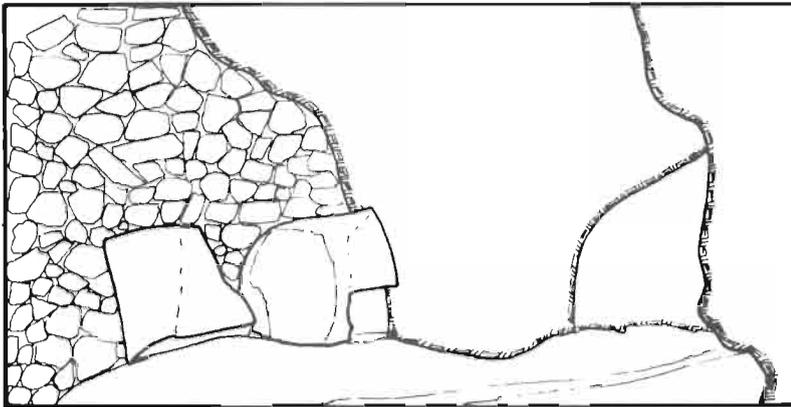


casa B

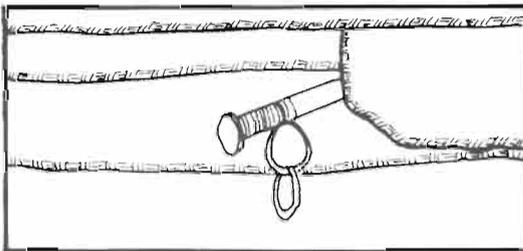
Fig. 8: ANAQUELES (1) Y CANTARERAS (2).



pesebre

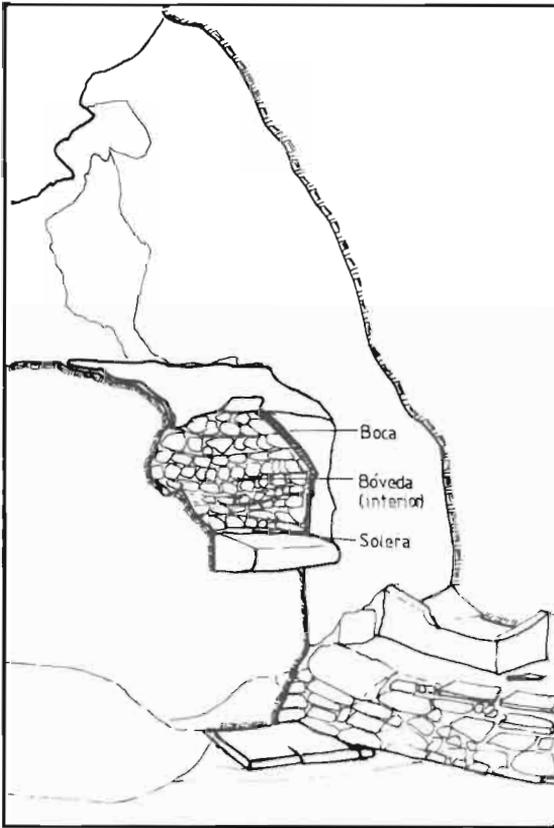


madriqueras

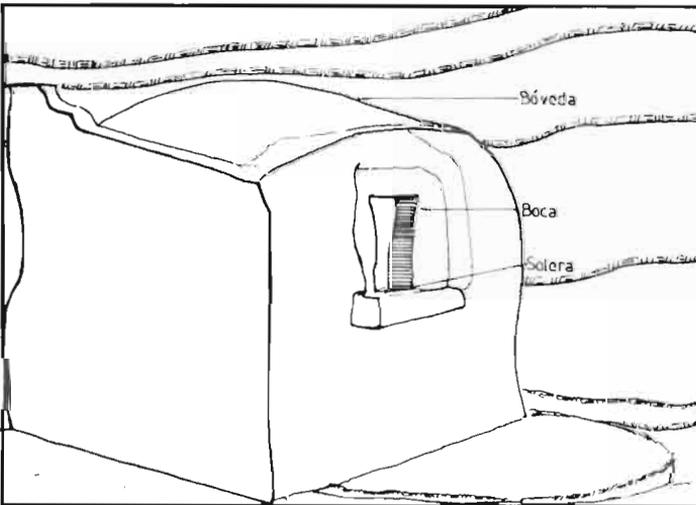


clavo con argollas

Fig. 9: ELEMENTOS DEL CORRAL.



casa I



casa A

Fig. 10: HORNOS.

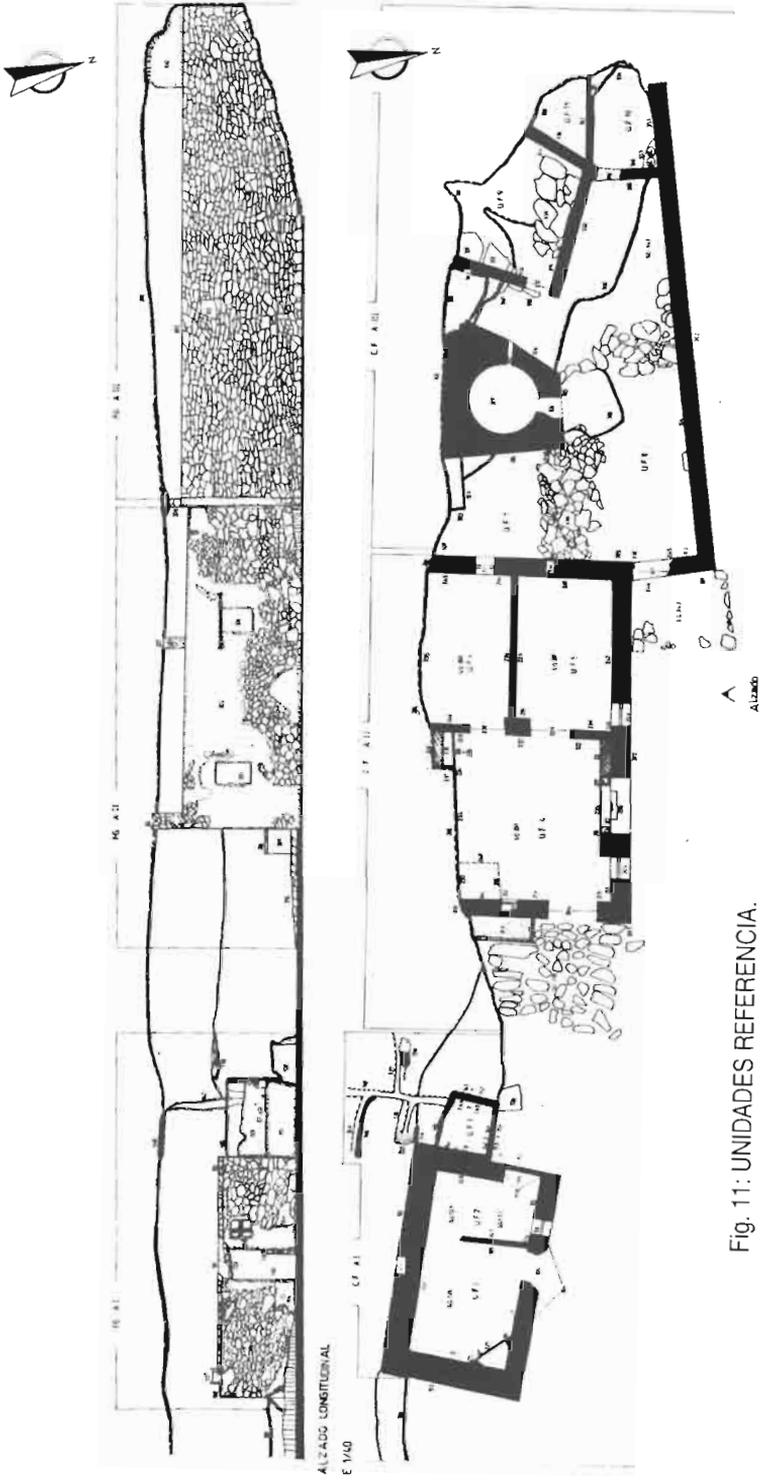


Fig. 11: UNIDADES REFERENCIA.

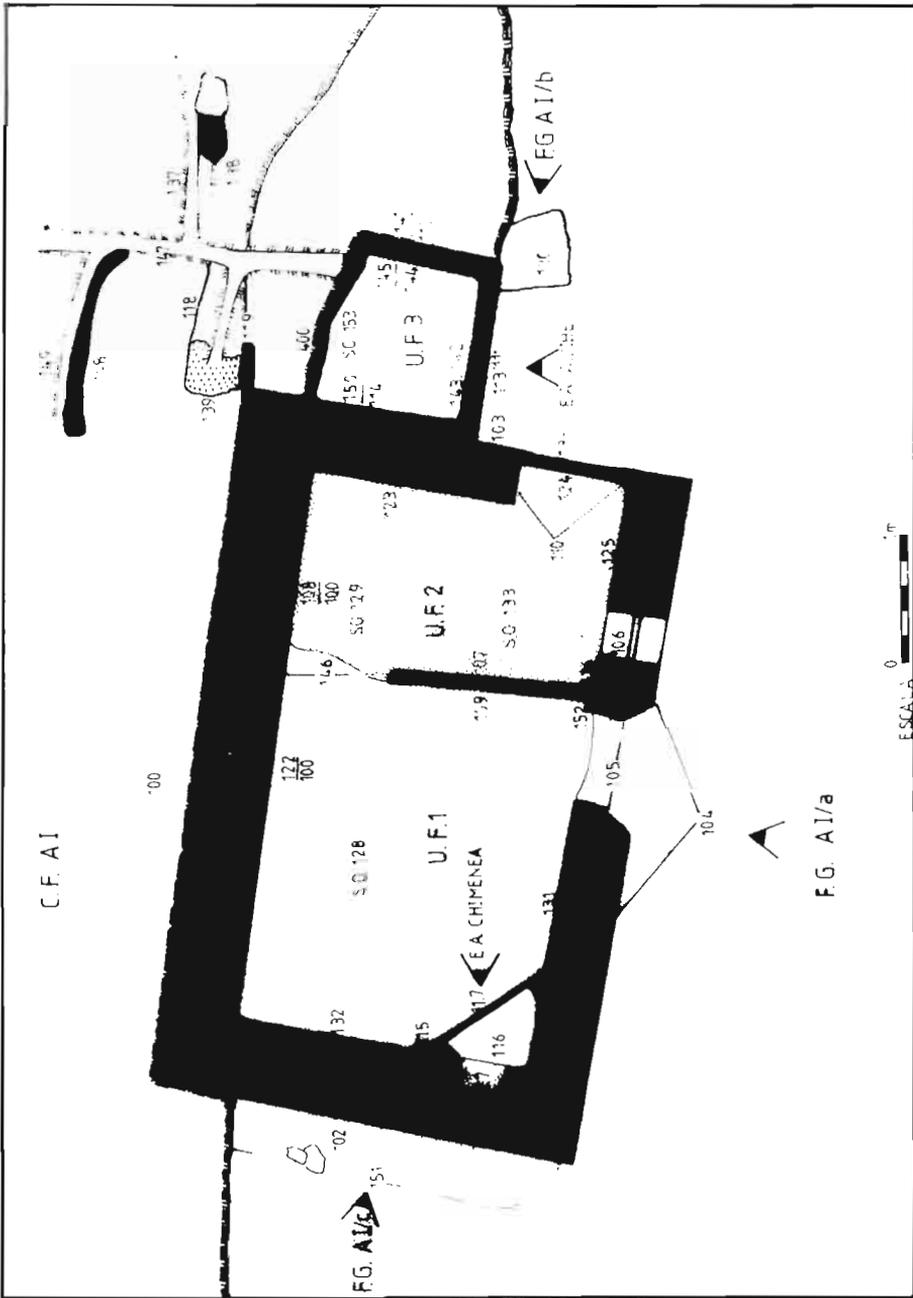


Fig. 12: PLANTA C.F. A I.

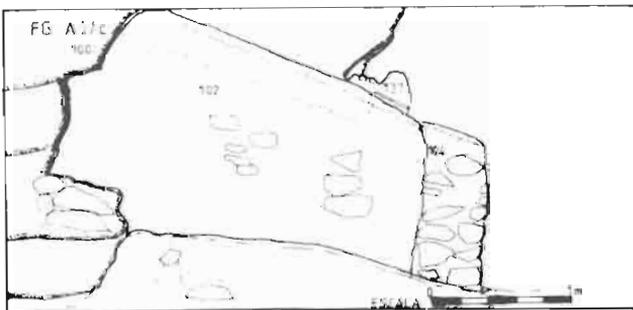
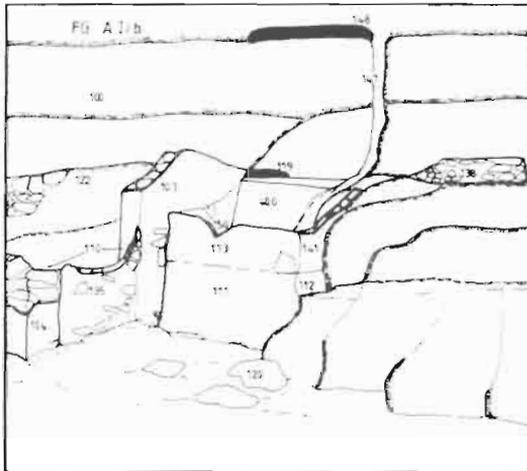
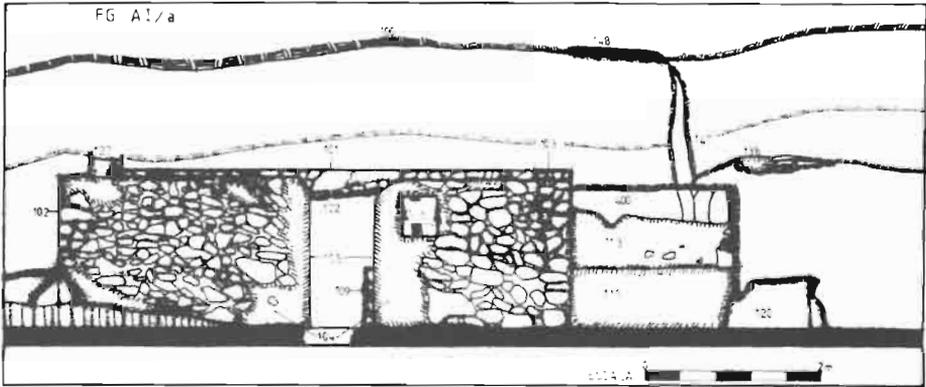


Fig. 13: FACHADAS GENERALES A I.

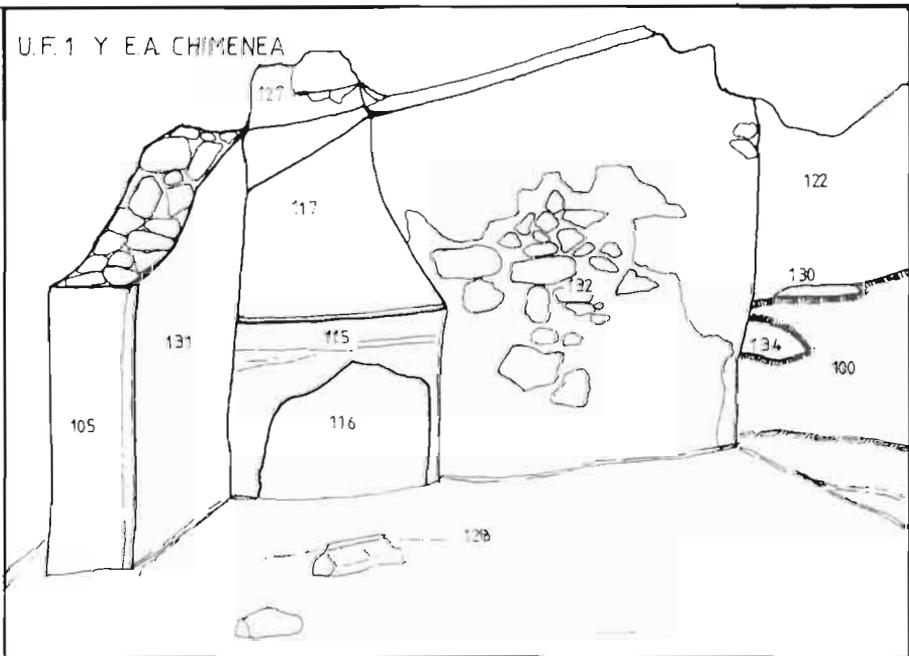
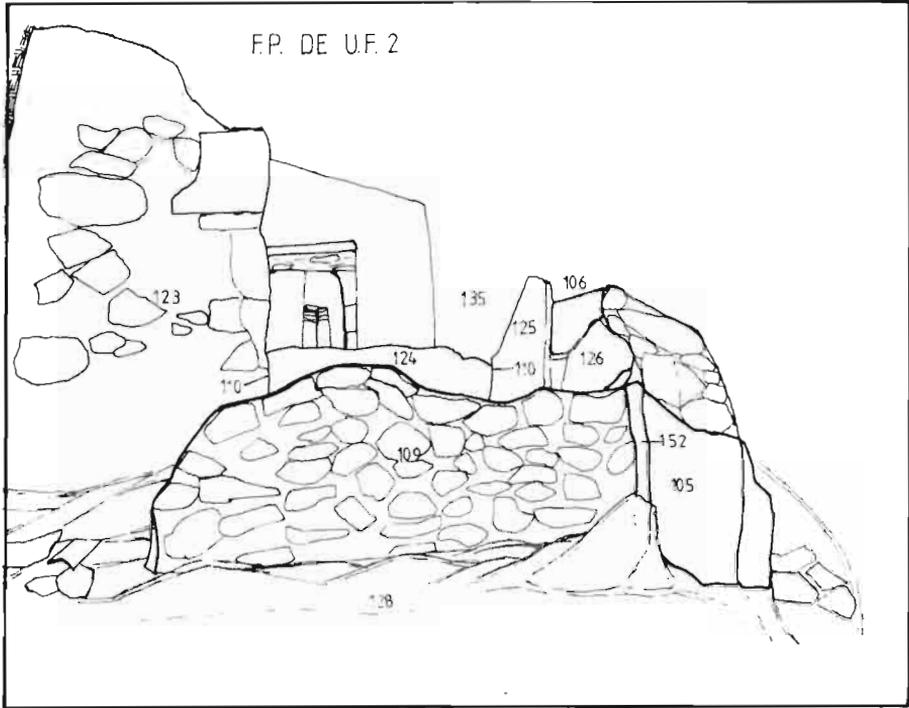


Fig. 14.

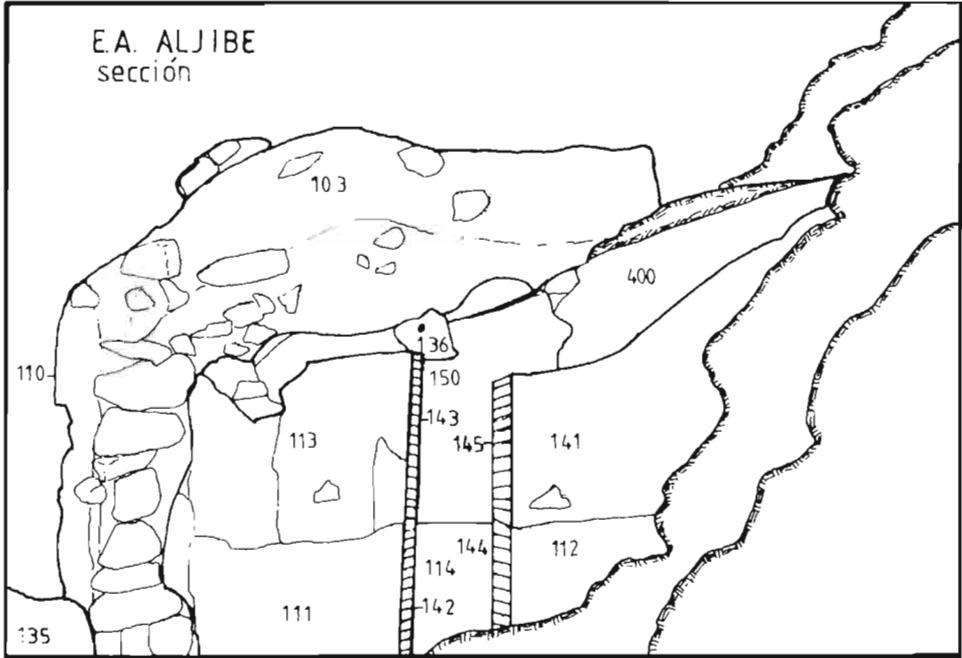


Fig. 15: ALJIBE.

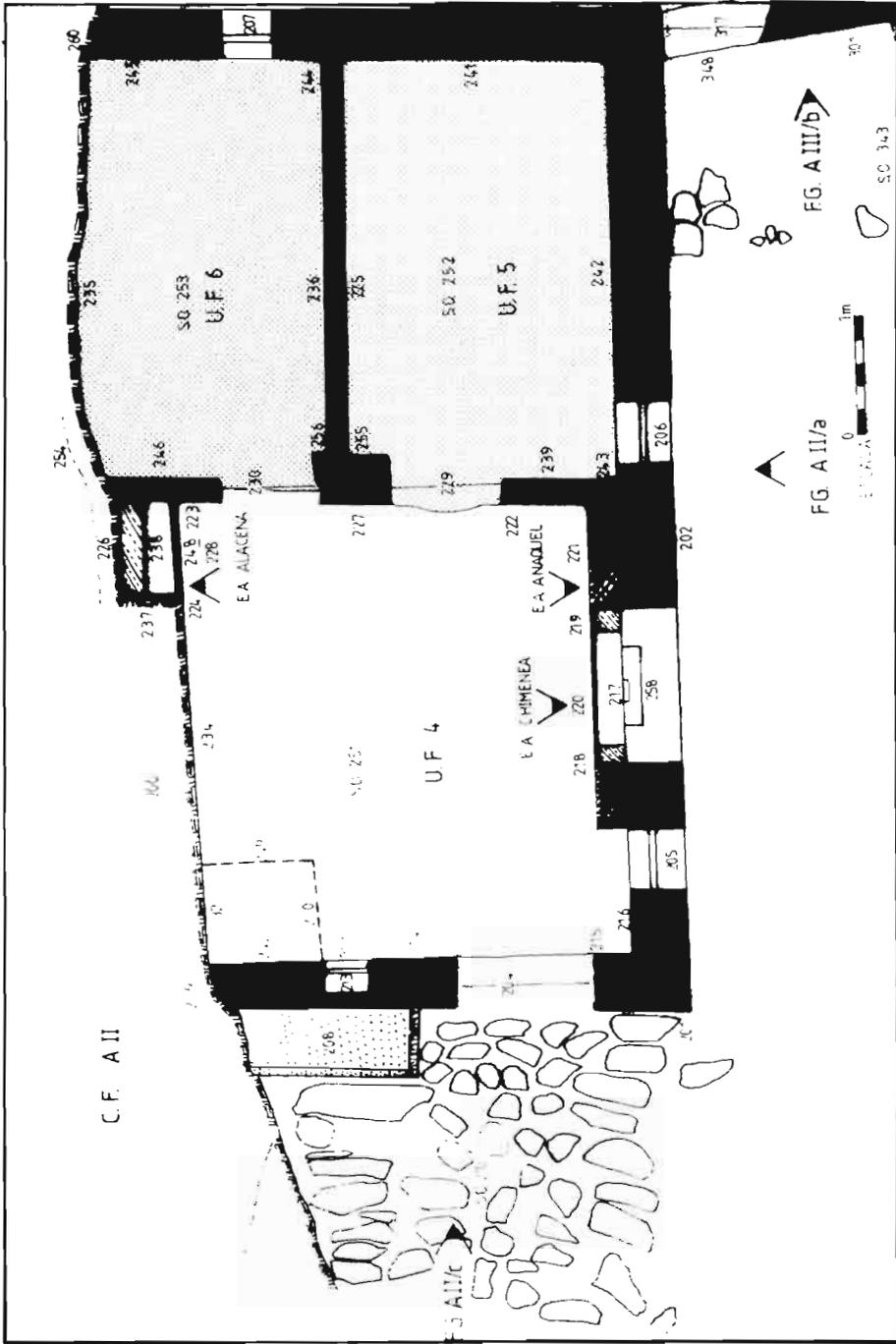


Fig. 16: PLANTA C.F. A II.

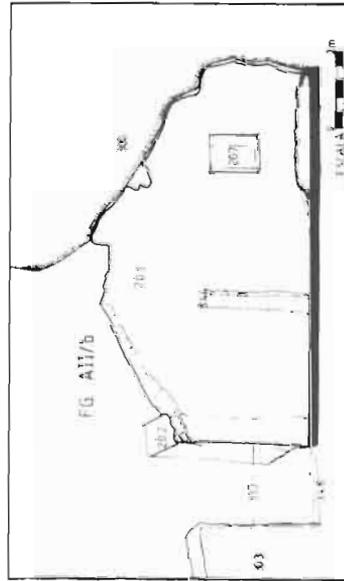
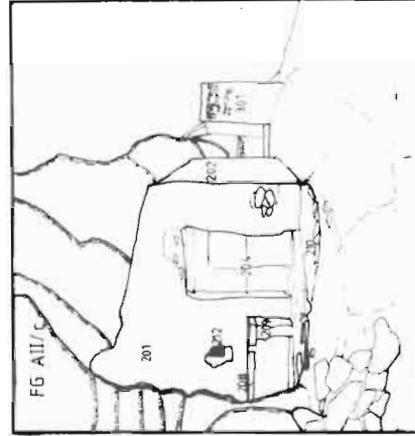
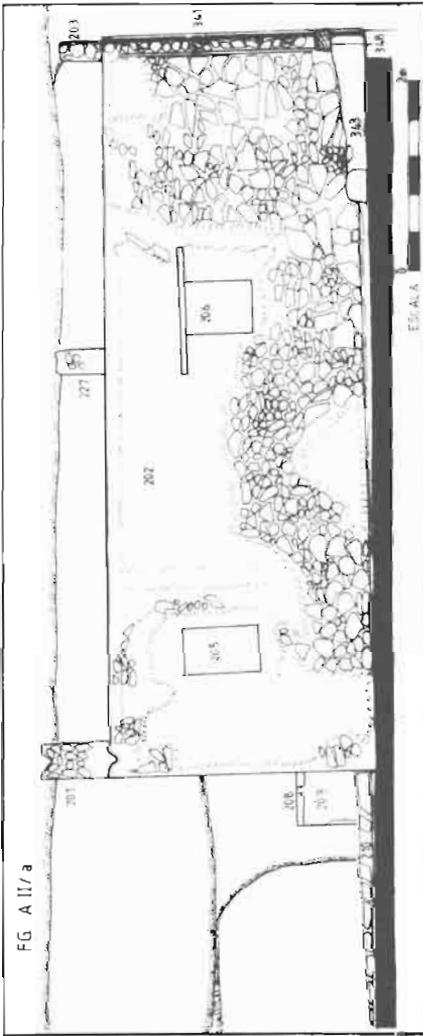


Fig. 17.

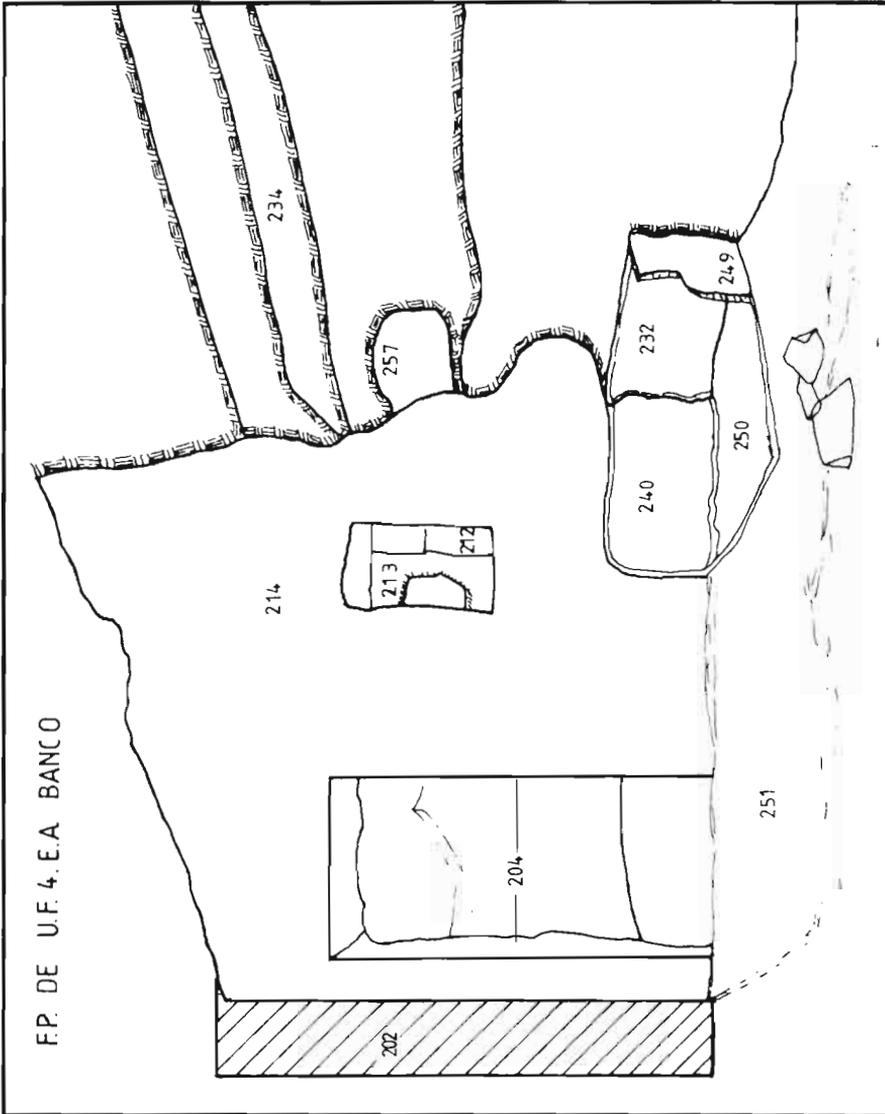


Fig. 18.

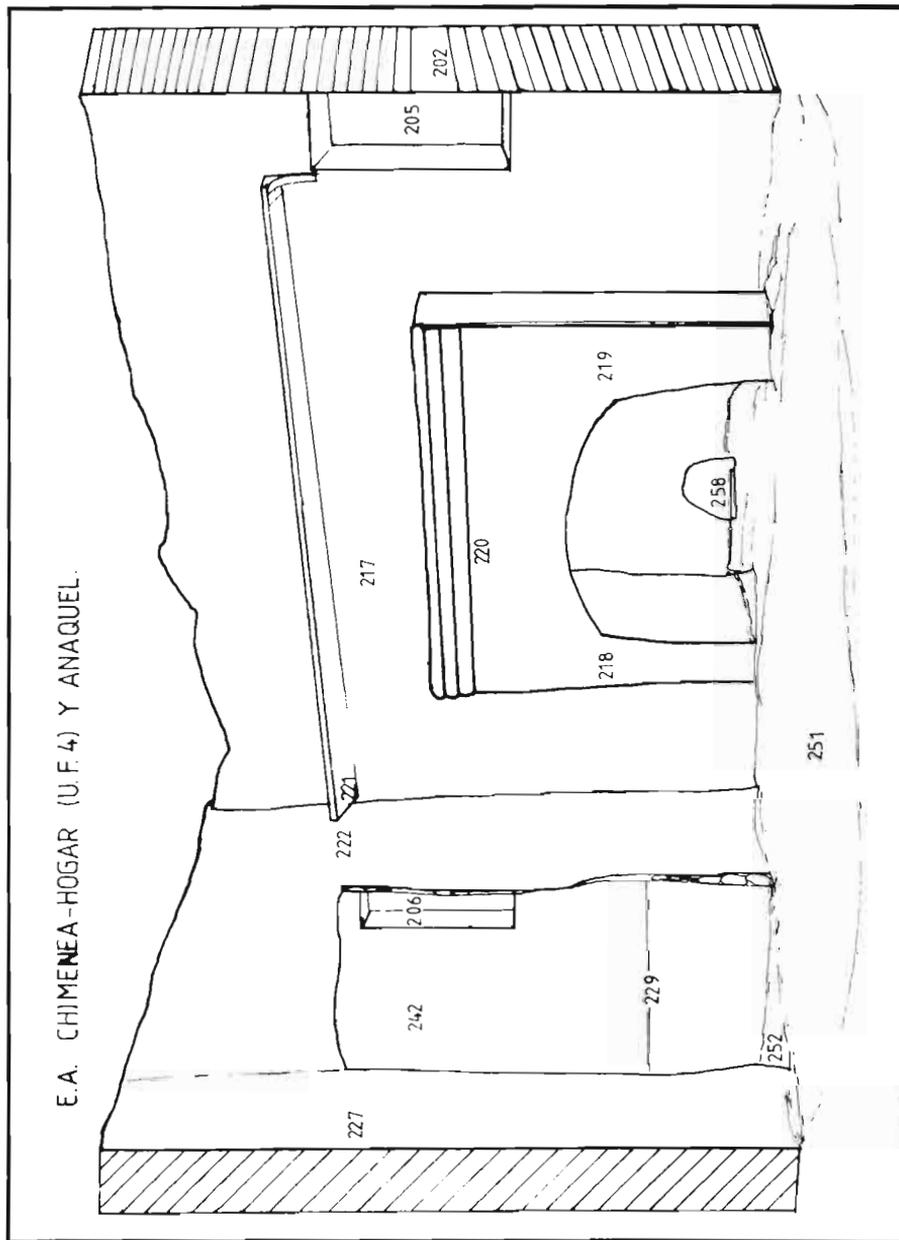


Fig. 19.

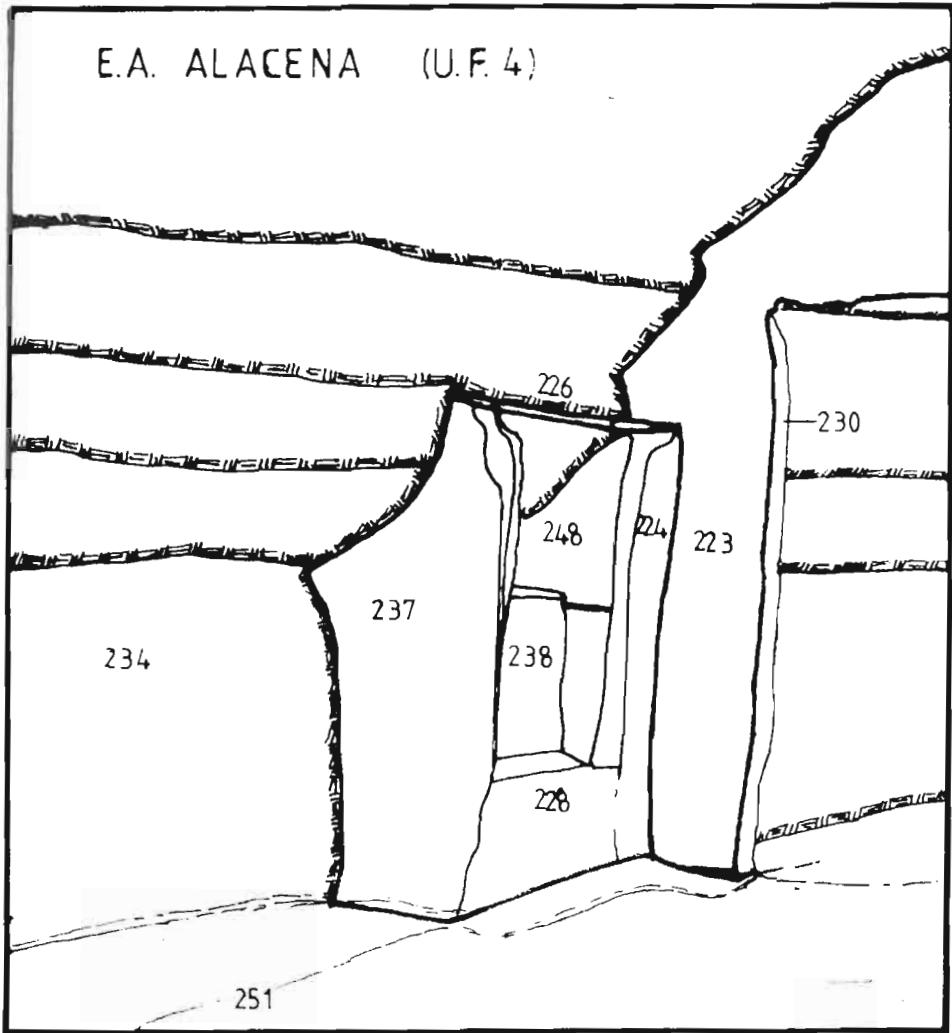


Fig. 20: ALACENA.

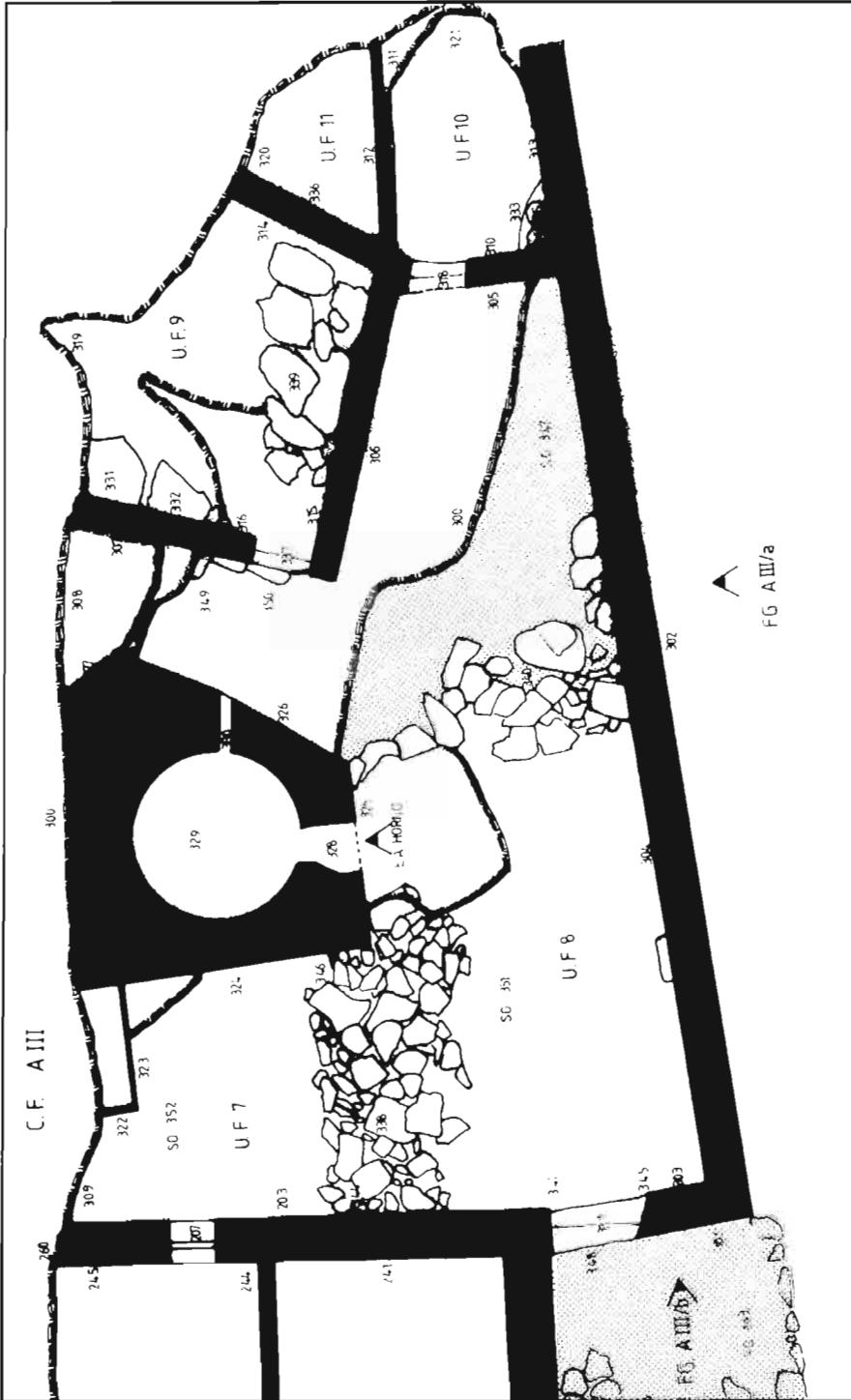


Fig. 21: PLANTA C.F. A III.

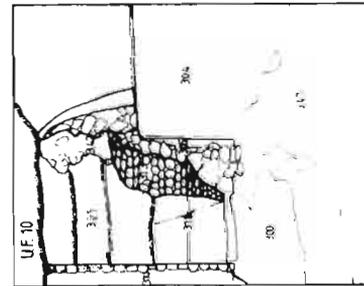
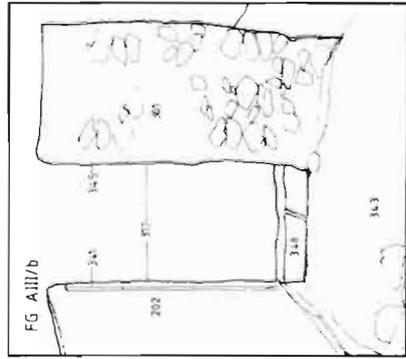
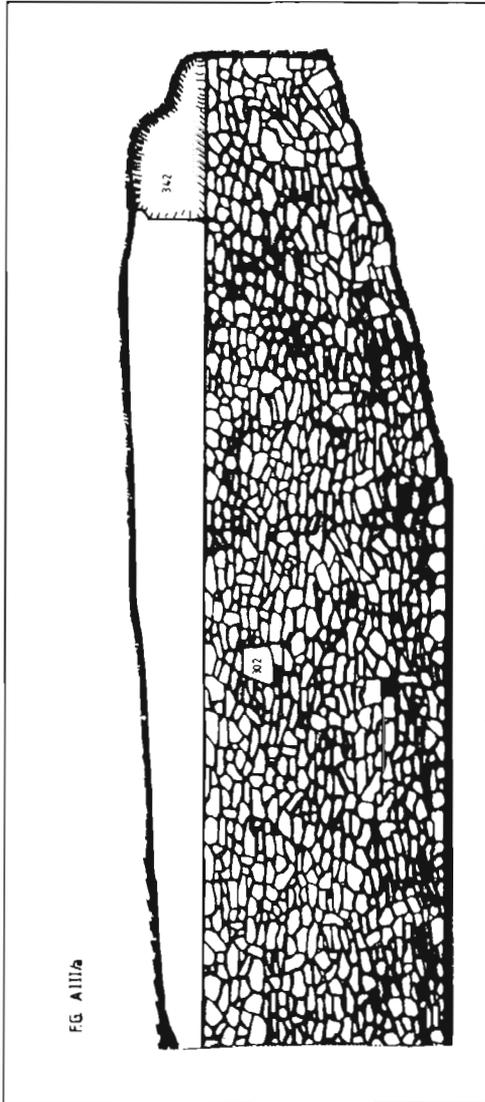


Fig. 22.

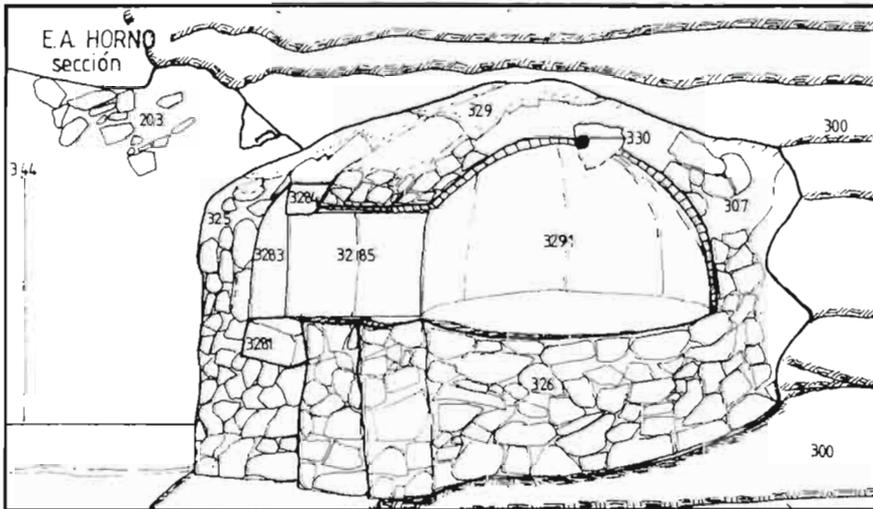
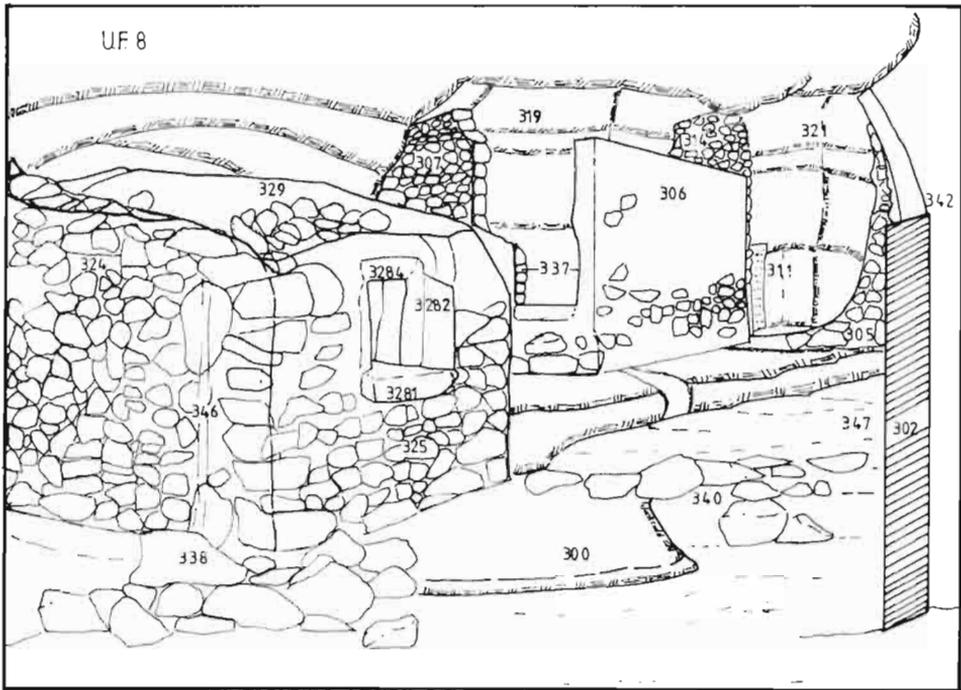


Fig. 23.

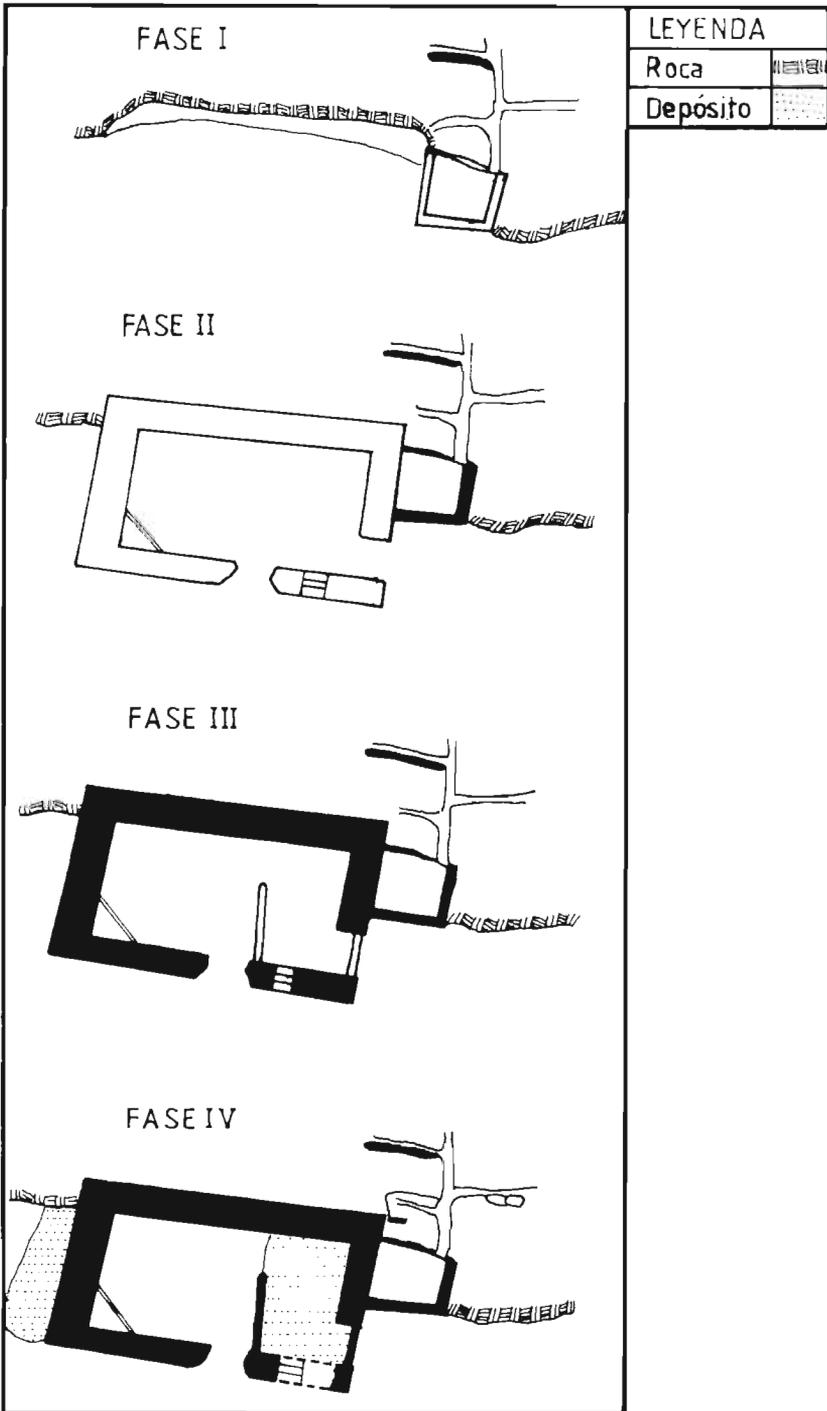


Fig. 24: FASES A I.

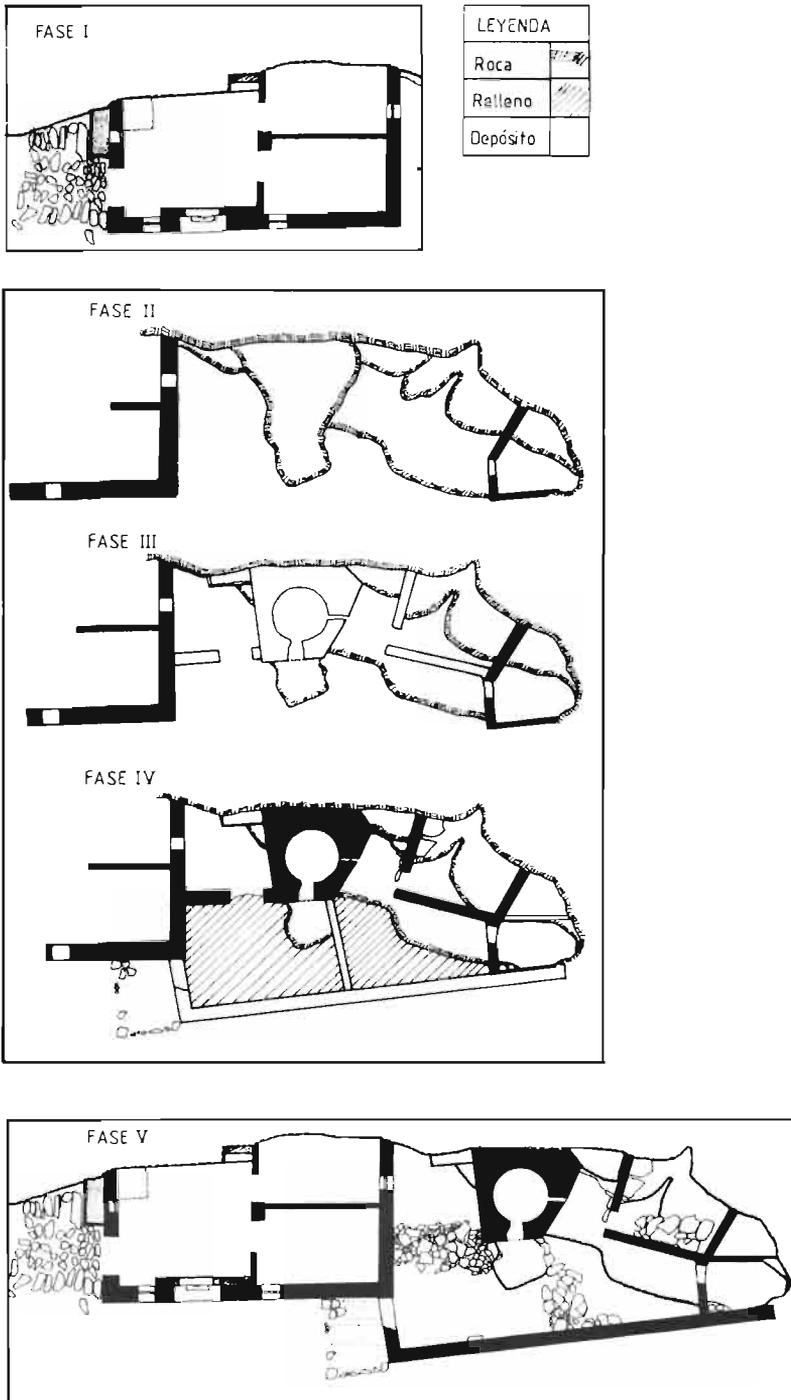
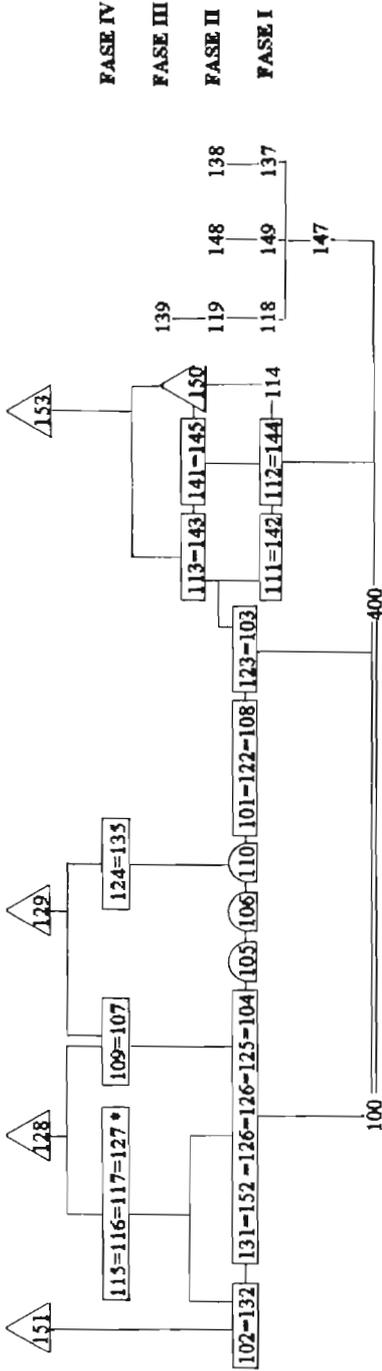


Fig. 25: FASES A II - A III.

MATRIX CUERPO DE FÁBRICA A I

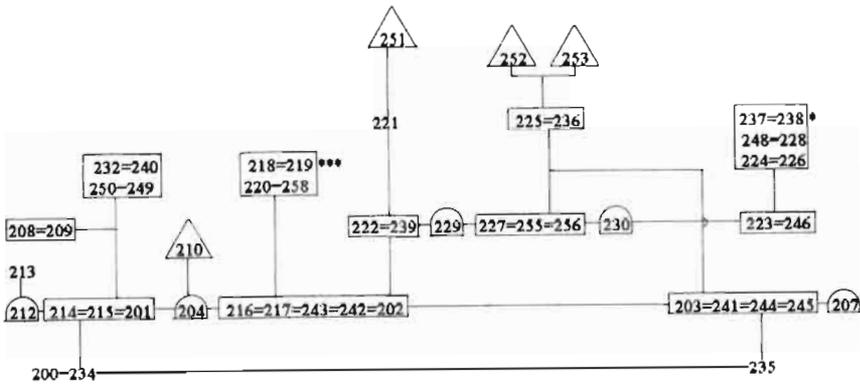


* Chimenea

LEYENDA	
Vano	
Super. horizontal	
U.E. Muraria	
E. A.	

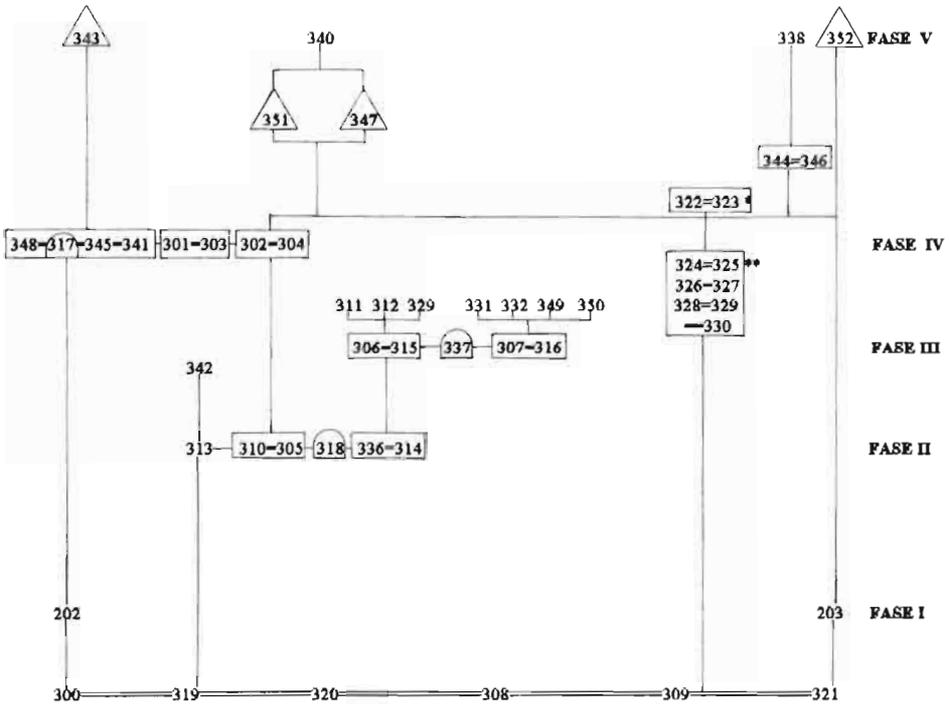
Fig. 26.

MATRIX CUERPO DE FÁBRICA AII



- Alcegas
- ** Banco
- *** Chimenea

MATRIX CUERPO DE FÁBRICA A III



- Peacbre
- ** Horno

Fig. 27.

MATRIX DEL COMPLEJO ARQUITECTÓNICO CASA A
 (Sintetizado en Fachadas Generales)

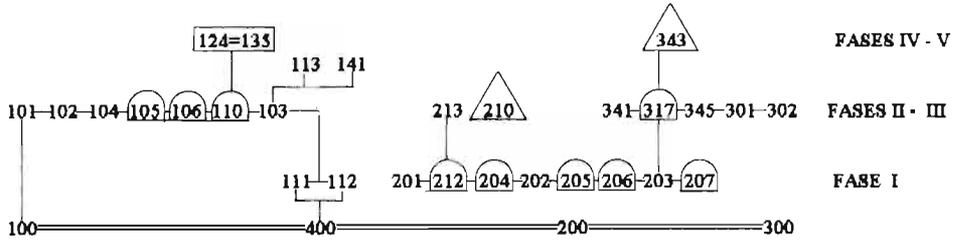


Fig. 28.



DIPUTACIÓN DE ALBACETE